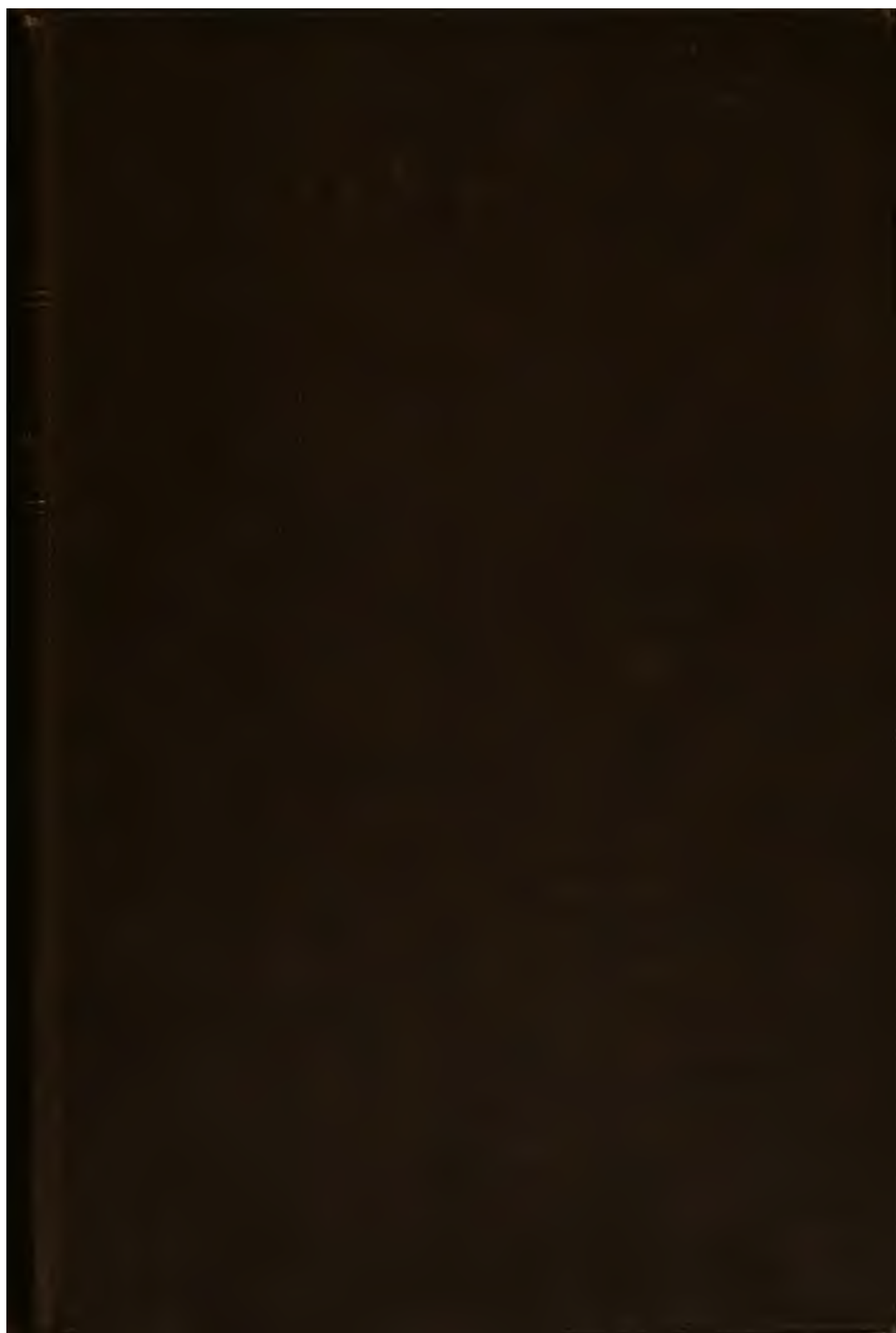



TAYLOR INSTITUTION
DOMI NUS ILLU MINA TIO MEA



LA ROSA DE ALEJANDRIA.

LA ROSA

DE ALEJANDRIA.

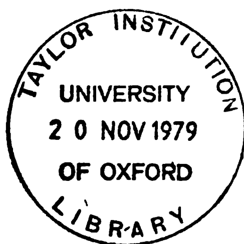
LEYENDA INEDITA, ORIGINAL Y EN VERSO,

POR

DON JOSÉ ZORRILLA.



MADRID: 1857.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE DON FRANCISCO DE P. MELLADO,
calle de Santa Teresa, núm. 8.





LA ROSA DE ALEJANDRIA.

CAPITULO I.

I.

Tendido á los pies de un risco
y á entrada de un valle fresco
que corona pintoresco
un castillejo morisco,
en territorio andaluz,
y á la orilla de la mar,
hay, inundado en la luz
del sol de España, un lugar.
Su nombre está ya perdido
en el mapa y en la historia,
y le deja mi memoria
en los brazos del olvido.

Mas ¿qué hace á la historia mia
su nombre ni el del castillo?
pues pasa en un lugarcillo
de la hermosa Andalucía,
sin duda debe de ser
á propósito lugar
para lo que hoy á contar
voy al discreto lector.
Era pues un lugarejo
cuyo nombre no hay quien halle.
sentado á boca de un valle
y á sombra de un castillejo.
Ciento cincuenta años ha
que al moro se conquistó:
la raza que le ganó
al infiel, no existe ya.
Diósele el emperador
de sus servicios en premio
á un caballero bohemio,
famoso batallador,
á quien arruinó un proceso
en Alemania, y que en pos
de Cárlos, fiado en Dios
y en él vino á su regreso
de aquel pais á Castilla
donde á fuerza de trabajos,
dando y recibiendo tajos,
logró al cabo esta haciendilla.
Casóse con una dama
tan noble como gazmoña
que le trajo de Borgoña
con poco haber mucha fama,

la cual de su amor en prenda
le dió un hijo á quien no vió,
pues al dársele murió
dejándole en él su hacienda.
Al mismo tiempo que el luto
vistió por su esposa cara,
pagaba á la muerte avara
Cárlos en Yuste tributo:
y mas que vasallo fiel
fanático adorador,
del difunto emperador
dió por difuntos con él
la prez y el valor del mundo,
y en su admiracion suprema
lloró la imperial diadema
rota en Felipe Segundo.
Para él acabó la gloria
y el honor en Cárlos Quinto:
construyóse un laberinto
de las de él en su memoria:
y acusando de fatales
á sus tiempos, vivió hundido
en su torre mantenido
de recuerdos imperiales.
En honra de su señor
decidió por buen acuerdo
ser un viviente recuerdo
del bizarro emperador.
Dió su nombre á su heredero
con la precisa exigencia
que en toda su descendencia
fuése el nombre del primero;

y que si el mayor finare,
aquel que le sucediere
sucederle no pudiere
si el de Cárlos no tomare.
Conservó toda su vida
contra las modas airado,
el gaban acuchillado,
gorguera y barba crecida:
ni dejó al sombrero plaza
su alemana caperuza,
ni al coleto de gamuza
la milanesa coraza.
Y como Dios le otorgó
larga existencia, su siglo
por evocado vestiglo
le tuvo del que pasó.
Idólatra de lo antiguo,
la edad sin tener en cuenta,
vivió de la escasa renta
de su patrimonio exíguo.
El mismo en la soledad
educando á su heredero
hizo dél un caballero
de su ya olvidada edad.
Y este, que es al que los dias
alcanzan de mi leyenda,
siguiendo la misma senda
siguió sus propias manías.
Educado por su padre
en la vanidad tudesca
de su era caballeresca
no halla hoy cosa que le cuadre.

Nutrido con las historias
del tiempo en que aquel vivió
del suyo desconoció
las hazañas y las glorias.
De modo que al fenecer,
(obra de su afan prolijo),
pudo decirse que en su hijo
tornaba el padre á nacer.
Todo de la misma suerte
continuó en el castillejo,
sombrío, sin que del viejo
se echara de ver la muerte:
pues su primer sucesor
el castillo al heredar
ni un clavo en él alterar
tomó por punto de honor:
y salva la diferencia
que entrambos la edad ponia
que duraba parecia
del buen viejo la presencia:
porque de él copia leal
en su persona y su traje
guardó el hijo su equipaje
á su manera imperial.
Rapado á lo Cárlos Quinto
luenga la barba conserva,
como sus patios la yerba
conservan en su recinto;
y asi como no trocara
por el del rey su linage,
no mudó nunca su trage
ni desembarbó su cara.

Una boda desigual,
no en nobleza ni en fortuna
sino en edad, oportuna
le acrecentó su caudal.
Una condesa ya viuda
que con timbres campanudos
y medio millon de escudos
sus ocho lustros escuda,
se unió á él en matrimonio,
y á su vanidad tudesca
su vanidad quijotesca
allegó y su patrimonio.
Y atados con el torzal
de iguales genios y gustos,
vivieron como dos bustos
sobre un solo pedestal.
Mas probando su largueza
una de esas bizarrías
en que dá todos los dias
la rica naturaleza,
hizo, mostrando el poder
de sus caprichos estraños,
que al conde al fin de dos años
diera un hijo su muger.
Y no queriendo dejar
su obra incompleta, le dió
un hijo que no dejó
nada en sí que desear.
pues robusto, hermoso y sano
se desarrolló con brío
aquel capullo tardío
del amor del castellano.

No hay placer cabal, empero,
en la tierra: la condesa
descendió á poco á la huesa,
y quedando el caballero
solo otra vez y sumido
en soledad y dolor
concentró todo su amor
en su vástago florido.
Criarle pensó en su casa
como á él su padre: mas es
locura intentar los pies
atar al tiempo que pasa.
Don Cárlos mientras fué niño,
sus viejos gustos siguió,
porque al suyo no dejó
brotar el filial cariño;
mas cuando llegó á ser mozo
comprendió que la clausura
de aquella vivienda oscura
semejaba un calabozo,
y entendió cuán temerario
fuera aquel que en la corriente
permanecer de un torrente
pretendiera estacionario.
Declaró al anciano adusto
que era imposible seguir
en tal modo de vivir
contra su tiempo y su gusto.
Resistió el viejo, insistió
el mozo, y fué, no sin pena,
alargando su cadena
hasta que al fin la rompió.

Pajarillo que del nido
por primera vez se lanza
ver ansiando hasta dó alcanza
por sus alas sostenido,
bajó al valle, vió sus flores,
y encontrándolas tan bellas,
comenzó á saltar entre ellas
respirando sus olores,
y haciendo atrevido alarde
de su vuelo aun inesperto,
en los rosales de un huerto
entretenido una tarde,
picando sin precaucion
una rosa campesina,
la rosa con una espina
le picó en el corazon.
Quedósele en él metida,
y aunque la quiso ocultar,
empezándose á enconar,
dió su padre con la herida.
Quien queriendo su dolencia
atajar con prontitud,
acudió á la alta virtud
del bálsamo de la ausencia.
Le envió á Nápoles de un vuelo,
y allí del virey al mando
le defiende contra el bando
del pescador Mas Aniello.
Su padre se hace sin él,
roido por el dolor,
tan hosco y ágrio de humor
como si bebiera hiel;

y del peñon en la cresta
su vieja torre morando,
asoma de cuando en cuando
su catadura indigesta.
Dejémosle en ella, pues,
y abandonando el castillo,
bajemos al lugarcillo
que está tendido á sus pies.

II.

En una casita blanca
que á sombra de un verde sauce
se mira en la agua de un cauce
que va un molino á mover,
vive un doctor estrangero
del pais muy estimado,
porque su amor le han grangeado
su rectitud y saber.

Diez años hace que vino
á establecerse en la tierra,
y en esto solo se encierra
cuanto el vulgo sabe de él.
Independiente y discreto,
curiosidad no provoca,
mas sellada está su boca
y cerrado su cancel.

Rara vez tiene en su casa
convidado ni visita:
en su piso bajo habita
con modestísimo ajuar.
Alli tiene establecidos
su estudio y recibimiento,
y de libros hasta ciento
sobre el arte de curar.

Alli el patan y el hidalgo,
que á consultar su dolencia
van, se aguardan en ausencia
ó para su entrada vez:
él los llama á su despacho
por el turno en que ellos vienen,
guardándoles el que tienen
con estricta rigidez.

En su ministerio exacto,
jamás niega su asistencia
ni al dolor ni á la indigencia
con escusa ó dilacion:
ni le han impedido nunca
que llenara su destino
ni el esceso de camino,
ni el rigor de la estacion.

En la cámara del rico
que en holandas se reboza,
igualmente que en la choza
ó abrigaño del pastor,
se le mienta con respeto,

se le ve con esperanza,
se le acuerda confianza,
se le paga con amor.

Idólatra de su ciencia,
recorrido ha en largos viages
los mas remotos parages
de sus secretos en pos;
la Africa, la Asia y la India
de ellos su ciencia han provisto,
y en sus desiertos ha visto
las maravillas de Dios.

Por eso igualmente viendo
por donde quiera las leyes
infringidas por los reyes,
mal cumplidas por su grey,
el mundo tiene por patria,
errante cosmopolita,
mas de los pueblos que habita
respeta y cumple la ley.

Como hombre que ha visto mucho,
sus opiniones estrañas
califican de patrañas
cosas en que el mundo cree:
y pospone los principios
y la ley de los gobiernos
á los principios eternos
y á las leyes de su fé.

Hombre de arte, tiene en poco
los blasones de nobleza,

y no estima por grandeza
mas que la del corazon:
y al juzgar á los humanos,
sin mirar á sus blasones,
solo acuerda á sus acciones
su imparcial estimacion.

Observador reflexivo,
tiene del hombre y del mundo
conocimiento profundo
y comprension perspicaz;
y en sus sólidos principios
firme, es en sus opiniones
como breve de razones,
en su dictámen tenáz.

Y una vez que él ha abrazado
resolucion ó proyecto,
hasta que le lleva á efecto
ni duda ni vuelve atrás:
lo mismo trata los males;
medita, observa, registra,
y en las drogas que administra
no se equivoca jamás.

Iniciado en los secretos
y las lenguas orientales,
sus yerbas medicinales
conoce con perfeccion:
y en una caja de cedro
con labores damasquinas,

guarda en frascos medicinas
que estrañas á Europa son.

Mil veces le ofreció el mundo
interés y dignidades,
córtes y universidades,
brindándole proteccion;
mas él rehusó modesto
el honor de sus favores,
por razones superiores
que guardó en su corazon.

Tal es el doctor severo
que en el piso bajo habita
de aquella alegre casita
que al pie de la torre está:
su piso elevado, á estilo
de los pueblos del oriente,
es un santuario que asilo
solo á su familia dá.

Compónenla dos mugeres:
la mayor, de edad provecta,
á su cargo tiene afecta
la economía interior;
la mas jóven goza en ella
de libertad absoluta,
sin que acote ni discuta
su autoridad el doctor.

En la posicion de entrambas
la diferencia es notoria,

y la línea divisoria
bien fácilmente se vé;
la mayor rige, dispone,
gobierna, administra, ordena,
deberes tiene que llena:
la menor manda y posee.

El poder de la primera
tiene cotos; ésta alcanza
del doctor la confianza,
la mas jóven el favor;
pero de entrambas apoya
el poder y el valimiento
en el sólido cimiento
del decoro y el honor.

El tipo de ambas es puro
y acusado netamente;
la mayor es diligente,
reflexiva y perspicaz:
sin bajeza cariñosa,
complaciente con prudencia
por su celo y esperiencia
de su empleo muy capaz.

Aunque raya en nueve lustros,
su raza transteveriana
ver su belleza romana
deja de ellos á través:
sus clásicas proporciones
del pueblo rey la matrona

recuerdan en su persona:
y lleva el nombre de Inés.

La menor es una rosa
que al bello sol de la vida
abre fresca y aromosa
su capullo virginal:
mas, flor de orientales climas,
su tipo, mucho mas bello
que perfecto, tiene el sello
de su orígen oriental.

Diez y ocho abriles sus rosas
sobre su faz deshojaron
y en memoria la dejaron
su carmin primaveral:
mas temprana cual las rosas
que al sol de Africa florecen
ya sus formas aparecen
en desarrollo total.

Es una de esas mugeres
á quienes naturaleza
hace tipos de belleza
en su hermosa imperfeccion,
cuyas formas espresivas
en sus líneas incorrectas
mil veces mas atractivas
que las mas perfectas son.

Su beldad no constituyen
las exactas proporciones:

ni se dan sus perfecciones
á analítica inspeccion;
su hermosura está en la *gracia*
que no miden los compases;
don tan múltiple de fases
incapaz de descripcion.

¿Qué es la *gracia*? Es un encanto
misterioso, indefinible;
una luz improducible
por las tintas del pincel;
es *algo* al poder rebelde
de la lengua y de la pluma:
es un don de Dios en suma,
pero ¿quién dá razon de él?

¿Qué es la gracia?—La de Rosa
es la airosa gentileza
con que se alza su cabeza
de su cuello en la esbeltez:
es el aire voluptuoso
de su talle que cimbrea
que se comba y que se arquea
como el junco y como el pez.

La sonrisa embriagadora
que hoyos hace á su mejilla,
los cambiantes con que brilla
rica en luz su pura tez,
la caida de sus párpados,
el ondear de sus cabellos,



las cascadas que hace entre ellos
de la luz la esplendidez.

Es la marcha seductora
de aquel pie menudo y leve
que parece que en la nieve
ni hace huella ni alza son:
el acento cuyo timbre
hasta el alma profundiza
y el mirar que magnetiza
con la luz de la pasion.

Este tipo de hermosura
que al análisis resiste
y al discurso, solo existe
bajo un sol meridional
y jamás le reprodujo
del ingenio el poderío,
ni del mármol en lo frio,
ni en lo duro del metal.

Tal es el tipo de Rosa
la admirable criatura
que da ser con su hermosura
á la casa del doctor.
Rosa es uno de esos seres
cuyo gérmen, cuya esencia
animó la omnipotencia
con el fuego del amor.

¿A qué raza pertenece?
¿qué hemisferio la dió cuna?

¿qué derechos, qué fortuna
la reserva el porvenir?
Del secreto de su vida
el doctor tiene la llave
y ¿quién va de hombre tan grave
los secretos á inquirir?

Mas, lector, ¿cuál es el nudo
del hilo oculto que corre
désde la casa á la torre
en donde conmigo estás?
Escúchame un doble diálogo
que en este momento pasa
en la torre y en la casa,
y el nudo desatarás.

CAPITULO II.

I.

Una tarde, el sol de mayo
en las torres del castillo
quebrando el trémulo brillo
de su postrimero rayo,
á su postrer resplandor
ganando el enhiesto risco,
del castillejo morisco,
llamó á la puerta el doctor.
Ya no existe la de hierro
llantada: la de hoy en dia
es de roble, y del vigía
el lugar ocupa un perro.
Su ladrido respondió
á la récia aldabonada
con que el doctor su llegada
á los de adentro anunció.

Sacó por una tronera
su semblante amojamado
un decrépito criado,
el cual, haciendo visera
De la mano y hasta el hombro
la cabeza adelantando,
conoció al doctor, mostrando
de verle no poco asombro.
Dejó al punto el ventanillo,
acalló al mastin, quitó
los pasadores, y entró
el doctor en el castillo.
Adentro ya, emprendió el viage
del laberinto que côrre
desde la primera torre
hasta la del homenage:
que el castillo, aunque pequeño,
tiene aire de fortaleza,
cual conviene á la grandeza
de su vanidoso dueño.
Dos patios, un corredor
y una desierta crugía
detrás de su viejo guia
cruzó en silencio el doctor;
luego un caracol torcido,
pasó, cruzó un descubierto
y estenso adarve, que en huerto
ha poco que han convertido,
y es uno de esos pensiles
de la mora Andalucía,
donde al sol de medio dia
brotan las rosas á miles;

y un postiguito pequeño
abierto sobre el jardin,
atravesando, dió en fin
en la cámara del dueño.
Aquel (en su señorío
Cárlos primero) salióle
á recibir, y franqueóle
un salon alto y sombrío;
cuyas proporciones grandes
llena mal el pobre adorno
de diez sillas que hay en torno
de unos tapices de Flandes.
Sobre un velador de encina,
tiene el baron un resúmen
de heráldica, y un volúmen
de la Vulgata latina;
de lo que el doctor deduce
que es el baron buen católico,
puesto que el rito apostólico
sigue y el latin traduce.
Una enorme chimenéa
llena el principal testero
de aquel salon todo entero,
y en su inmenso hogar huméa
(porque la humedad le impide
arder) un tronco de roble,
que por su tamaño doble
rebelde al fuego, despide
por las heridas que hizo
la hacha en él su savia y zumo,
cuyo humor ahoga en humo
su poco fulgor pajizo.

Con gravedad señorial
dió el baron silla al doctor,
quien con gravedad igual
se arrellanó en la mejor.
Calló el baron, como aquel
que va á entablar cuestion grave,
y el doctor como quien sabe
que escuchar le toca á él.
Al cabo, tras breve punto
de precisa reflexion,
trabó diálogo el baron
yendo derecho al asunto.
Siendo, empero, de los dos
el carácter tan altivo,
el diálogo fué tan vivo
que es difícil irle en pos.
Puso á los dos en un potro
la precision de escucharse,
y lucharon por quitarse
la palabra el uno al otro.
Mas para que nos ahorremos
el martilléo importuno
de aquello de «dijo el uno» —
y «añadió el otro» — pondremos
á la márgen simplemente
de los interlocutores
los nombres, y los lectores
nos leerán mas fácilmente.

II.

EL BARON.

Os he llamado, doctor...

EL DOCTOR.

Abreviad, sé para qué.

BARON.

¿Quién os lo dijo?

DOCTOR.

Mi honor
que puse por avisor.

BARON.

¿Sabeis pues?...

DOCTOR.

Todo lo sé.
Vuestro hijo vuelve.

BARON.

Le espero
de un momento á otro.

DOCTOR.

Pues

ya supondreis, caballero,
que yo en mi casa no quiero
que ponga jamás los pies.

BARON.

Es el consejo mejor
que yo le daré.

DOCTOR.

Mandad,
y no aconsejeis.

BARON.

Doctor,
la ley le da ya favor,
pues vuelve mayor de edad.

DOCTOR.

Siempre somos los mayores
los padres; por mas que crezcan
nuestros hijos son menores
que nosotros, y mejores
nuestros juicios: que obedezcan.

BARON.

Porque hacerme obedecer
pienso yo de él mientras viva,
quise vuestro parecer
sondear, y no es poco hacer
tomar yo la iniciativa.

DOCTOR.

Gracias.

BARON.

Bien nos estuviera
ponernos ambos de acuerdo
antes que mi hijo volviera,
y á mi pesar se metiera
en un lance poco cuerdo.
Yo creo, que pues mi hijo
ama á Rosa, y que este amor
(al decíroslo me aflijo).....

DOCTOR.

Sed franco, y no andeis prolijo;
creeis que aja vuestro honor.

BARON.

Cabal: Cárlos era un niño
cuando la cobró cariño:
la chica, eso sí, es muy bella
y pura como el armiño;
mas Cárlos no es par con ella.
Mi hijo es único heredero
de mi nombre y de mi casa,
le armó el virey caballero
en Nápoles: mensajero
le envió á Madrid: del rey pasa
por bien quisto, circunstancia
de no pequeña importancia
en su venidero porte.

DOCTOR.

Permitid á mi arrogancia
que vuestro discurso corte:

Pues con mi paciencia lucho
cuando vuestros circunloquios
inútiles os escucho,
y yo el tiempo tengo en mucho
para perderle en colequios.

Oid: yo voy á poneros
la cuestion tan en su punto,
con puntos tan asideros,
que no tengais que volveros
á ocupar mas del asunto.

Vuestro hijo ama á mi Rosa:
vos teneis á deshonor
este amor, porque os acosa
la vanidad ambiciosa
de riqueza y de favor.

Vos suponeis, y la errais,
que yo este amor alimento,
porque vos ennoblezcais
á mi Rosa, si otorgais
á su amor asentimiento.

Mas, á pique de enojaros,
vais á ver cómo destruyo
vuestra ilusion, sin reparos

á vuestro honor, con probaros
que el deshonor será suyo.
Rosa.....

BARON.

Antes de que pasemos
mas adelante...

DOCTOR.

Despues.

BARON.

Antes.

DOCTOR.

Sea.

BARON.

Aun no sabemos
si es hija vuestra. ¿Podremos
preguntaros de quién es?

DOCTOR.

Es lo que os iba á decir,
si me dejárais seguir.

BARON.

Pues continuad, porque es cosa
que ha tiempo que anda curiosa
mucha gente por oir.

DOCTOR.

Pues tal vez no satisfaga
á esa gente ociosa y vaga
mi respuesta: y ¡por quien soy!
que temo que mal os haga
el trago que á daros voy.

Rosa, á quien habeis creido
honrar con vuestro favor,
en tal estirpe ha nacido
que no podrá con honor
aceptar vuestro apellido.

Rosa, en fin, á quien acaso
regateais vuestras rentas,
puede arrojaros al paso
lo que vuestro haber escaso
no suma en todas sus cuentas.

Mas oid lo que no alcanza
vuestra razon: mi hija Rosa,
para quien es la esperanza
de una probable alianza
con don Cárlos poca cosa,

Con hombre se ha de casar
que lleve por solo bien
al santuario de su hogar
lo que con honra á ganar
sus propias manos le den.

Mas hombre cuyo decoro,
cuyo libre corazon
desprecie el favor y el oro,
y no tenga mas tesoro
que su honor y su pasion.

Un hombre cuya existencia,
cuya patria, cuya ley
sea Rosa: que en conciencia
puede tener la exigencia
de casarse con un rey;

Y vuestro hijo don Cárlos
ni es rey, ni tiene de tal
los derechos: y á lograrlos
no supiera conservarlos,
pues le educásteis muy mal.

¿Cómo á su vida atendiera,
si sus haciendas perdiera?
como los nobles: vendiéndose
á un rey cualquiera, y batiéndose
sin saber por qué siquiera.

Rosa un hombre ha menester
que ya que pueblos no mande,
no sirva á ningun poder;
y donde esté sepa ser
libre, independiente y grande.

Ahora bien, señor baron,
si en ello parais las mientes,

vereis que en la condicion
de seres tan diferentes
no es posible que haya union.

Con que si el orgullo os dijo
que Rosa vuestro honor aja,
lo erró, y tenedlo por fijo,
si ama Rosa á vuestro hijo
es ella quien se rebaja.

Dijo el doctor, y el sillon
abandonando en el acto,
salió apriesa del salon,
dejando al pobre baron
corrido y estupefacto.

La sorpresa y el sonrojo
le pusieron amarillo
hasta lo negro del ojo:
jamás creyó tal arrojo
del rey mismo en su castillo.

No cabiendo en su cabeza
semejante atrevimiento,
ni del caso la estrañeza,
quedó absorto larga pieza
sin voz y sin movimiento.

Mas viéndose tan mal puesto,
echó por el corredor
con desencajado gesto

y en ademan descompuesto
al alcance del doctor.

En el impulso primero
de la rabia que á embargarle
fué el corazon altanero,
asió el baron de un acero
con intencion de matarle.

Cruzó el adarve desierto,
y uno y otro corredor,
y uno y otro patio abierto;
pero, con gran desconcierto
suyo, no halló ya al doctor.

Llevábale gran ventaja:
y como el viejo baron
ve que corre y no le ataja,
la cólera se le cuaja
al frio de la razon;

Porque como el movimiento
del cuerpo paralizar
no puede el del pensamiento,
el baron pudo un momento
á solas reflexionar.

Y la arenga estrepitosa
del doctor dándole vueltas
en el cerebro, y de Rosa
en la historia misteriosa
cogiendo las hebras sueltas,

Paró en recapacitar
á impulsos de su codicia
y su ambicion de medrar,
que era bien con tiento andar
antes de dar una picia.

A las mientes se le vino
que si el doctor no es un loco
que cayó en un desatino,
él con su ira tampoco
ganará mucho camino.

Y si es Rosa por acaso
lo que el dice, y cosa óbvia
que á Cárlos ama, no es caso
de perder por un mal paso
tal ocasion y tal novia.

Todo lo cual bien pesado,
juzgó por mejor aviso
disimular lo pasado,
y ganár de fuerza ó grado
al doctor lo mas preciso.

Alcanzólo ya en la puerta;
mas por pronto que acudió,
ya aquel la tenia abierta:
y afuera en salvo y alerta
viéndole ya, le llamó.

Calmóse, pues, como pudo
mejor, y al doctor llegando,

que esperaba frio y mudo,
le dijo, el ceño sañudo
cual supo desenarcando:

BARON.

Una palabra doctor.

DOCTOR.

Pero sed breve.

BARON.

¿Estais hoy
en vuestro juicio?

DOCTOR.

Lo estoy.

BARON.

¿Con que es cierto?

DOCTOR.

Como soy
hombre.

BARON.

¿Palabra?

DOCTOR.

De honor.

BARON.

¿Y es Rosa?

DOCTOR.

Lo que es: ni mas
ni menos que lo que he dicho.

BARON.

¿Y ama á mi hijo?

DOCTOR.

Quizás
de sobra.

BARON.

¿Entónces?

DOCTOR.

¡Jamás!

BARON.

¿Mas si Rosa en su capricho
se encastilla y se resiste
á ceder, y temeraria
en esa pasion persiste?

DOCTOR.

Entónces vivirá triste
y morirá solitaria.

BARON.

¿Pero y si en su amor mi hijo
vuelve mas que nunca fuerte?

DOCTOR.

Entónces tened por fijo
que entre su amor y la muerte
es la muerte lo que elijo.

BARON.

¡Le matárais!

DOCTOR.

Parecer
tomaré; mas de razones
basta: si él se obstina en ser
marido de tal muger,
la muerte va á sus talones.

BARON.

¡Tanto le odiais!

DOCTOR.

¡Pese á mí!
¿Quereis que os declare aqui
por qué á vuestro hijo muestro
tanta repugnancia?

BARON.

Si.

DOCTOR.

Pues bien, por ser hijo vuestro.

Dijo el doctor, y la mano
teniendo en la aldaba puesta,

cerró la puerta de plano
sobre el viejo castellano,
y empezó á bajar la cuesta.

III.

En tanto que de la torre
bajar al doctor dejamos,
á Rosa y á Inés oigamos,
mas porque el lector se ahorre
el sonsonete prolijo
y tenaz repeticion
de «dijo ésta» «aquella dijo»:
en esta conversacion,
el método seguiremos
de nuestras dos anteriores,
y á sus interlocutores
á la márgen nombraremos.
El método no es á fé
ni nuevo ni original:
mas para método tal
tenemos nuestro por qué.

Rosa sobre un almohadon,
levantada la arabesca
celosía, el aura fresca
goza sentada al balcon.
Inés á su lado puesta

sigue una plática viva
con Rosa, la cual la esquiva
por inútil ó molesta.
Y segun insiste Inés,
y segun resiste Rosa
la cuestion es sobre cosa
de muchísimo interés.
Grave Inés, casi severa,
Rosa altiva, casi airada
en la plática trabada
decian de esta manera:

ROSA.

No vayas, por Dios, Inés,
con tal discurso mas lejos;
contra el amor no hay consejos:
yo amo: déjame pues.

INES.

Pues ya que tu obstinacion
no haya consejo que venza;
al menos que te convenza
el poder de la razon.
Dos años ha que no escribe:
con que ó es muerto ó te olvida.

ROSA.

Mientras dure en mí la vida
él me ama, y él me vive.

INES.

Mira pues como me esplicas
el silencio en que se cierra:

vivo, desde cualquier tierra
supieras de él.

ROSA.

Mortificas
tu ingenio en vano, y tus pruebas
no prueban nada. Sé yo
que el doctor las recibió
aunque de él no me dais nuevas.

INES.

Mas ¿contra el mismo doctor
por qué tan tenaz porfías?

ROSA.

Esas son razones mias.

INES.

Son escesos de tu amor.

ROSA.

Que acabarán por vencer.

INES.

Que no tienen fundamento.

ROSA.

El amor.

INES.

Es como el viento.

ROSA.

Tiene el viento gran poder.

INES.

¿Y en el viento, Rosa mia,
vas á fundar tu esperanza?

ROSA.

Son razones que no alcanza
tu razon austera y fria.

INES.

No las hay con que me arguyas;
son delirios de tu amor.
Si las tuviera el doctor
¿no me diera nuevas suyas?
Cuatro años ha que partió
y escribió solo el primero.
¿Sabes, Rosa, lo que infiero
de los cabos que ato yo?
su padre le envió á la guerra
de Italia, porque sabia
lo que contra amor podia
el tiempo en aquella tierra.
Tú figurarte no puedes
aquel cielo azul sereno,
que cobija un suelo lleno
para las almas de redes.
Rosa, no enemigos quiso
su padre enviarle á matar,
sino su amor á dejar

muerto en aquel paraiso.
Su padre, de connivencia
con el doctor, le envió allí
á que te olvidara á tí,
porque tiene la esperiencia
que dan los años, y saben
que no existe en este mundo
amor tan fiel ni profundo
que ausencia y tiempo no acaben.
Y la consecuencia ves:
el primer año guardó
puro tu amor, y escribió.
entibiósele despues,
ó pudo tal vez morir
de la guerra en un azar
cuando no volvió á escribir.

ROSA.

No te tienes que cansar.
Contra mi fé no hay razon:
contra mi amor no hay poder:
es la esencia de mi ser:
la fé de mi corazon.
El juró que volveria
al salir de su tutela.

INES.

Hoy sale y el dia vuela.

ROSA.

Aun no ha concluido el dia.

INES.

Ya anochece.

ROSA.

No en mi alma
do mi amor arde constante,
y cuya antorcha brillante
su centro ilumina en calma.
Cárlos vive, pues yo vivo:
volverá pues yo le espero.

INES.

¿Tu amor, Rosa, es tan entero?

ROSA.

Unico, eterno, esclusivo.
El fuego de esta pasion
la torpeza no oscurece,
Inés: mi amor esclarece
celestial intuicion.
Para juzgar ni creer
no ha menester los sentidos:
sin ojos y sin oidos
sàbe oir y sabe ver.
No ha menester fundamento
buscar en causa ó razon,
que la fé del corazon
le da perenne alimento.
Mi amor es la llama pura
que el Criador hizo arder

en el hombre y la muger
al formar la criatura.
No es esa torpe pasion
que *amor* la sociedad llama,
y cuyo fuego no inflama
la esencia del corazon:
no ės esa pasion mortal
que se estingue y satisface,
sino ese otro amor que nace
sin apetito carnal.
Es ese otro amor divino
que da á algunos seres Dios,
identificando á dos
con solo un ser y un destino.
Estos dos seres se encuentran
sin buscarse, se adivinan,
uno de otro se avecinan
y uno en otro se concentran.
Ni el tiempo ni la distancia
á estos dos seres desune,
que do quiera los reune
en solo un ser su constancia;
y aunque vivan divididos
desde la cuna á la huesa,
van de alli, con su fé ilesa,
á la eternidad unidos.
Este es amor verdadero:
este el que mi alma atesora,
no me preguntes ahora
en qué fio ni en qué espero.
Cárlos y yo con tal fé
nos amamos, y este lazo

no le rompe ningun plazo:
venga ó no le esperaré.
Calló Rosa y calló Inés
sabiendo que no hay razon
que convenza á una pasion
y la de Rosa lo es.
Y como para ayudar
á la pasion contra el juicio
y no dejarle resquicio
por do el alma penetrar,
por el estrecho sendero
que fuera del valle guia
vieron que aprisa venia
y á caballo un forastero.
La luna que ya platea
el azul del horizonte
y la brisa que del monte
baja errante y juguetea,
las hicieron á la par
ver de lejos su figura
y sentir de su montura
el sonoro galopar.
Asaltó el alma de Rosa
un leal presentimiento
y alzóse Inés de su asiento
de el que llega recelosa.
«Quitémonos del balcon,»
dijo Inés: mas como quieta
continuó Rosa sujeta
al poder de su atencion,
la una absorta y la otra incierta
de lo que hacer convendria,

dejaron al que venia
llegar á su misma puerta,
y un poco bajo el balcon
y el corcel de mucha alzada,
no era ya la retirada
de fácil ejecucion
puesto que él, que las ha visto,
en los estribos alzado
las há un paquete arrojado,
caso de ambas imprevisto:
cierto él de que recibió
Rosa en la falda su ofrenda
volvió al caballo la rienda
y á galope se alejó.
—Enciende una luz, Inés.
—Entregar fuera mejor
ese paquete al doctor.
—Cuando vea yo lo que es.
—Mira, Rosa....
—Basta ya:
pues á mí se dirigió
es para mí: antes que yo
ningun otro lo verá.
Fuese por la altanería
de su tono avasallada
ó á obedecerla obligada
encendió Inés la bugía;
y abriendo Rosa el paquete
halló en él una preciosa
cajita de palo-rosa
y un perfumado billete.
Roja y trémula de amor



llegándose á la bugía
leyó el papel que venia
escrito en este tenor.

«Un amor y una palabra
no mas, Rosa mia, tengo:
hoy esta á cumplirte vengo
y á ratificarte aquel.
Yo soy uno de esos seres
que solo un amor conciben:
con él nacen, con él viven
y se sepultan con él.

«Por si mi padre se opone,
por si yo pierdo mi herencia,
porque un dia la indigencia
no se asiente á nuestro hogar,
á la par de un gran maestro
aprendí y profeso un arte
que nos pueda en cualquier parte
pan é independencia dar.

«Adjunta va en esa caja
de mi saber una muestra:
pasó por obra maestra
do quiera que la mostré;
por obra la dan del genio
y del arte por hechizo,
mas, ¡oh Rosa! quien la hizo
no fué el genio, el amor fué.

«Hombre de arte ó caballero,
seré solo esclavo tuyo;
yo mi dueño te instituyo,
tus mandatos cumpliré:
esta noche como hace años

me dirás por tu ventana
si aun me amás, y mañana
al doctor te pediré.
«Tras de mí en Italia y Francia
dejo un nombre ya famoso;
mas si juzgas mas honroso
el servicio de algun rey,
en dos córtes á altos cargos
puedo optar: ve lo que eliges;
tú gobiernas, tú diriges,
tus caprichos son mi ley.
«Nuestros padres de consuno
llevan mal el amor nuestro;
el doctor mas que yo diestro
se ha interpuesto entre los dos,
y sin cartas uno de otro
por cuatro años estuvimos;
mas si me amas, pues vivimos,
fia en mí que fio en Dios.»
Leyó Rosa, y el billete
dejando sobre la mesa,
curiosa á abrir se dió priesa
la cajita del paquete.
Entre felpa acomodada,
de labor maravillosa
halló de plata una rosa
en su capullo cerrada.
Por el tallo la tomó
para bien examinarla,
y de la caja al sacarla,
todas sus hojas abrió:
y en su centro colocada

apareció una figura,
microscópica escultura
con gran primor cincelada.
De sorpresa exhaló un grito
Rosa, y alzando en su diestra
aquella prueba maestra
de arte y trabajo infinito,
púsola de la luz junto,
y al mirarla con cuidado,
en el metal cincelado
reconoció su trasunto.
Era otra Rósa, otra ella,
una estatueta preciosa,
de labor tan minuciosa,
tan diminuta y tan bella,
que el primoroso juguete
hiciera honor á la mano
de Arfe y de Alonso Cano,
de Cellini ó Berruguete.
Ante maravilla tal,
absortas por la atencion,
con igual admiracion
y con complacencia igual,
Rosa é Inés larga pieza
estuvieron contemplando
y estasiadas admirando
obra de tanta belleza.
Y aun la examinaban mudas
con sorpresa y con amor,
cuando en la puerta el doctor
dió dos aldabadas rudas.
«¡El doctor!» (esclamó Inés

aterrada). «¿Y qué? (serena
dijo Rosa), ¿á casa agena
viene acaso? Abrele pues.»
Fué Inés á abrir al doctor
y Rosa ante la bugía
siguió absorta todavía
ante su carta y su flor.

Un cuarto de hora despues,
frente á frente en su sillon
cada cual, y del salon
mandada salir Inés,
Rosa y el doctor á solas
la escultura contemplaban,
y de su emocion saltaban
hasta su rostro las olas.
Mas asentado el doctor
en su poltrona de cuero,
su ser absorbía entero
el exámen de la flor.
Mirábala con un lente
de grande fuerza y aumento
y á cada nuevo accidente
digno de encarecimiento
que en su trabajo encontraba
su labio se contraia,
su entrecejo se fruncia,
su pupila centelleaba.
Pálida de incertidumbre
miraba Rosa su faz,

de penetrar incapaz
su gozo ó su pesadumbre;
pues aunque el doctor semeja
ceder á ingrata emocion
no es la primera ocasion
en que el arco de su ceja
con las nubes de su ceño
su mirada al entoldar
le sirvió para embozar
un pensamiento halagüeño.
Los suyos Rosa á esconder
menos que el viejo avezada,
muestra en sus ojos tomada
su resolucion tener;
y aunque, callada y modesta
aguarda á que hable el doctor,
libre aguarda de temor,
y á dar su opinion dispuesta.
Pálida pero tranquila
está al doctor contemplando
sus facciones devorando
con avarienta pupila.
La flor al fin con gran tiento
como hombre que su valor
conoce, puso el doctor
en la mesa, y un momento
fijando en su compañera
su mirada luminosa,
la conversacion con Rosa
entabló de esta manera.

DOCTOR.

Don Cárlos dice en su carta
que esta flor es obra suya.

ROSA.

Y yo confio en que arguya
en su favor.

DOCTOR.

Prueba es harta
para abrir á quien la hizo
el alcázar del favor:
quien la niegue un gran valor
será descontentadizo.

ROSA.

Pues ya veis que es una ofrenda
que me hace.

DOCTOR.

Antes que la admitas
reflexionar necesitas
si es admisible tal prenda.

ROSA.

¿Por qué?

DOCTOR.

Porque puede hacer
inmortal al escultor,

y no debe sin su amor
aceptarla una muger.

ROSA.

No fuera ni generoso
ni amante si diera menos.

DOCTOR.

Sus procederes son buenos,
mas puede ser mentiroso.

ROSA.

Es muy noble para eso.

DOCTOR.

¿Quién de apariencias se fia?

ROSA.

Fiad vos en la fé mia.

DOCTOR.

¿Con que le amas?

ROSA.

Con esceso;
y os lo debo de advertir,
doctor: está mi pasion
tan honda en mi corazon,
que con ella he de morir.

DOCTOR.

Y que mueras valdrá mas,

antes que yo te envilezca
dando á quien no la merezca
tu noble mano jamás.

ROSA.

Inquirirlo os toca á vos.
Yo, si le encontrais indigno,
á ser muerta me resigno:
ó esposa suya ó de Dios.

DOCTOR.

Pues fia en mí.

ROSA.

Y en él fio,
que nunca mi corazon
dará en vil inclinacion.

DOCTOR.

No, mientras que lata el mio!
Flor que la escarcha no arruga
y abril de miel llena deja
su cáliz abre á la abeja,
mas se le niega á la oruga;
Rosa, yo te cultivé,
y escucha bien mis palabras,
antes que á la oruga te abras
del tallo te cortaré.

ROSA.

Vuestra soy.

DOCTOR.

Basta: á otra cosa:
y que se cumplan dejemos
de Dios los juicios supremos.
Guarda esa escultura, Rosa,
y que nos sirvan la cena.

ROSA.

¿Puedo ya tener por mia
esta flor?

DOCTOR.

No todavía,
mas ténla por prenda buena.

IV.

Con el son de las áuras rumorosa,
con el oréo de su aliento fresca,
con la luna en su lleno iluminada,
con el primer olor de las violetas
tempranas perfumada, magestuosa
con la sublimidad que da á las selvas
el solemne silencio que produce
del hombre inquieto y de su voz la ausencia,
límpida, nacarada, trasparente,
era una noche azul de primavera

de esas que rivalizan con el dia
menos fúlgidas que él pero mas bellas.
Era una de esas noches deliciosas
de paz, de amor y de misterio llenas
que echan sobre la hermosa Andalucía
no el lóbrego capuz de las tinieblas,
sino la gasa azul del aire diáfano
que sobre sus provincias se despliega,
cual sobre su dormida favorita
del berberisco Amir la blanca tienda.
De la nocturna calma bajo el peso,
y á la templada claridad serena
que el estrellado firmamento rádia,
muda reposa la dormida tierra.
El húmedo rocío, que en los árboles.
las flores y los céspedes comienza
á congelar sus gotas cristalinas
que caprichoso de las hojas cuelga,
se complace en tocar del bosque espeso
la verde y enramada cabellera
como la de una etíope sultana
con hilos mil de luminosas perlas.
¡Cuán solemne la calma de la noche
es en la soledad de la floresta!
¡Cuán gratos los rumores y las sombras
que sus espacios silenciosos pueblan!
Sus bosques son los templos en que culto
dá á su Hacedor la gran Naturaleza,
y entre los mil pilares de sus troncos,
bajo su verde bóveda que ondea,
á la serena luz que el rico velo
de su hojarasca rumorosa templa,

brotan los piadosos pensamientos
y los recuerdos mil de la creencia.
¡Cuán graciosas del diáfano vacío
parecen á nuestra alma las quimeras,
y con cuánto placer en la memoria
nuestra imaginacion las aposenta!
¡Cuán agradables son las sensaciones
del viagero que cruza la arboleda
del fresco valle que al lugar conduce
donde un dia pasó de su existencia!
dondè dejó escondido algun recuerdo,
tesoro que con gusto á hallar volviera
rastro del paso de su ser... porque algo
del hombre siempre por dó pasa queda.
Algo que hallar ansía cuando vuelve,
algo que siempre que lo busca encuentra
con amargura ¡flores de la vida
que brotan con un sol, y otro las seca!
Tal es empero el hombre: siempre aguarda
flores hallar en donde espinas siembra:
siempre va tras la dicha y atrás siempre
mira creyendo que tras sí la deja.
Por eso los recuerdos de su alma
amargos ó sabrosos le atormentan
siempre, y su corazon presentimientos
lúgubres ó siniestros alimenta
en la silvestre soledad, por eso
nos asaltan el alma las quiméricas
imágenes del miedo, aunque valiente
nuestra razon las atropelle y venza.
Los seres mil fantásticos que bullen
en sus vacíos ámbitos impregnan

de miedos vagos su region hiriendo
nuestra imaginacion, la cual les presta
forma distinta y diferente causa
de las que les revisten y les crean
hasta tornar en mónstruos colosales
del campesino polvo las moléculas.
Los ruidos mil que forman el silencio,
que no interrumpen su inquietud ni alteran
su soledad, mas que el vacío mudo
de su quietud y su silencio llenan,
se vienen á estrellar en los oidos
del que solo los bosques atraviesa,
y el son imperceptible de sus átomos
estruendoso en su tímpano resuena.
¡Cuán naturales causas sin embargo
producen estas locas apariencias,
y con cuánto placer las descubrimos
despues de haber tenido pavor de ellas!
Alli susurra la ondulante rama
dó columpia su nido la oropéndola
y su sombra movible nos parece
de un espectro fugaz el ala negra.
Allá una triste tórtola suspira
á quien un hoja que se cae despierta
y su perdido arrullo nos parece
de un alma errante la angustiosa queja.
Allá al murmullo de escondido arroyo
que su cristal en las raices quiebra,
el paso de los gnomos desvelados
nos parece sentir bajo la tierra.
Allá el sordo y monótono ruido
de un gusano que roe la corteza

de un caduco abedul, creer nos hace
que algun gigante los peñascos sierra.
Allí el ahogado y postrimer chirrido
de un topo á quien ahoga una culebra,
el silbido de alarma nos parece
de oculto salteador que nos acecha.
Allá en el son de la contínua lágrima
con que el escaso manantial gotea
de la invisible máquina del mundo
sentir creemos trabajar las ruedas.
Sueños, delirios, aprensiones hijas
de la imaginacion y la conciencia,
cuyas causas que ocultas nos espantan
despues de comprendidas nos deleitan.
Atravesad un bosque por la noche,
y en la enramada soledad desierta
saborearéis la dulce poesía
de que colmó el Señor las arboledas.
Mas ¡ay! vienen momentos en que el hombre,
de su placer ó de su angustia presa,
cruza la augusta soledad del bosque
su soledad sin percibir siquiera.
Así á través del valle *innominado*
donde pasa la accion de esta leyenda,
un embozado cabizbajo sigue,
de la mansion de Rosa la vereda.
Sobre él susurran las movibles hojas,
bajo sus pies el manantial gotea,
silba en su torno el pájaro, el gusano
roe el alméz, se arrastra la culebra,
suenan en fin y vagan los rumores
y sombras de los bosques, sin que puedan

despertar su atencion que adormecida
en su profundo pensamiento lleva.
Sus ojos no se apartan de un objeto,
su pie no sale nunca de su senda,
rápido y recto va; sobre su línea
la aislada casa del doctor blanquea.
Brilla una luz en el balcon de Rosa,
é, irresistible iman, su llama trémula
atrae al parecer al embozado
que sus ojos tenaz no quita de ella.
Por el fulgor de su fanal guiado
á la casita sin dudar se acerca,
abandona la sombra de los olmos
y en el cercado de sus tápias entra.
Llega al pie del balcon iluminado:
escucha, aguarda.... nadie; hace una seña
convenida tal vez, y permanece
inmóvil largo tiempo la presencia
de alguno de la suya prevenido
acechando: mas nadie. ¿No le esperan?
¿habrá rendido el sueño á quien debia
estar atento á su señal? A hacerla
vuelve.... el mismo silencio: la luz arde
detrás de sus cortinas pero reinan
dentro del aposento que ilumina
hondo silencio y soledad completa.
Da un paso mas hácia el balcon, escucha....
nada: ¡silencio y soledad! reitera
osado la señal.... inútilmente
aguarda, escucha.... nadie: se impacienta,
vuelve á apartarse y á mirar: devora
con sus miradas lo que ver le deja

el abierto balcon.... brillando sigue
en el cuarto la luz, mas cual si fuera
lámpara de un panteon que de la vida
sirve no mas para mostrar la ausencia.
Espera aun unos momentos.... ¡nadie!
el gusano voraz de la sospecha
roe su corazon, á su cerebro
se agolpan mil imágenes siniestras.
Torna á mirar, torna á escuchar, mas siempre
en vano. ¡Aquella luz le desespera!
¿Qué es lo que alumbra aquella luz? ¿qué aguarda
de aquel balcon la cavidad abierta?
Aquella soledad, aquel silencio
que oponen á su afan una barrera
de misterio, que atajan, que aniquilan
sus planes y esperanzas, que envenenan
su corazon con el vapor mortífero
de la febril incertidumbre, es fuerza
profundizar al fin; él necesita
saber al menos de quien busca nuevas,
al menos ver lo que la luz alumbra,
lo que se opone á lo que hallar desea.
El balcon está bajo: entre él y el suelo
hay un respiradero, cuya reja
puede dar á su pie seguro apoyo;
calcula las distancias, casi llega
con la mane al balcon;—Duda: es indigna
intencion de un hidalgo.... la desecha.
¡Asaltar una casa! ¡ir los secretos
á violar de la mansion agena!
¡profanar el retiro de una dama!
¡ofender el pudor de una doncella!

Imposible: es audacia de villanos,
es accion que repugna á la nobleza
de su alma.... ¡mas volverse! Es imposible:
en aquel aposento manifiesta
de todo está la esplicacion acaso.
Duda.... mas es preciso: lo que arriesga
sabe, pero decídese. Resuelto
la capa tira, y por la vez primera
á la luz de la luna sus facciones
y lo gentil de su persona muestra.
Es un mancebo vigoroso y ágil,
cuyas formas robustas pero esbeltas,
cuya soltura y trage cortesano
nobleza acusan y valor revelan.
Afirmó el pie derecho sobre el hierro
de la saliente cruz de la lucerna;
elevóse: cogió con ambas manos
dos hierros del balcon, y en sus muñecas
poderosas fiando, suspendido
dejó su cuerpo sin temor en ellas.
Mas las conoce bien: en dos brazadas
de la alta barandilla se apodera,
en el macizo rodapié se afirma,
aparta el cortinage con la diestra,
é introduciendo el busto, por el cuarto
sus miradas atónitas pasea.
Es un cuadrado camarin: los muebles
de su interior, le acusan por vivienda
de una muger: mas lo que al mozo asombra
no es que de una muger morada sea
lo que si aun ignoraba presumia
ya, sino la sultánica opulencia,

la riqueza oriental de aquella cámara
que él esperaba hallar simple y modesta,
y que mas que de estancia campesina
de kiosco de Estambul tiene apariencia.
Eslo en verdad: su ambiente está aromado
con esencia de rosa; una arabesca
alfombra azul de rosas salpicada
cubre el suelo: cojines que cairelan
flecos de Fez la orlan: las paredes
están forradas de damasco persa
salpicado de rosas: las cortinas
que adornan los balcones y las puertas
son chales de la India recogidos
con guirnaldas de rosas, y las grecas
que dividen los frisos de los paños
figuran ramas de rosal en trenzas.
El techo forma pabellon: su centro,
desde el cual los mil pliegues de la tela
parten alrededor, es una rosa
de Alejandría, misterioso emblema
que se ve por do quier reproducido
como divisa del blason ó empresa
heráldica del dueño, á quien sin duda
la prodigada rosa representa.
Sobre todo lo cual su luz derrama
el globo de una lámpara chinesca
que una cigüeña de marfil calado
tiene en su pico de coral suspensa.
Está oriental estancia que el mancebo
desde el balcon estático contempla,
tiene una alcoba que en su fondo se abre
cuyo opaco interior defiende apenas

el encage sutil de una cortina
que la brisa tal vez descorrió á medias.
En el giron de luz que, desgarrado
por la cortina, en su interior penetra
se ven los piés de un lecho cuyas ropas
sobre el tapiz que le decora cuelgan;
y en él mal apareadas y vacías
se ven abandonadas dos chinelas
de raso azul, forradas en armiño
y festonadas con menudas perlas.
La sultana invisible á cuyos régios
piés pertenecen, ¿duerme tras aquella
cortina, ó preparada para el sueño
la solitaria cámara la espera?
Las chinelas vacías atestiguan
que ya reposa en su interior su dueña,
mas el hondo silencio de la estancia
que está vacía de vivientes prueba.
Ya ha diez minutos que el mancebo escucha
con profunda atencion: pero concentra
todo su ser en vano en sus oidos:
percibe solo en su atencion intensa
el latido violento y desquiciado
con que su pecho el corazon golpéa,
enviando el flujo de su sangre en olas
de su sien y su pulso á las arterias.

No pudo mas el angustiado mozo:
saltó de la baranda la barrera,
avanzó hasta la alcoba, á la cortina
su mano adelantó, y al descorrerla
con el doctor hallóse cara á cara,
quien alzando el capuz á una linterna

hízole ver á Rosa sobre el lecho
cual arrancada flor sobre la yerba;
inmóvil cual inánime escultura,
pálida mate cual de mármol hecha,
materia inerte, polvo cuyos átomos
pide acaso voraz la madre tierra.
Una vez y otra vez pasó los ojos
con la verdad el mozo andando á tientas,
desde Rosa al doctor, desde este á Rosa,
él mudo y torbo, inanimada ella;
hasta que al fin el viejo de hito en hito
mirándole tenaz, la mano seca
estendiendo hácia él y con voz sorda
y de inflexion acentuada y lenta,
le dijo estas palabras: «Llegais tarde:
»cuando he cerrado á vuestro amor la puerta,
»trás el balcon á la deshonra abierto
»á la muerte aposté de centinela.»
Tál el mozo al oir, tendió las manos
al cuerpo virginal de la doncella,
y por primera vez en él posándolas
hallóla fria y concibióla muerta.
Al contacto glacial del cuerpo exánime
y al comprender la realidad funesta,
cual de sulfúrea exalacion tocado
por el fulgor y conmocion eléctrica
se trastornó su ser: desparramáronse
por su cerebro herido sus ideas:
crispáranse sus nervios, estraviadas
reverberaron sus pupilas negras,
convulsiva tension desencajóle
la descompuesta faz, y de la hueca

cavidad de su pecho desprendióse
ronco estertor de carcajada histérica.
Contemplóle el doctor, cambiando al punto
de su semblante la espresion severa
en curiosa primero, en asombrada
despues, y al fin en compasiva y tierna,
y dió un paso hácia él: mas esquivándole
como quien cree pisar una culebra,
dando el mancebo un salto y la baranda
asiendo del balcon, lanzóse fuera.

Corrió el viejo á tenerle: mas ya el mozo
cuando él llegó al balcon, tocaba en tierra
y solo pudo contemplarle atónito
desatinado huir por la pradera.

CAPITULO III.

I.

Tres meses han trascurrido:
la casita del doctor
tan alegre antes, tan llena
de flores, de luz, y són,
está respirando duelo;
habitan en su interior
la soledad y el silencio:
no hallan el aire ni el sol
por sus cerrados balcones
paso: no queda una flor
en las incultas macetas
que retirar se olvidó
de ellos: trabajan su tela
en el ángulo esterior
de sus marcos las arañas:
exala en fin la mansion

del doctor no sé qué ambiente
de tristeza, qué vapor
de misterio, que comienza
de su triste habitacion
á hacer para la comarca
un objéto de pavor.
Ante esta falta absoluta
de movimiento y de voz,
de aquella casa dijeran
que la vida se ausentó.
Y como solo de noche
y en los cuartos que el doctor
habita en el piso bajo,
se vé luz hasta que Dios
ahoga su fulgor mezquino
de su faz con el fulgor,
parece que aquella casa
se ha convertido en panteon,
dó un melancólico genio
llora un oculto dolor,
en vez del génio benéfico
que otro tiempo la habitó.
Ya no encuentra el campesino
al volverse á la oracion
á sus hogares á Rosa
sentada en el mirador,
cuya sonrisa pagaba
su tosca salutacion:
ni el mendigo vagabundo,
ni el ciego errante cantor
de romance, ni el santero
postulante á su balcon

se paran á bendecir
el rostro consolador
de aquel ángel generoso
que cual blanca aparicion
salia el paso á atajarles
con su sonrisa de amor,
sus palabras de consuelo,
y su generoso dón.
Ya no tiene aquella casa
aquel risueño esterior
de las casas en que moran,
cual flores en un jarron,
la juventud, la belleza,
la alegría y el amor;
cuatro esencias que no pueden
sujetarse á tal presion
que de sí no desparramen
su perfume en derredor.
La rosa que vejetaba
como en chinesco tazon
en esta blanca casita,
sus hojas no abre ya al sol:
y el vaso, vacío de ella,
todo su encanto perdió.
Ahora se vé solamente
al anciano servidor
del médico á los que vienen
introducir al salon
del piso bajo, en que sigue
caritativo el doctor
dando al dolor medicinas
y consuelo á la afliccion;

mas ya no sale de casa:
y aunque hace él correr la voz
de que allí preso le tiene
una morbosa afeccion,
se vé en su torbo semblante
y en su atrabiliario humor
que el mal de que está atacado
reside en su corazon;
hondo pesar se le röe
y contínuo torcedor
se le atormenta (¡quién sabe
lo que sus tormentos son!)
Estraña inquietud le agita:
¿espera ó teme? El rumor
del misterio que hay de Rosa
en la desaparicion
cunde, y ya habla mucho de ella
el vulgo murmurador.
¿Y quién no lleva curiosos
sino enemigos en pos?
¿y quién sabe lo que minan
del hombre sábio el honor
la curiosidad ociosa,
la envidia y la emulacion?
Alguno que vió á Don Cárlos,
tal vez su vuelta observó
que coincide de Rosa
con la desaparicion;
que reina al par desde entonces
un misterio acusador
en la casita del médico
y en la torre del baron;

que el mozo está enamorado,
goza en la córte favor,
y es tan audaz como Rosa
es constante en su pasion:
y que atropelló, (pues todo
lo atropella un grande amor),
la voluntad de sus padres,
la voluntad de los dos.
Otros suponen al médico
de un carácter tan feroz
tan celoso de su Rosa
y de tál resolucion,
que si él los ha sorprendido,
habrá sido en su furor
capaz de matarlos á ambos:
y se afirma esta opinion
tanto más, cuanto que dicen
los médicos que el doctor
de los mas fuertes venenos
posée una gran coleccion,
y que como allá entre idólatras
la medicina aprendió,
sus droga s solo son filtros
en cuya composicion,
además de las sustancias
ponzoñosas que él le dió
á conocer, entra el diablo
de sus drogas inventor.
Y asi en tres meses el viento
vil de la murmuracion
el polvo de la calumnia
de tal modo levantó,

que anduvieron los anónimos
revoloteando en monton,
comenzó el vulgo á estraviarse,
y en enquina comenzó
á tornarse contra él médico
lo que antes fué estimacion
y gratitud á su ciencia,
con cuyas drogas sanó
el ingrato que ahora juzga
que es un envenenador,
empírico y charlatan
quien se las administró.
Y esta opinion, amparada
por la ruin supersticion,
fué tomando tanto vuelo
que hubo al fin quien estimó
necesario dar con ella
en la santa Inquisicion.
(Asi siempre la ignorancia
juzga al hombre superior).
Y asi pasaron tres meses,
durante los cuales, no
se dieron por entendidos
castellano ni doctor
de las fábulas que inventa
la vulgar suposicion,
ni de los viles anónimos
que al aire la envidia echó,
ni del polvo que levanta
el viento calumniador,
y el acecho en que contra ambos
está ya la Inquisicion.

Si oyen, si ven y si saben
lo que pasa en su redor,
lo disimulan; y el uno
como pájaro sin voz
encaramado en su torre,
y el otro como un tejon
enterrado en su casita,
siguen, sin dar esterior
señal de cambio en costumbres,
el médico y el baron:

II.

Y una mañana en que el médico
con el sol que se elevaba
la campiña contemplaba
de su vidriera al través,
vió al baron que por la senda
se adelantaba renqueando,
con un baston ayudando
sus entorpecidos piés.

Frunció el doctor un instante
al percibirle las cejas,
pues pesadumbres añejas
renueva en su corazon

su presencia; mas resuelto
con decoro á recibirle,
fué el mismo la puerta á abrirle
cuando asió de su aldabon.

Llamado por él un dia,
pudo en su propio castillo
del baron la altanería
afrontar con altivez:
mas hoy que él viene á su casa
á pesar de lo pasado,
se la va á abrir de buen grado
olvidándolo á su vez.

Apénas tocó el anciano
en el umbral de su puerta,
por el doctor la vió abierta
ante sí de par en par;
quedóse el baron suspenso
en el umbral un instante,
como quien aun adelante
duda si debe pasar.

El doctor, con el aplomo
de un hombre al mundo avezado,
ni alhagüeño ni estirado,
tono en que hablar esperó:
y el baron, que vé y comprende
que el doctor no abre su boca
porque á él comenzar le toca,
asi el diálogo entabló:

BARON.

Al fin tengo yo el primero
que ser: mas veis que en reparos
no ando, y yo mismo á buscaros
vengo: con que ¿cómo va,
doctor?

DOCTOR.

No tan bien como antes,
señor baron, pues se pasa
mala vida en una casa
donde no hay mugeres ya.

BARON.

¡Cómo, doctor! ¡Vuestra hija...

DOCTOR.

Partió el dia en que Don Cárlos
vino: fuerza separarlos
era ¿no tuve razon?

BARON.

¡Ay de mí! Doctor, sin miedo
podeis ya tenerla en casa.
¡Pobre Cárlos!

DOCTOR.

¿Qué le pasa
que asi os aflige, baron?

BARON.

¿Pues no sabeis?...

DOCTOR.

Nada: pero
entremos, baron, si os place
á mi aposento, que hace
aqui algo fresco.

BARON.

Es verdad:
mas tengo ida la cabeza
y hasta olvidé donde estaba.

DOCTOR.

Pasad, pues: yo voy la aldaba
á correr.

BARON.

Id.

DOCTOR.

Dispensad.

Metióse el baron renqueando
del doctor al aposento,
y en un sillon tomó asiento
mientras cerraba el doctor;
éste á muy poco siguiéndole,
en otro sillon sentóse,
y entre los dos anudóse
la plática en tal tenor:

DOCTOR.

Hablad, baron, ¿qué tenemos?
porque sin temor de errar
jurara que algun pesar
hay que os pone á los estremos.

BARON.

Uno muy grande, doctor:
y aunque con rubor lo diga,
á acudir á vos me obliga
para pediros favor.

DOCTOR.

Baron, otro en mi lugar
viera este punto propicio
grande valor al servicio
que me pedís para dar;
mas, no importa qué razon
os obligue á mí á acudir,
si en algo os puedo servir
contad conmigo, baron.

BARON.

A deciros la verdad,
doctor, trás de lo pasado
conmigo os creí enojado;
mas la generosidad
con que os brindais á servirme...

DOCTOR.

Lo que pasó ya se fué:
tengo mal genio y á fé

que quisiera corregirme;
vos no le teneis tampoco
mucho mejor; mas ¡por Dios
que si lo olvidásteis vos,
lo pasado importa poco!
Y pues hoy á mí acudís,
baron, no volvamos mas
nuestros ojos hácia atrás,
y decidme á que venís.

BARON.

De vos me vengo á amparar,
fiado en que en un mal sério,
favor vuestro ministerio
nunca me ha de rehusar.
Doctor, mi última esperanza
sois vos, pues no os negaré
que el último á quien llegué
sois.

DOCTOR.

Pues bien, mas confianza
para daros, en conciencia
y antes que os oiga, os haré
la esposicion de mi fé,
de mi conducta y mi ciencia:
pues quiero que penetreis
las opiniones que abrigo,
para que nunca ignoreis
á qué ateneros conmigo.
Baron, yo he estudiado el mundo
y aunque poco en la virtud

creo, y en su gratitud
nada, obro con profundo
convencimiento, y el bien
hago con fé y por bondad,
con cristiana caridad,
y no por lo que me den.
Por eso jamás me pico
por obtener preferencia
sobre nadie: obro en conciencia
con el pobre y con el rico.
Si una vez no me pagaron
los que una vez asistí,
siempre á asistirlos volví
cuando otra vez me llamaron.
Si alguno se aconsejó
de otros médicos primero,
no por llamarme el postrero
dejé de auxiliarle yo.
Querer quitar el derecho
al enfermo de elegir
con quien sanar ó morir
á su gusto, es muy mal hecho.
Yo en mi ciencia profesor,
para todos por igual
la profeso, y cada cual
viene á mí cuando mejor
le cuadra, antes ó después
de otros: cuando auxilio exige
se le doy; no me dirige
ni soberbia, ni interés.
Yo á ninguno me antepongo:
quien despues de otro á mí viene

bien hace: y siempre supongo
que quien no paga no tiene.
Y en fin, os diré, baron,
una opinion, y os la digo
aunque pueda dar conmigo
un dia en la Inquisicion.
Mientras que sea un oficio
nuestra noble profesion,
y empleo y no vocacion
el religioso servicio:
mientras que la sociedad
de un modo noble no dote
al sabio y al sacerdote
en pró de la humanidad,
ni habrá caridad cristiana,
ni ciencia, ni religion,
y la civilizacion
será una palabra vana.
Pues llamarse *un ser humano*
y vivir en sociedad
basada en la caridad
y apellidarse cristiano
para decir á su hermano
en su última enfermedad,
«yo no te curo tus llagas
»si no me pagas primero,»
O «sepultarte no quiero
»si tu entierro no me pagas:»
me parece á mí una mofa
de la humanidad entera
una impudencia grosera
y una fé de mala estofa.

Quien esto al mundo le espete
cara á cara, en un encierro
vendrá á morir como un perro
como cinco y dos son siete:
pero es la pura verdad
y no hay quien me la levante
aunque de uñas se me plante
todita la cristiandad.
Yo sé que es justo que viva
de su oficio cada cual,
y paga legal reciba
el trabajo personal;
mas de todo en la nociva
aplicacion está el mal:
pues nunca el bien es legal
si en el mal ageno estriba.
Pues del mundo á la concordia
mas que leyes infinitas
contribuyen las benditas
obras de misericordia:
y aquel que las considera
cual leyes obligatorias,
ese hace obras meritorias
y tiene fé verdadera.
Mas bien hace un buen ejemplo
que la mas brillante homilia:
pues se alberga en la familia
la virtud mas que en el templo.
Yo sé que esta opinion mia
y la creencia en que la fundo,
tenaz se resiste el mundo
á recibir todavía.

Sé que no hay gobierno actual
que predicarla me deje
sin que me tache de hereje
todo humano tribunal:
porque en todo está enlazado
el vil interés de modo
que nada ser reformado
puede sin herirlo todo.
Y por eso sé, baron,
que estas opiniones mias
insensatas teorías
de un loco nada mas son:
y que me costara caro
decirlas mas que á un ámigo:
por eso á vos os las digo:
pues yo soy un hombre raro,
baron, un hombre salvaje
criado en salvaje tierra
que de entre bárbaros traje
la opinion que en mí se encierra.
Y como yo no he de hacer
ir al mundo de otro modo,
lo dejo á su gusto ir todo:
mas tal es mi parecer.
Jesucristo es el mas grande
legislador: no hay tirano
que con su ley en la mano
bien en la tierra no mande.
Su ley es la mas perfecta:
es la ley, de la igualdad
y de la fraternidad
que al hombre cual es acepta

bajo de su patrocinio:
cuyos sencillos preceptos
van al par con los afectos
del alma y el raciocinio.
Yo tengo esta conviccion:
no hay república ni hay rey
capaz de hacer mejor ley
que la de Cristo, baron.
Y el Evangelio es la mia
y yo mi fé nunca vendo
ni mi ciencia, porque entiendo
que Cristo no las vendia;
tal creo y tal viviré:
y si el mundo me combate,
por mucho que me maltrate
siempre lo preciso habré:
pues no me podrá quitar
ni fé en Dios con que vivir,
ni alma en que alzarle un altar,
ni aire con que respirar,
ni tierra donde morir.
Ya os abrí mi corazon;
yo obro conforme á mi fé,
¿pensais que me ofenderé
de nada con vos, baron?
tal soy: veis que os hablo en plata:
pues me conoceis, juzgad
si os serviré; con que hablad
ahora vos. ¿De qué se trata?
Dijo el doctor, y de oirle
quedar viendo estupefacto
al baron, tuvo en el acto

el médico que añadirle:
Perdonad, baron: todo esto
no tiene aquí que ver nada,
yo os he echado esta andanada
por poneros manifiesto
mi corazon: por mostraros
que en él no hay resentimiento
por lo pasado y aliento
al presente para daros.
A mí nada hay que me ofenda
ni que me espante, baron,
de los hombres me sorprenda,
os dije lo que me vino
primero á la lengua: vos
tomadlo cual es, y Dios
nos perdone si desatino.
Con que entremos en materia,
hablad.

BARON.

Mi hijo está demente
rematado, es evidente.

DOCTOR.

Pues la cosa es seria.

BARON.

Yo os ruego que le veais.

DOCTOR.

Y ¡toma si le veré!
como os empeñeis, yo sé
que sanará.

BARON.

No os hagais
de esos males ilusion:
la mayor parte no tienen
remedio y mas si provienen
de fractura ó de lesion
en el cráneo.

DOCTOR.

¿Y ha recibido
algun golpe?

BARON.

No se sabe,
no hay quien de él nada recabe
desde que á casa ha venido.
De nadie se deja ver,
ninguno le puede hablar
ni en su habitacion entrar.

DOCTOR.

¡Diablo! pues hay que poder,
vamos despacio, baron;
contadme punto por punto
los de su mal; que es asunto
que requiere esplicacion.

BARON.

Pues oid. Dejando el coche
en no sé qué lugarcillo,
á la puerta del castillo

se presentó á media noche,
y en ella á dar comenzó
tan recios aldabonazos,
que hizo la aldaba pedazos,
y de alto á bajo la hendió.
Espantados acudimos
quién era á ver: conociéndole
y perseguido creyéndole
tal vez, á abrirle corrimos.
Pálido, desencajado,
apenas se abrió el postigo,
por él dándose conmigo
se entró desatalentado.
Sin que ninguno pudiera
seguirle, y sordo á mi voz,
el patio cruzó veloz,
subió á saltos la escalera
y dió en su cuarto; barrear
le oí puertas y ventanas,
y no hubo fuerzas humanas
que le hicieran contestar.
Doctor, ¡qué noche me dió!
A su puerta no cesé
de llamar, rogué, mandé,
todo en valde: ni chistó.
Sin poder mas con mi afan,
ciego el suyo por saber,
y llegándome á temer
que cometiera un desman
ó que á su vida atentara,
lo amenacé con echar
la puertá al suelo y entrar:

mas ¡nunca se lo anunciara!
Espada en mano salió
y tras todos emprendiendo,
nos hizo salir huyendo
y á encastillarse volvió.
En esto sentí llegar
el coche con los criados
de acompañarle encargados,
quienes hartos de aguardar
(pues les dejó en el camino
á las siete y no habia vuelto)
á subir se habian resuelto,
á ver si al castillo vino
solo tal vez, y olvidado
de que les mandó esperar
á la entrada del lugar
donde les habia dejado.
Pedíles inútilmente
esplicaciones; venian
porque perdido le habian
á buscarle: concluyente
razon ¿qué habia que hacer?
mandéles irse á acostar
y á mi cuarto á cavilar
me fuí hasta el amanecer.

Suspendió aqui su relato
el buen baron un momento,
juzgando que ó desatento
se distraia el doctor,
ó que su faz, que mas torba
cada instante se tornaba,

de su opinion le auguraba,
á cada instante peor.

El médico, que en la causa
del mal del hijo sabia
mas que el padre, en su sombría
profunda meditacion,
de aquilatar se ocupaba
en el crisol de su ciencia,
los grados de la demencia
que le consulta el baron.

Y como de aquel misterio
él solo tiene la llave,
y como él tan solo sabe
cuan grave ser puede el mal,
en profundo arrobamiento
permanece enagenado,
cual por el peso agobiado
de alguna idea fatal.

Mas el baron que lo ignora,
desairado de él juzgándose,
su arrobamiento enojándose
resolvió cortar al fin;
y con la voz ronca y trémula
del amor propio ofendido,
le dijo, el rostro encendido
de la ira en el carmin:

«Doctor, si no habeis de oirme,
»escuso gastar saliba



»en valde,» y con faz esquiva
se puso el baron de pié;
á cuya agresiva frase
y harto brusco movimiento,
fuerza de su arrobamiento
salir al doctor le fué.

Y risueño «de apariencias
»no os fieis, baron, le dijo:
»pues si no sana vuestro hijo
»con lo que pensaba yo,
»Dios solo sanarle puede,
»mas, os lo juro en conciencia,
»si no curo su dolencia
»creeré que Dios me cegó.»

A tan solemne protesta
su amor propio satisfecho,
tranquilizado en su pecho
su paterno corazon
á la luz de la esperanza
que en su alma á lo lejos brilla,
ya serenado su silla
volvió á ocupar el baron.

El doctor, templado viéndole
por ambas manos asiéndole
y cariñoso atrayéndole
benignamente hácia sí,
preguntó: «¿y al otro dia
»en que dió? ¿fué todavía

»brutal? ¿cuál es su manía?
»hablad y fiad en mí.»

Rendido el viejo orgulloso
por la cortés deferencia
del doctor, en cuya ciencia
desde aquel punto fió,
convirtiendo en satisfecho
lo enojado y lo ofendido,
su relato interrumpido
de esta manera anudó:

BARON.

Escusadme: yo temia
doctor que no me escuchábais.

DOCTOR.

Ya veis que os equivocábais:
conque, vamos ¿qué manía
es la de nuestro demente?

BARON.

Por lo que de ella os diré
juzgareis. Al dia siguiente
al rayar el alba fué
á los criados llamando,
quienes fueron poco á poco
viniendo, que estaba loco
ya, todavía ignorando.
Yo al sentir el movimiento
de la familia sali

á mi vez de mi aposento:
y la escalera le ví
seguido de los criados
tomar: tras ellos eché
tambien; y por él guiados
fuimos al patio: allí fué
do me llegué de manera
indudable á convencer
de que debia tener
perdido el juicio; porque era
torva y fija su mirada,
su acento bronco, violento
su andar y su movimiento:
estaba en fin trastornada
aquella fisonomía
de espresion salvaje y dura,
tan contraria á la dulzura
natural que antes tenia.
Quedéme tras el cancel
lo que iba á hacer á observar,
y ví que mandó rodar
un enorme capitel
de una columna truncada,
que fué de mi padre en vida
no sé para qué traida
y despues abandonada.

DOCTOR.

Que os interrumpa escusad.
¿Cuál es de ese capitel
la dimension?

BARON.

Calculad
que del pilar la mitad
aun conserva unida á él.

DOCTOR.

¿Y es buen mármol?

BARON.

Yo en verdad
ignoro su calidad:
del mejor de Macäel
me han dicho que es.

DOCTOR.

Continuad.

BARON.

Los mozos obedeciendo
pusiéronse á la faena,
y el pilar no sin gran pena
fueron rodando y trayendo
hasta un morisco salon,
que tengo hoy abandonado
mas que fué en tiempo pasado
la sala de recepcion.

DOCTOR.

¿Qué luz tiene?

BARON.

Al medio dia
caen sus ventanas; se ven
desde las vuestras.

DOCTOR.

Muy bien:
seguid, baron; la manía
de vuestro Cárlos me empieza
á agradar, y me parece
que si Dios me favorece
recobrará la cabeza.

BARON.

¡Si tal hiciérais, doctor!

DOCTOR.

Con el afan mas prolijo
le cuidaré: por mi hijo
no le tuviera mayor:
creedme; pero seguid.
Decíais que el capitel
metió en el salon ¿con él
qué hizo don Cárlos?

BARON.

Oid.
Su cama, armas y equipage
traer mandó á aquel salon,
y sobre todo un cajon,
el cual durante su viage,

no quiso apartar de sí
segun despues he sabido,
aunque jamás he podido
dar con lo que trae alli.

DOCTOR.

Ya daré yo, continuad.

BARON.

Mientras consigo no tuvo
todo su ajuar, se mantuvo
con torva tranquilidad
junto á la puerta de pié.
En buen momento juzgándole
fuí poco á poco abordándole;
cuando en frente de él llegué,
de hito en hito me miró
sin moverse del umbral,
ni dar la menor señal
de reconocerme: yo
al cuello le eché los brazos,
y con paternal cariño
como cuando aun era niño
le acaricié: mas los lazos
con los que Dios nos unió
desconociendo, la faz
tornando: «¡dejadme en paz!»
me dijo y me rechazó.
Y á los criados venir
con su equipaje mirando,
el patio cruzó saltando
y les salió á recibir.

Presenció tranquilo y grave
la colocacion de todo;
y cuando lo halló á su modo,
pidió del salon la llave,
hizo que el pilar derecho
oon el capitel por base
la gente le colocase
bien á plomo: lo cual hecho,
atenta y prolijamente
de su equilibrio y firmeza
se aseguró, y de la pieza
mandó salir á la gente.
Entónces del capitel
poniendo al lado el cajon,
encerróse en el salon
y no ha vuelto á salir de él.

DOCTOR.

¿Y nunca entrásteis?

BARON.

Fué vano
intento: siempre está alerta,
y en tocándole á la puerta
se presenta espada en mano.

DOCTOR.

¿Mas no hallásteis un resquicio
por dónde ver lo que hace?

BARON.

No: mas creo que deshace
cuanto hay: pues cual si su oficio

fuera el de picapedrero,
sospecho que á martillazos
hace el capitel pedazos,
por el ruido á lo que infiero.

A caer en su arrobamiento
volvió el doctor: mas no era
cual antes torva y severa
su meditabunda faz;
la luz de un buen pensamiento
sus ojos iluminaba,
y á sus labios asomaba
una sonrisa fugaz.

Contemplándole en silencio
el baron, que á ver alcanza
un rayo azul de esperanza
en su faz resplandecer,
por no turbar imprudente
su segundo arrobamiento,
contenia hasta el aliento
sin atreverse á mover.

Al fin el doctor alzándose,
con el baron encarándose
dijo, las manos frotándose
cual satisfecho de sí:
—Baron, Dios es sobre todo
sabio mortal que de lodo
hace: mas yo haré á mi modo
lo que sé y fiad en mí.

Decid ¿qué alimentos toma
don Cárlos? ¿Tiene apetito?

BARON.

No hay cosa de que no coma,
yo mismo le pongo y quito
ante su puerta los platos
y vacíos del revés
me los vuelve todos.

DOCTOR.

¿Y es
goloso?

BARON.

Mas que los gatos.

DOCTOR.

¿Y es al dulce muy afecto?

BARON.

Sorberá un vaso de acibar
porque otro le den de almíbar:
es de familia defecto.

DOCTOR.

Pues bien, en una conserva
cualquiera, le habeis de dar
lo que os voy á preparar.

BARON.

¿Es jugo de alguna yerba?

DOCTOR.

¡Qué importa lo que sea! Es
un remedio que yo tengo;
mas, mirad que os lo prevengo,
andad con él cauto, pues
si bien la demencia cura
en misteriosa virtud,
tomado en sana salud
predispone á la locura.

BARON.

¡Diablo!

DOCTOR.

De él seis gotas dad
por la noche á vuestro hijo.

BARON.

¿Seis justas?

DOCTOR.

Número fijo:
ni mas ni menos.

BARON.

Fiad
en mí.

DOCTOR.

Pues esa pocion
con su precisa instruccion

os llevaré al caer el dia,
baron; y ó pierdo la mia
ó le vuelvo á la razon.

Iba en acciones de gracias
á deshacerse el anciano
baron, cuando por la mano
el médico le tomó,
cortés mas resueltamente
hasta la puerta llevóle,
sus promesas reiteróle
despidiéndole, y cerró.
Quedó el baron á la puerta
entre enojado y corrido
viéndose asi despedido,
hasta que al fin esclamó
riéndose: «tiene este hombre
á la verdad muy mal modo:
mas tiene despues de todo
escelente alma,»— y partió.

III.

Tiene el doctor en su casa
detrás de su gabinete
un misterioso retrete,
cuya puerta con primor

labrada, da oculto paso
á este escondido aposento,
donde vamos un momento
á introducir al lector.

En esta secreta estancia
de sus secretos tesoro,
brilla un crucifijo de oro
elevado en un altar,
ante el cual àrde una lámpara
cuyo aceite embalsamado
tiene el aire perfumado
con alöe y azahar.

El camarin, que reviste
cäoba ensamblada y tersa,
tapiza una alfombra persa
del tejido de Lahor:
y el friso de sus paredes
es una cajonería,
hecha de marquetería
de primorosa labor.

En medio y sobre una mesa,
como la mejor alhaja
despues del Cristo, una caja
de cedro oloroso está,
en cuyas manillas de oro
con rayos tibios destella
la lámpara, que sobre ella
resplandor perenne dá.

Porque esta luz es perpétua:
el doctor es el que cuida
de su llama azul la vida
sin cesar de mantener;
y símbolo misterioso
de la firmeza y la calma
de la honda fé de su alma,
no cesa jamás de arder.

A su luz todas las noches
ante Jesus se prosterna,
y á él que es la luz eterna
para su alma pide luz;
y, á solas, en el alivio
de sus enfermos medita,
en la presencia bendita
del que hizo santa la cruz.

Hombre de fé y de crëencias,
con fé y caridad cristiana
votó su existencia humana
al bien de la humanidad:
y hondamente convencido
de que Dios solo es la ciencia,
busca en Dios su inteligencia
de las ciencias la verdad.

No como los falsos sábios
impío y materialista,
cree que nada hay que resista
al troquel de su razon:
no: que al estudiar del hombre

la estructura y la belleza,
del Criador la grandeza,
admira en su creacion.

El ve que el hombre, creado
para la paz y el cariño,
trae instintos desde niño
de ódio y de destruccion:
pero ve que las pasiones
de que el corazon trae lleno,
torna en virtudes el freno
de la dulce religion.

He aquí por qué de la ciencia
que mas útil creyó al mundo
hizo un estudio profundo,
de los hombres en favor;
y por dó quiera que ha ido,
siempre en el dolor humano
vertió con pródiga mano
bálsamo consolador.

Mas vió que la Europa, presa
del espíritu sofístico,
con su furor silogístico
y su afan de argumentar,
en vez de llevar las ciencias
á fin y verdades útiles,
en mil controversias fútiles
las perdia sin cesar.

Vió que sus sábios, en ellas
con ceguedad empeñados,

vagaban desatinados
por laberintos de error,
y que entre tantos partidos
y entre tantas opiniones,
la ciencia tras mil cuestiones
jamás quedaba mejor.

Cuando él audaz en su cátedra
sus errores manifiestos
les demostraba, con testos
le salian á atajar:
y en vez de echarle por tierra
sus firmes proposiciones,
solo autores y opiniones
le sabian alegar.

Mas él no porque un sofístico
en la controversia venza,
cree que es bien que se convenza
sin comprender la razon:
ni aunque mil maestros digan
«esto es verdad» sin probarlo,
lo ha de creer sin sujetarlo
á madura reflexion.

Díjose, pues, á sí mismo:
«esto no es ciencia, es abismo
»de teorías inútiles
»á la enferma humanidad.
»Dios es la ciencia infalible,
»la equidad suma; no hay medio,
»debió crear el remedio,
»pues creó la enfermedad.

»Ahora bien: las disensiones
»de las universidades
»¿dan á las enfermedades
»un solo remedio más?
»No: solo dan energúmenos
»que, por sostener sus thémas,
»crean absurdos sistemas
»que traen la muerte detrás.

»No quiero la inútil ciencia
»de esos sábios disputantes:
»yo quiero á mis semejantes
»ser de alguna utilidad.
»Contra la verdad, que es única,
»no hay argucia, ni sistema;
»Dios es la verdad suprema:
»buscaré en Dios la verdad.

»En vez de atestarme loco
»de sofismas la cabeza,
»voy en la naturaleza
»sus secretos á estudiar:
»y si la sorprendo algunos,
»voy con caridad cristiana
»al bien de la raza humana
»sus secretos á aplicar.

»¿A quién mision tan sublime
»como á nosotros le toca?
»con el consuelo en la boca,
»y en la mano la salud,
»podemos dar á los hombres

»vigor á su cuerpo, calma
»á sus pesares, y á su alma
»la crëencia y la virtud.»

Así discurriendo, cuando
concluida su carrera,
del cláustro el mas jóven era
y cátedra con honor
obtenia en Salamanca,
un dia su borla y beca
colgada en la biblioteca
dejó para un sucesor.

Y de la ciudad partiendo,
con un disgusto profundo
por sus doctores, al mundo
salió con sed de saber;
y hombre de accion y de fuerza
no de teorías vanas,
las comarcas mas lejanas
se propuso recorrer.

Desde las córtes mas cultas
á las tribus mas salvages
de Asia y Africa, en sus viages
determinó visitar,
por ver si á fuerza de estudio,
de observacion y esperiencia,
algun bien para la ciencia
logra en ellas recabar.

De su ciencia, acrisolándola
atesoró la sustancia

oculta en Italia y Francia
bajo su afan de argüir,
y se embarcó para Oriente
cuna del hombre, do encierra
mejores jugos la tierra
su raza para nutrir.

Aquella tierra en que un dia
la voz de Dios resonaba,
y dónde el hombre moraba
en el edén terrenal,
aunque Dios en sus montañas
con su gente ya no habita,
todavía está bendita,
por la mano celestial.

Todavía de sus montes
y de sus valles la yerba
aquellos jugos conserva
que conoció Salomon:
y todavía sus hombres,
que tenemos por salvages,
bajo sús sencillos trages
guardan mas fé y mas pasion.

Y allá fué el doctor sediento
aquéllos venenos vivos,
manantiales primitivos
de las ciencias, á beber.
¿Y quién sabe con los hábitos
orientales que contrajo,

los secretos que se trajo
del Oriente su saber?

Mucho ha visto y ha estudiado:
recorrido ha el mundo entero,
mas con juicio muy severo
juzgó lo que viendo fué,
y hoy tiene un rico tesoro
de saber y de esperiencia:
mas al aumentar su ciencia
no disminuyó su fé.

Vagado ha de polo á polo,
y de polo á polo ha hallado
á Dios sábio, justo y solo,
y al hombre presa del mal:
mas de polo á polo ha visto
que del mal del hombre al lado
el remedio ha colocado
Dios con mano paternal.

Y á buscarlos dedicóse,
y encontró en yerbas y sales
tesoros medicinales
de prodigiosa virtud:
y estudiando al hombre en todos
los paises, á sus males
físicos y espirituales
se afanó por dar salud.

Verdadero humanitario,
no soñador utopista

ni argumentador sofista,
al bien de la humanidad
consagrando su existencia,
el bien del hombre es su ciencia,
Jesucristo su crëencia,
su virtud la caridad.

Severo en sus opiniones,
duro y breve en sus razones,
vé y plantéa las cuestiones
con áspera rigidez:
inflexible con el vicio,
irreprensible en su oficio,
en todo su fé y su juicio
brillan por su solidez.

Para el bien suyo indolente,
solícito en el ageno,
su pecho está de afan lleno
por el bien de los demás;
y á los piés del crucifijo
y á la luz de su conciencia
viene á consultar su ciencia
queriendo no errar jamás.

Por eso así que su casa
dejó el baron, dirigióse
al camarin y encerróse
por dentro el doctor con él;
mas tras él, lector, entremos,
porque las puertas secretas
que fabrican los poetas
están hechas de papel.

Abrió la caja que ocupa
el centro de aquella estancia,
y la esquisita fragancia
que al abrirla se exhaló
de ella, mezclóse á la esencia
que la lámpara consume
y de un estraño perfume
el camarin se llenó.

Era un olor, aunque suave
vivificador y activo
cuyo vigor progresivo
era grato al respirar;
un olor que producia
sobre el sistema nervioso
un efecto misterioso
y difícil de esplicar.

Al principio áquel aroma
que los nervios invadia,
les crispaba y les tendia
cual si los fuera á romper;
mas conforme esta violenta
sensacion se iba calmando,
poco á poco iba cambiando
su malestar en placer.

Parecia que al cerebro
penetraba un áura pura,
impregnada de frescura
esencialmente vital,
y que desde él, por las venas

y los nervios esparcida,
llevaba al cuerpo otra vida
mas perfecta y mas cabal.

Como el deliquio dulcísimo,
irresistible y poético,
con que el fluido magnético
nos empieza á entorpecer,
caer haciendo al espíritu
en ese delirio místico,
efecto característico
del magnético poder:

Asi al influjo vivífico
de esa balsámica esencia,
flotaba la inteligencia
en un círculo mayor:
y del limo vil del cuerpo
poco á poco libertándose,
sentia que iba elevándose
á una atmósfera mejor.

Y este olor, que parecia
que aromaba las entrañas,
al olor de las montañas
y al ambiente de la mar
se asemejaba, y henchia
de dulce melancolía,
de luz y de poesía
el corazon mas vulgar.

Y este bienestar corpóreo
que al espíritu infundia

perspicuidad y alegría
pacífica al corazon,
exaltaba el sentimiento,
y sumia el pensamiento
en el dulce arrobamiento
de estática inspiracion.

¿Quién de este aroma salubre
estrañará la influencia,
siendo el aliento la esencia
de la nutricion vital,
siendo el cerebro el tesoro
en que accion la vida toma,
y existiendo en todo aroma
una accion medicinal?

Dios, que no hizo cosa alguna
desde el átomo á la luna
que no tenga para el hombre
útil ó preciso fin,
¿pudo encerrar en las flores
salutíferos olores;
para que su aroma inútil
se perdiera en un jardin?

Ese ambiente que en los valles
donde hay plantas odoríferas,
y en las montañas auríferas
tiene una accion tan vital
y tan regeneradora,
prueba que Dios atesora
virtudes mil salutíferas
en la planta y el metal.

pudo crear el veneno
bien al hombre para hacer,
se dió á analizarlos todos
y á aplicarlos á los males,
de sus átomos mortales
la salud para extraer.

La baya, pues, ponzoñosa
de la yerba mas pestífera
y la baba mas mortífera
del mas dañino reptil,
trasformáronse en sus manos
en remedios eficaces,
que los males mas tenaces
dominaron veces mil.

Mas á la par convencido
de que aquel que revelase
tal secreto y los usase
contra la ciega opinion
de su siglo, moriria
por loco encalabozado,
ó por herege tostado
en la santa Inquisicion:

Determinó de su ciencia
aprovechar la ventaja,
sin revelar de su caja
el contenido jamás,
y en un libro consignados,
sus felices resultados
legar á los que vinieren
de su centuria detrás.

Y así lo hace y en su libro
lleva una exacta memoria
del efecto y de la historia
de los remedios que halló:
esplicando sin reserva
el modo de prepararles,
el método de emplearles,
y el caso en que los usó.

Así es como solamente
concibe su inteligencia
que puede lograr su ciencia
útil á los hombres ser:
y solo asi puede el médico
cumplir su mision sagrada,
y, en paz con Dios, á la nada
de que lo sacó volver.

He aquí por qué el doctor (ido
que fué el baron) presuroso
al camarin misterioso
donde está su caja entró;
y de entre las mil sustancias
que en frascos conserva en ella,
lá que una enana botella
de cristal guarda eligió.

Ante la luz un momento
la alzó, examinóla atento,
y en su seno acomodándola
volvió la caja á cerrar:
y levantando sus ojos
hácia el Santo Crucifijo,

de esta manera le dijo,
postrándose ante su altar:

«Señor, el hombre es tan solo
»un miserable gusano,
»ignorante, ciego y vano:
»la ciencia está solo en vos.
»Yo en mi estúpida soberbia
»quise labrar la ventura
»de una sola criatura,
»y destruí la de dos.

»Señor, yo anhelé su dicha,
»pero me cegó mi orgullo:
»por conservar el capullo
»me espuse á arrancar la flor.
»Yo he juzgado mal del hombre
»la virtud y el sentimiento;
»alumbrad mi pensamiento
»para corregir mi error.

»Si hay en mi sér solo un átomo
»que en vuestra piedad influya,
»dejad que les restituya
»á su amor y á su razon;
»aceptad por la ventura
»de su juventud florida,
»todo el pesar de mi vida
»de estudio y abnegacion.»

Dijo el doctor: y fiando
del Señor en la clemencia,

al par que de su conciencia
en la fé y la rectitud,
cerró el camarin y fuése
del baron hácia el castillo,
del licor de su frasquillo
pronto á ensayar la virtud.

Mas le entretuvo sin duda
quehacer de mucha importancia,
porque siendo la distancia
tan corta como lo es
desde su casa á la torre
no llegó al pié de la cuesta
en que está la torre puesta
hasta la tarde á las tres.

IV.

Le esperaba el baron con impaciencia
ansiando el curso acelerar del dia;
puesto que por la estraña conferencia
que en él con el doctor tenido habia,
que se encerraba acaso comprendia
la salud de Don Cárlos en su ciencia;
pues siempre al fin la vanidad se humilla
ante el saber ó la virtud sencilla.
La vanidad, que él funda en su nobleza
pero que vé que mantener no puede

en la mediocridad de la riqueza
de un patrimonio que al menor no escede
de un labrador de la comarca, cede
ante la idea en su memoria fija
de que dijo el doctor que su hijo Cárlos
era marido indigno de su hija,
porque alcanza en lo noble á una princesa
y cuenta por millones
mas oro del que pesa;
y el baron que lo vé y lo juzga todo
á la luz de sus míseras pasiones,
cree que el doctor cuyo caudal engruesa
á favor del poder de administrarlos,
no la quiere casar por no soltarlos.
Y desde el dia en que vibró en su oido
y entró en su corazon de sus doblones
la dulce idea y el gentil sonido,
ansioso de atraparlos
el mezquino baron arrepentido
sintió no haber sabido adivinarlos;
y empezó á andar en cálculos perdido
viendo cómo anudar sus relaciones
con una novia de tan buen partido.
Volvió en esto Don Cárlos, mas su estado
de alienacion mental echó por tierra
las torres que en el aire habia fundado;
y por mucho que al áncora se aferra
de la esperanza, cuyo cable asido
por su mano una vez nunca ha soltado,
el porvenir á su ambicion se cierra
cada momento más y anda sin norte
de sus discursos en el mar sumido;

sacando nada mas en su conciencia
por única y precisa consecuencia
que, si mozo, galan, quisto en la córte
y del rey estimado no le quiso,
porque aun juzgó muy poco
para Rosa á Don Cárlos, es preciso,
que todo plan de diplomácia aborte
con el doctor sagaz, que vé hoy á su hijo
pobre, olvidado, sin favor y loco.
Mil veces el baron allá á sus solas
luchar dentro de su alma habia sentido
de su arrogancia y su interés las olas:
mas su orgullo domar no habia podido.
Digo de su interés, porque es sabido
que el hombre codicioso de dinero
en todo cuanto emprende y se propone
y en cualquier situacion en que se encuentre,
el sentimiento al interés pospone;
y en todo cuanto intenta es fuerza que entre
su interés vil como motor primero.
He aqui por qué el baron, aunque adoraba
á su hijo, de vista no perdia
el interés que reportar podia
si con muger tan rica se casaba;
y el matrimonio asi considerado
como negocio mercantil, véia
que su hijo, loco, de valor menguaba
puesto que era un efecto ya avereado.
No obstante, veces mil le habia ocurrido
que aquel doctor excéntrico y severo,
mas segun voz comun caritativo
por igual con el noble y el pechero,

como el mismo baron diera la cara
y quisiera humillar su genio altivo,
al doctor, era casi positivo,
que de curar á Cárlos se encargara.
Mas siempre que sobre esto discurria
bajo el influjo del amor paterno,
llevado al par por el influjo interno
del interés que sus acciones guia,
el baron á sí mismo se decia:
«El trato del doctor con el enfermo
»debe engendrar entre ambos simpatías:
»debe crear entre ambos un cariño
»como el que cobra la nodriza al niño
»que con la leche de sus pechos cria.
»¿Quién sabe si el doctor tratando á Cárlos
»le cobrará cariño?... Y si se estrecha
»la amistad en los dos, lo de la boda
»con un poco de tacto es cosa hecha:
»mas la dificultad es amistarlos;
»en eso estriba todo;
»pues si al médico yo me bajo y cedo,
»de un segundo desaire tengo miedo.»
Pero andaba muy fuera de camino
el baron que egoista le creia,
y el alma noble del doctor medía
de su alma ruin con el nivel mezquino.
Aquel doctor incógnito, estrangero,
que ni aun trazas de hidalgo manifiesta,
que anda á pié como innoble pordiosero,
empero que tan alta tiene puesta
su vanidad, que con orgullo loco
vino un dia á decirle descarado

que Don Cárlos de su hija enamorado
para el amor de su hija era muy poco;
aquel viejo tenaz, mal humorado,
que en sus propios hogares insultado
sin respeto le habia,
y de su hogar tal vez habia arrojado
la hija para quien poco les creia:
aquel doctor que sin oir razones
decidiendo á su antojo y bruscamente
las mas árduas cuestiones,
del mundo y de su gente
tenia tan estrañas opiniones,
que trataba de cosa ínfima ó nécia
cuanto el hombre social en más aprecia,
llamando ceguedad, supersticiones,
ignorancia infantil, insuficiente
vanidad, al saber mas eminente,
leyes, razas, costumbres, religiones
con tachas señalando y correcciones;
aquel doctor, en fin, que aunque ejercia
su profesion, curaba á los enfermos
no de ciudades ricas, populosas,
donde lucrar con su saber podia,
sino de las aldeas y los yermos
donde nada por ello recibia;
aquel doctor de incógnita existencia,
modelo de salvage independencia,
que con la sociedad y con el mundo
transigir no dejando á su conciencia
de ellos con el desprecio mas profundo
está pronto á morir si llega el dia
mártir de su opinion y de su ciencia,

cuando acudiera á él, ¿qué le diria?
á él á quien antes con desden le dijo
que á su hijo Don Cárlos no quería
por la sola razon de ser su hijo.
Tal pensaba el baron, pero juzgaba
mal al doctor, que excéntrico, estrangero
misterioso para él é incomprensible
era en sus opiniones muy severo;
mas pronto y asequible
á todo bien, cristiano y caballero,
tiene opiniones en verdad estrañas,
creencias en las cuales se le opone
su siglo ¿pero cuál no cree en patrañas
que el que le sigue como error depone
de su crítica fria y concienzuda
metiendo el escalpel en las entrañas
de los pasados tiempos y sus hombres:
y escudriña el valor de sus hazañas
del poder de la fama de sus nombres;
y á la luz de sus nuevos adelantos
disipando las sombras de la duda,
destila del crisol de su justicia
la pura esencia y la verdad desnuda;
y salen á la luz del siglo nuevo
tal vez malvados los creidos santos,
virtud tal vez la que creyó malicia?
y con miles de ejemplos no lo pruebo
por no ser de este libro y haber tantos.
Y por eso el doctor, hombre nacido
tres siglos ántes que nacer debia,
juzgaba la centuria en que vivia
por la en la cual nacer habia debido:

y como suele á los que mucho avanzan
acontecer, los que detrás se quedan
viendo que con los piés no les alcanzan
les tiran piedras que alcanzarles puedan:
asi por avanzadas opiniones
que en su siglo pasaron por quimeras,
heregías, blasfemias y visiones
diabólicas, y que hoy por verdaderas
se profesan en todas las naciones,
quemó la Inquisicion en sus hogueras
sábios que hubieran hecho con sus juicios
á su edad y á la de hoy grandes servicios.
Tal era mi doctor, tras quien sin duda
el *susodicho* tribunal anduvo,
y si no le quemó ya se supone
que fué porque á las manos no le hubo;
pues aunque á nadie su opinion impone
no es la que el santo tribunal propone:
y su noble conducta, consecuencia
de sus exageradas opiniones,
prueba que no las funda en cosa vana,
pues aplica su fé, su oro y su ciencia
al bien y alivio de la raza humana;
segun las exagera su crëencia,
es verdad: mas conforme á su conciencia,
segun la ley y caridad cristiana.
Asi es que al punto en que el baron, no importa
si de interés recóndito movido
ó del paterno amor, se ha decidido
á implorar su favor, de él ha olvidado
el orgullo pasado
y el interés presente;

y á la afliccion en que se encuentra atento
del mal del hijo se encargó al momento,
sin alegar que al loco á quien auxilia
su ciencia, acaso de ayudar le eximen
la honda desolacion, tal vez el crímen
que introdujo su amor en su familia.
Porque la estraña soledad presente
en que vive el doctor y que delata
un oculto pesar, es evidente
que tiene, aunque á ninguno esté patente,
del hijo del baron con la locura
el mismo orígen y la misma data:
aquella noche cuya historia oscura
con un misterio la de entrambos ata.
He aqui por qué el baron, tan complaciente
encontrando al doctor, á la esperanza
volviendo á abrir su corazon, alcanza
mas alhagüeño porvenir, y pone
en el doctor su confianza entera,
y alegre á recibirle se dispone,
cual si su ciencia fuera omnipotente
y allanadora de imposibles fuera.

¡Oh miserable condicion humana
fácil en esperar lo que desea,
por mas que el fin de su esperanza sea
antojo fútil ó pasion villana!

V.

Llegó á la torre el doctor:
y saliéndole al encuentro,
guióle el baron por dentro
de su dédalo interior
hasta aquella galería,
en la cual el apartado
salon dó se habia encerrado
su hijo Don Cárlos se abria.
Al corredor al salir,
aquel golpear continuado
de que el baron le habia hablado
comenzó el doctor á oir:
y reteniendo el aliento,
todo en oir absorbido,
el carácter de aquel ruido
escuchó por un momento.
Al cabo de él dilató
sus lábios una sonrisa
y hácia aquel rumor, gran prisa
mostrando se adelantó.
Tras él echando, «Aquí es»
dijo el baron señalando
la puerta, á la cual llegando
dijo el doctor «Abrid pues.»
Oyó el baron con asombro

del médico la propuesta,
y, para atajarle, puesta
una mano sobre el hombro
díjole: «¿Olvidado habeis,
doctor, que furioso está?»
«Conmigo se amansará,
dijo el doctor: ya vereis.
Dejadme entender á mí
con él, que estoy con los locos
hecho á tratar, y hubo pocos
con quienes no me entendí.»
Y puso el doctor la mane
en la misteriosa puerta;
la cual no aguardó á que abierta
fnera el viejo castellano,
sino que haciéndose poco
á poco atrás, previsor,
dejó con su hijo al doctor:
que aunque era su hijo era loco.
Llamó el doctor, y al instante
abriendo una de sus hojas
pareció en la puerta, rojas
las megillas, el semblante
descompuesto, la mirada
vaga, la barba crecida
don Cárlos, de la otra vida
como fantasma evocada.
Fijó en el doctor los ojos,
quien con mirada potente
comenzando los antojos
á dominar del demente,
inundóle las pupilas

con el activo fluido
de las suyas desprendido,
limpias, tenaces, tranquilas.
.Y fuese que la influencia
del doctor le avasallara,
ó que en su mente escitara
su vista reminiscencia
poderosa; quedó el loco
ante el doctor fascinado,
atraido y dominado
siendo por él poco á poco.
Tomóle el viejo la mano
sin que el mancebo opusiése
resistencia alguna, ó diese
señal alguna de insano.
Alejóle de la puerta,
de hito en hito le dejó
contemplarle, hasta que vió
que iba su mirada incierta
concentrándose y calmando
la espresion de su semblante,
ante el que le está delante
sus recuerdos evocando.
Y cuando no tuvo duda
del poder que en él ejerce,
llamó para que le esfuerce
á la palabra en su ayuda.
Llevóle á parte buen trecho,
cual queriendo recatar
lo que le tiene que hablar
del padre que está en acecho:
y mientras el buen baron

lo contempla hecho una pieza,
metió el doctor con destreza
al loco en conversacion.
Y poco á poco un recuerdo
tras otro el loco hilvanando,
fué poco á poco trabando
conversacion con el cuerdo.

Pero dejemos, lector,
la narracion, y escuchemos
su plática: asi podremos
hilar el cuento mejor.

EL DOCTOR.—DON CARLOS.

DOCTOR.

Ahora que nadie escuchar
nos puede, hablad, ¿qué quereis?

DON CARLOS.

¿Yo? nada.

DOCTOR.

¿Por qué me habeis
mandado entonces llamar?

DON CARLOS.

¿Yo á vos? No por cierto.

DOCTOR.

¡Vaya!
y la he dejado por vos
sola.

DON CARLOS.

¿A quién?

DOCTOR.

¡Sea por Dios!
Si dais en tener á raya
la lengua... acabad ¿no estamos
solos? Lo sé todo.

DON CARLOS.

¡Todo!

DOCTOR.

Todo: aun duerme: mas del modo
con que golpeais, recelamos
que pronto no ha de poder
dormir.

DON CARLOS.

¿Quién?

DOCTOR.

Pues es donosa
pregunta! ¿quién ha de ser?
¿Acaso dos puede haber?
Rosa.

DON CARLOS.

¡Silencio!

DOCTOR.

Es la cosa
que necesitamos mas;
pero con vuestro martillo
haceis en todo el castillo
un ruido de Barrabás;
de modo que por muy fuerte
que séa su sueño, si asi
seguís dando ¡pesiamí!
preciso es que se despierte:
y como entienda el doctor
que sois vos quien la despierta
cuando él la supone muerta,
vereis la que arma.

DON CARLOS.

Peor
para él.

DOCTOR.

¿Por qué?

DON CARLOS.

Porque fiel
á mi secreto, primero
que le sorprenda prefièro
matarle á mi vez á él
como él á Rosa.

DOCTOR.

¿Pues no
os dije ya que la ví
y que dormia?

DON CARLOS.

Sí, sí:
pero esa ès la que hice yo.

DOCTOR.

¿Vos?

DON CARLOS.

Yo, y su ira es inerme
contra esa que vísteis vos;
él mató la que hizo Dios,
pero yo hice la que duerme.

DOCTOR.

¿Con que hay dos Rosas?

DON CARLOS.

Sin duda:
una que fué y que no es ya,
y otra que pronto será
por mí. Mas la lengua muda
tened, y que no lo sepa
nunca el doctor, porque temo
que haga con esta otro estremo,
pues no le hay que en él no quepa.

DOCTOR.

Cierto: mas fiad en mí
que jamás se lo diré;
pero nunca imaginé
que eran dos Rosas.

DON CARLOS.

Pues sí

DOCTOR.

Debe de ser una historia
muy linda.

DON CARLOS.

Vaya si lo es!
y una historia que despues
alcanzará gran memoria
en los fastos de la tierra,
porque verá cuanto cabe
en poder de hombre que sabe
el que en su alma se encierra.
Será un milagro de amor.

DOCTOR.

¿De amor?

DON CARLOS.

Y de amor tan fuerte
que sobre la misma muerte
se ha de elevar triunfador.

DOCTOR.

Contádmelo.

DON CARLOS.

¿Y con qué objeto
quereis que os lo cuente?

DOCTOR.

Yo
os lo diré luego.

DON CARLOS.

No:
no os lo cuento, es un secreto.

DOCTOR.

Guardadle: mas os diré
francamente qué saber
quise esa historia, por ver
si es la misma que yo sé.

DON CARLOS.

¿Qué sabeis vos?

DOCTOR.

Sé un portento
de amor, y de amor tan fuerte
que pudo más que la muerte.

DON CARLOS.

Contádmele.

DOCTOR.

No os le cuento
si el vuestro no me contais:
porque es un secreto mio
y haré muy mal si os le fio
á vos que no me fiais
el vuestro. Cuento por cuento.

DON CARLOS.

Primero vos.

DOCTOR.

¿Y despues
vos?

DON CARLOS.

Sí.

DOCTOR.

¿Verdad?

DON CARLOS.

Sí.

DOCTOR.

consiento
en ello: escuchadme pues.
—Amaba Cárlos á Rosa
con un amor tan profundo,
que Rosa formaba el mundo
para Cárlos.

DON CARLOS.

Es verdad.

DOCTOR.

Y á Cárlos amaba Rosa
con pasion tan verdadera,
que el mundo de Rosa era
solo Cárlos.

DON CARLOS.

Es verdad.

DOCTOR.

Cárlos era casi un niño;
Rosa era muger apenas:
mas nutrido su cariño
del campo en la soledad,
creciendo desde la cuna
en su aislamiento constante,
era ya un amor gigante
su amor de niño.

DON CARLOS.

Es verdad.

DOCTOR.

Mas Rosa y Cárlos iguales
uno á otro no nacieron:
sus padres no comprendieron
tal amor en tal edad;
y juzgando que la ausencia

su pasion disiparia,
separáronlos un dia
mal de su grado.

DON CARLOS.

Es verdad.

DOCTOR.

Mas en vano pretendieron
oponer tiempo y distancia,
á la indomable constancia
de un cariño tan tenaz;
aunque diez años pasaron,
uno y otro se esperaron
y uno de otro confiaron
en el amor.

DON CARLOS.

Es verdad.

DOCTOR.

Cuando Cárlos, hombre y libre,
volvió de reinos estraños,
esento ya por sus años
de la pátria potestad,
ántes que al hogar paterno
se fué á la mansion de Rosa,
á ver si á su vez la hermosa
le guardó fidelidad.
Rosa habitaba una quinta
en un bosquecillo aislada,
y por las tápias cercada

de su rústica heredad.
Era de noche: desierto
todo estaba en torno de ella,
mas por un balcon abierto
de una luz vió claridad.
Era el de Rosa: arrastrado
por su pasion, que le aqueja
con los celos, por la reja
trepó al balcon.—Escuchad
ahora.—El padre de Rosa
que de su honra andaba en vela,
detrás de él por centinela
puso á la muerte.

DON CARLOS.

Es verdad.

DOCTOR.

Penetró el mozo en la estancia
de Rosa, llegó á la puerta
de su alcoba....

DON CARLOS.

Y la halló muerta
sobre su lecho

DOCTOR.

Es verdad;
mas oid ahora el portento
del sublime amor de Cárlos,
por si es la historia que os cuento
la misma vuestra.

DON CARLOS.

Contad.

DOCTOR.

Cárlos viendo á Rosa muerta,
perdió el juicio: al ver tan fuerte
amor su padre....

DON CARLOS, (*interrumpiéndole vivamente*).

El la muerte
fué quien la dió.

DOCTOR.

Es la verdad:
mas como era un doctor sábio
que imposible no halló cosa,
á traer el alma de Rosa
volvió de la eternidad.
Y volvió á Cárlos el juicio,
y encendiéndoles la pira
del himeneo....

DON CARLOS, (*exaltándose*).

¡Mentira!
solo yo sé la verdad.

Don Cárlos que siempre atento
del doctor escuchó el cuento,
señales de asentimiento
dando hasta el fin, cuando oyó
que Rosa resucitada



fué por el doctor casada,
soltando una carcajada
las espaldas le volvió.

Y yéndose hácia su padre,
que absorto llegar le mira,
le dijo: «Todo mentira:
»yo solo soy quien le sé.
»El doctor es un malvado
»asesino: él mató á Rosa:
»mas yo hice otra, y su alma hermosa
»de los cielos robaré.

Comprender no pudo el padre
las palabras de su hijo:
mas no tan pronto las dijo
como el doctor que detrás
de él vino, comprendió astuto
que su tiro habia derecho
ido á dar del loco al pecho:
pero era preciso más.

El médico habia querido,
trayéndole á la memoria
punto por punto su historia
hasta el momento fatal
de su locura, obligarle
á revelar la manía
que en ella le mantenía,
para comprender su mal.

Mas viendo que solo á médias
logrado habia su objeto,

y decidido el secreto
de su demencia á apurar,
fuese tras él, y á la puerta
del salon que le dá asilo,
del diálogo roto el hilo
volvió de éste modo á atar.

DOCTOR.

Si no fué el doctor quien pudo
volver la existencia á Rosa
y sois vos quien su alma hermosa
puede á los cielos robar,
probádmelo: ó creeré siempre
que el doctor solo ha podido,
que sois vos quien ha mentido,
y que estais loco de atar.

Cayó en el lazo el demente:
y cediendo á su amor propio
provocado, de repente
con la altiva magestad
con que del mundo la máquina
pudiera mostrarle abierta
un génio, abriendo la puerta
del salon, dijó: «mirad.»

Tendió el doctor sus miradas
por la misteriosa pieza,
y fué á asomar la cabeza
curioso el baron tras él.
De aquel pedazo de mármol
en el salon encerrado,

un prodigio habia brotado
del loco bajo el cincel.

Aquel informe peñasco
tenia ya la figura
de una clásica escultura,
cuya acabada labor
revelaba el poderío
y el instinto soberano
del génio audaz y la mano
firme de un gran escultor.

Era la imágen de Rosa
sobre su lecho tendida,
no muerta, sino dormida
con un sueño encantador.
Todas las turgentes líneas
de sus graciosos contornos,
de su ropa y sus adornos
los detalles y el primor,

y la cándida sonrisa
que en sus lábios acusaba
que su espíritu alhagaba
un sueño hermoso de amor,
revelaban de consuno
su amoroso pensamiento,
bajo el casto sentimiento
de su virginal pudor.

Su movimiento era tanto,
que cual obra de un encanto

parecia decir «duermo,
pero voy á despertar»
y bien claro se veia
que en tan móvil escultura
el amor y la locura
trabajaron á la par.

Permaneció unos momentos
su triunfo el loco gozando,
y el asombro contemplando
del médico y del baron,
con la altivez del artista
que prueba en su obra perfecta
que el hombre es la predilecta
del que hizo la creacion.

Mas cediendo poco á poco
el orgullo del artista
á la insensatez del loco,
á su demencia tornó;
y asiéndoles de repente
por los brazos, arrojóles
de la estancia bruscamente
y por dentro la cerró

Quedáronse ante la puerta,
el baron estupefacto
de la agresion de aquel acto
tras de mansedumbre tal,
y el buen doctor sonriéndose
á solas congratulándose
y mil parabienes dándose
de ver remedio á su mal.

Al fin el baron con la ánsia
de ese indecible cariño
del padre para quien niño
en toda edad su hijo és,
«¿Qué opinais, doctor?—le dijo:
y éste respondió:—«Le curo.»

BARON.

¿De cierto?

DOCTOR.

¡Bah! estoy seguro.

BARON.

¿Cuándo?

DOCTOR.

Pronto.

BARON.

Empezad, pues.

DOCTOR.

Pues tomad: dadle seis gotas
del licor de este frasquillo
cada noche: yo al castillo
cada dia subiré
para estudiar sus efectos;
y cuando el remedio dado
se tenga ya preparado
para el último le haré.

BARON.

¡Ah doctor! ¿y cómo entónces
recompensaros podria
dignamente?

DOCTOR.

Todavía
mejor de lo que creeis vos
podeis hacerlo.

BARON.

¿Decidme
con qué?

DOCTOR.

Con solo una cosa.

BARON.

¿Cuál es?

DOCTOR.

La estátua de Rosa.

BARON.

¿Con eso?

DOCTOR.

Con eso: adios.

Y asi diciendo, á la puerta
ya el doctor se dirigia,

cuando el baron que aun tenia
en el alma otro escozor
que en ella habian escitado
las palabras de su hijo,
corrió á atajarle y le dijo:
«Una pregunta, doctor.»

Detúvose éste, y mirándose
uno á otro cara á cara,
á que el baron se esplicara
esperó en calma el doctor.
Mas hay preguntas difíciles
que dejan al mas osado
al ir á hacerlas cortado,
porque atacan al honor.

Y la que el baron sentia
saltársele de la lengua,
al irla á hacer preveia
que iba al doctor á ofender;
mas ya le habia atajado,
y ya el doctor escuchaba,
y el buen baron ya no hallaba
medio de retroceder.

Al fin el doctor, mirando
que andaba el baron confuso,
vueltas á una idea dando
sin poderla formular
en palabras convenientes,
y sospechando cual era

su idea, de esta manera
volvió el diálogo á entablar.

DOCTOR.

Vamos, baron, ¿qué tenemos
de nuevo? hablad: ya os escucho.

BARON.

Es cosa que cuesta mucho
decir.

DOCTOR.

Decidla ¡pardiez!
sin temor.

BARON.

Va á sorprenderos.

DOCTOR.

Nada hay que á mí me sorprenda,
baron.

BARON.

Puede que os ofenda.

DOCTOR.

Solo ofende la doblez:
y en el modo con que á tientas
andais buscando un rodeo
para decírmelo, veo
vuestra sana sencillez.
Con que plantead sin empacho

vuestra cuestion, por muy fea
ó muy difícil que sea,
y acabemos de una vez.

BARON.

Pues bien: oyendo la historia
que habeis contado á mi hijo,
y lo que él luego me dijo
brotóme en el corazon
una sospecha, fundada
en bien poco, lo confieso,
mas que no dejó por eso
de meterme en aprension.

DOCTOR.

¿Y en las palabras de un loco
vais á fundar un misterio?

BARON.

Es que lo que dijo es sério.

DOCTOR.

Dijo que á Rosa maté.

BARON.

Perdonad: mas si en un hecho
su acusacion se fundára...

DOCTOR.

Suponed que la matára
¿y qué?

BARON.

¡Diablo! ¿Cómo y qué?
¡Pues ahí es nada el negocio!

DOCTOR.

No puede ser mas sencillo,
baron ¿en vuestro castillo
el que manda no sois vos?

BARON.

Sí.

DOCTOR.

Pues yo mando en mi casa
y en mi hija: y está enterrada
mejor que no deshonrada
por Don Cárlos.

BARON.

¡Santo Dios!
¿Confesais que la matásteis?

DOCTOR.

¡Bah! baron, no tengais miedo,
que resucitarla puedo
lo mismo que la maté.

BARON.

¡Jamás podré comprenderos!

DOCTOR.

Pues confesais tal torpeza,
no os calenteis la cabeza
que yo me comprenderé.

Dad á Don Cárlos por gotas
el elixir de ese frasco,
baron: y no os pegueis chasco
creyendo sin reflexion
cuanto oigais: porque en la tierra,
cuanto se escucha y se mira
suele ser una mentira,
si no oye y vé la razon.

Dijo el doctor y partióse,
dejando al buen castellano
con el frasquillo en la mano
diciéndose: «¡Pesia mí!
»por mucha razon que tenga
»y por muy bien que la aplique,
»no habrá razon que me esplique
»lo que está pasando aquí.

»Mas dice bien: en resúmen
»vale mas que hacer estremos
»reflexionar: razonemos
»pues: que él la pudo matar
»por no casarla con Cárlos,
»es imposible: ni fuera
»tan audaz que se atreviera
»asi de su muerte á hablar.

»En suma ese es su secreto:
»y á mas, él manda en su casa
»como él dijo, y lo que pasa
»mas allá de su cancel
»á nadie le importa: en ella
»hace él lo que le conviene,
»y ni me va ni me viene
»á mí nada en casa de él.

»Por otra parte, que anhela
»curar á Cárlos, es cosa
»que se vé bien... mas si á Rosa
»querrá vengar?... ¿Si será
»verdad lo que de él se cuenta:
»que es de raza de Agarenos,
»y no son mas que venenos
»las medicinas que da?

»Tampoco es posible; sabe
»que tiene en la córte amigos
»Cárlos: y es asunto grave
»el dar con la Inquisicion.
»¿Mas quién demonios me mete
»á romperme la cabeza
»con semejante simpleza?
»¡Al diablo la reflexion!

»Ese hombre hace maravillas
»con sus frascos: y en conciencia
»no se le puede la ciencia
»negar; y aunque yo no sé
»qué es lo que hay en su carácter

»de misterioso y de exótico
»que yo á su génio estrambótico
»jamás me acostumbraré,

»si á Cárlos devuelve el juicio
»y por pago se contenta
»con la estátua... de mi cuenta
»sus sortilegios no son.
»Yo le busqué como médico
»sin meterme en mas dibujos:
»luego, si lo es, con los brujos
»quémele la Inquisicion.»

Asi piensa el nécio siempre,
ciego, avaró y egoista,
y en su mal á que le asista
la ciencia en que no cree va:
y asi el baron, decidido
á aprovechar el ageno
saber, duda si es veneno
lo que la ciencia le da.

VI.

Y trascurrió una semana,
durante la cual subia
al castillo cada dia
el doctor muy de mañana;

y á Don Cárlos presentando
su colacion matutina,
iba de su medicina
los efectos observando.
El mozo se acostumbró
poco á poco á su presencia,
y el médico con paciencia
la voluntad le ganó.
Pasósele la manía
en que con furor insano
de su puerta espada en mano
las entradas defendia.
Y al llamar á ella el doctor,
salia tranquilamente
y almorzaba mansamente
con él en el corredor.
Mentóle á Rosa una vez,
y él, siguiendo en su manía,
con la mayor sencillez
dijo: «Duerme todavía.»
Sentóse un dia el baron
entre ellos dos á la mesa
sin que hiciera de sorpresa
la menor demostracion.
Comió en silencio y tranquilo
sin la señal mas ligera
de que le reconociera;
mas no perdió nunca el hilo
de las contínuas historias
que el médico le contaba,
y con las cuales trataba
de despertar sus memorias.

Don Carlos cuya demencia
tal vez era una manía
que completa le absorbia
la luz de la inteligencia,
que habiendo todo su sér
concentrado en una idea,
le hace cuanto ella no sea
incapaz de comprender,
presta á cada relacion
del médico oido atento,
porque él echa en cada cuento
un anzuelo á su razon.
Y del corazon humano
conocedor, y de ciencia
muy capaz cualquier dolencia
de sondar, le va á la mano
con sus oportunos cuentos
trayendo insensiblemente,
haciéndole diestramente
hilvanar sus pensamientos.
Pero nunca los asuntos
y relaciones horrendas
de sus sombrías leyendas
tocaban mas que dos puntos:
el amor y la locura;
amor siempre contrariado
pero siempre al fin logrado
por milagrosa aventura.
Locura siempre causada
por un amor imposible
ó por una escena horrible,
mas por el amor curada,

pues todas sus relaciones
concluian venturosas
con curas maravillosas
y hasta con resurrecciones.
El baron, que algunas veces
tales historias oia,
á sí mismo se decia:
«¿A qué contarle sandeces
»semejantes? No está ya
»bastante huero de seso
»sin que le venga con eso?
»En fin él se entenderá.
»¡Qué diablos! este doctor
»no hace como los demás
»ninguna cosa jamás.»
Y se iba de mal humor
el baron á su aposento
dejando al doctor y á su hijo
engolfados de algun cuento
en el relato prolijo.
Mas el buen doctor que paso
á paso con sus intentos
iba adelante, sus cuentos
seguia sin hacer caso
del baron: y cada dia
con mas atencion don Cárlos
distraido en escucharlos
menos loco parecia.
Y asi pasó otra semana;
de noche apuraba el loco
su frasquillo poco á poco,
y el doctor por la mañana

subia el efecto á ver
del misterioso elixir,
y se tornaba á partir
para tornar á volver.
Y siempre al irse el baron
al médico preguntaba
si don Cárlos mejoraba:
mas nunca contestacion
categórica obtenia:
por lo que él daba por fijo
que no mejoraba su hijo
ó el doctor no lo sabia;
mas si razon de provecho
jamás de él puede obtener,
siempre le ve parecer
y marcharse satisfecho:
lo cual tiene al buen baron
tan ciego y desorientado,
que vive como colgado
entre una y otra opinion.
Resuelto, pues, á esperar,
al tiempo deja que ruede
y hace no mas lo que puede
que es ver, oir y callar.
Y asi pasó la semana:
el doctor en cada cuento
mas difuso, y mas atento
don Cárlos cada mañana.

VII.

Hasta que al veinteno dia
en que con método tál,
ya don Cárlos parecia,
si nó en su juicio cabal,
libre al fin de su manía,
el médico resolvió,
poner en planta un proyecto
que con calma meditó,
y cuyo seguro efecto
con paciencia preparó.
Y en dulce conversacion
estando de sobremesa
con don Cárlos y el baron,
de este con harta sorpresa
hizo esta proposicion:
«Don Cárlos, largo tiempo há
»que hundido en vuestro aposento
»ni el aire ni el sol os dá,
»y os hace gran falta ya
»aire, luz y movimiento.
»Debeis á mi parecer
»salir del campo á gozar,
»su estenso horizonte á ver,
»sus sanas yerbas á oler
»y su ambiente á respirar.

»Oid: al pié del castillo
»sobre una loma que alfombra
»el ya espigado tomillo,
»sentada á la doble sombra
»de un huerto y un bosquecillo,
»hay una blanca casita
»donde un amigo á quien quiero
»desde mi niñez habita.
»¿Quereis ser mi compañero?
»le haremos una visita.
»No os pesará del paseo,
»pues su casa es un museo
»lleno de ricas pinturas,
»armas, libros y esculturas,
»que al alma os darán recreo.
»Mas lo que posée mejor,
»es la niña mas hermosa
»que engendrar supo el amor:
»venid, vereis al doctor
»mi amigo, y á su hija Rosa.»
Don Cárlos habia escuchado
lo de la casa-museo
como artista enamorado
de las artes, dilatado
el corazon de deseo,
pronto á aceptar y á seguir
consejo tan seductor
y á aquella casita á ir:
mas de Rosa y del doctor
los dos nombres al oir,
púsose espantado en pié,
y echado el cuerpo hácia atrás

esclamó como quien vé
un espectro ante él, «Jamás
iré á su casa!»

DOCTOR.

¿Por qué?

DON CARLOS.

Ese doctor vuestro amigo
es mi mayor enemigo:
y os advierto que esa Rosa
que me decís que consigo
tiene, será una engañosa
imágen que él habrá hecho
y con su ciencia maldita
la habrá metido en el pecho
algun ánima precita.
No: Rosa está allí, en su lecho:
yo soy quien cuerpo la dí,
yo soy quien de su alma en pós
subiré á los cielos, y
el alma de Rosa á mí
me la devolverá Dios.
Pero la voy á tapar,
porque si él llega á saber
que yo la he vuelto á crear,
en donde la alcance á ver
me la volverá á matar.
Dijo el mozo y se metió
en su salon: de su amada
Rosa la imágen cubrió

con un lienzo y se encerró
soltando una carcajada.
De asombro el baron estático
dijo: «¿Qué es esto, doctor?»
y éste, continuando apático
su misterio sistemático
dijo: «¿Y quién sabe, señor?»
Al vèr semejante calma
sintió el buen baron que el alma
se le volvia veneno;
y de su izquierda la palma
asentando sobre el seno
del doctor, y adelantando
el puño diestro á sus ojos,
uno en calma, otro temblando,
dijéronse asi, esplicando
su paciencia y sus enojos:

BARON.

Me revienta el corazon
de ira, y me siento con gana
de ahogaros.

DOCTOR.

Tendreis razon
si no le curo, baron;
pero aguardad á mañana.
—¡Mañana! esclamó el anciano
moderándose: y del pecho
del doctor la osada mano
quitó, como arrojo insano
considerando tál hecho.

El doctor, como si nó
hubiera visto y sentido
la mano que él retiró,
sin darse por ofendido
tranquilo le preguntó:

DOCTOR.

¿Tiene el salon otra entrada
por Don Cárlos no guardada
que paso á él me pueda dar?

BARON.

Sí, pero está condenada.

DOCTOR.

Pues hacédmela franquear
para mañana.

BARON.

Mas no
podrá ser sin que él lo sienta,
á mas de que es obra lenta.

DOCTOR.

Eso corre de mi cuenta,
si no os enoja que yo
en el castillo me aloje
por esta noche con vos.

BARON.

No hay, doctor, por qué me enoje,
obrad como se os antoje.

DOCTOR.

Pues vóime y vuelvo.

BARON.

Id con Dios.

Y aquí el médico volviendo
las espaldas echó á andar,
y el baron quedó diciendo:
«¡Lléveme el diablo si entiendo
su manera de curar!»

VIII.

Cumplió el doctor su promesa:
apenas anochecía
cuando la cuesta subia
de vuelta; al verle el baron
mandó apriesa aderezarle
en una cámara antigua
y á la de su hijo contigua
provisoria habitacion.

Y ganoso de probarle
su deseo de obsequiarle,
cortesmente á recibirle
hasta la puerta bajó.

Tendióle al llegar la mano
que asió el doctor francamente,
y guióle alegremente
al cuarto que le prestó.

Y en posesion al ponerle
de su aposento le dijo:
«Aqui estais junto á mi hijo,
unica comodidad
que mi castillo os ofrece,
pues esta estancia sombría
os va á parecer tan fria
como mi hospitalidad.

Mas no en vano el tiempo pasa
por los hombres y las cosas,
doctor: ya empieza mi casa
como su amo á envejecer.
Y si vos algun frasquillo
no teneis que les remoce
van mi raza y mi castillo
á un mismo tiempo á caer.»

DOCTOR.

Baron, yo en mis medicinas
tengo tanta confianza,
que aun abrigo la esperanza
de volver á levantar
castillo y familia á un tiempo;
pues como yo os cure al loco
vais á ver dentro de poco
vuestra raza retoñar.

BARON.

De vuestras palabras nunca
penetrar puedó el misterio,
doctor: mas hablais tan sério
que será fuerza creer.

DOCTOR.

Creed, baron: porque nunca
mi fé engañó á mi esperanza;
mas obremos sin tardanza
que no hay tiempo que perder.
¿Qué es lo que bebe Don Cárlos
por las noches?

BARON.

Agua y vino.

DOCTOR.

¿Los mezcla?

BARON.

Suele mezclarlos,
aunque no siempre.

DOCTOR.

Decid
que me traigan las botellas
que contienen su bebida.

BARON.

Mejor será que por ellas
vaya yo mismo.

DOCTOR.

Pues id.
Partióse el baron apriesa,
y con los frascos volviendo
púsolos sobre la mesa:
el médico derramó
en cada uno algunas gotas
de una esencia: revolvióles
sacudiéndoles, miróles
al trasluz y continuó
preguntando:

DOCTOR.

¿Y á qué hora
se recoge?

BARON.

Muy temprano,
pues despierta con la aurora
y trabaja sin cesar.

DOCTOR.

Pues pongámosle estos líquidos
donde los vea y los pruebe,
y vamos si de ellos bebe
recatados á espiar.

En el corredor pusieron
la mesa al loco y se fueron
á ocultar: pronto le vieron
salir; sentóse y cenó

tranquilo: bebió del vino
una copa y de agua un vaso:
volvió al salon paso á paso
y por dentro se encerró.

Y dijo el médico: «Ahora
cenemos tambien nosotros,
baron, dentro de una hora
la puerta que da detrás
del salon á abrir iremos
sin riesgo de que nos sienta,
y luego...

BARON.

¿Qué?

DOCTOR.

Por mi cuenta
dejad correr lo demas.

Y se hizo lo que él dispuso:
y quedó franca la entrada
de la puerta condenada:
y en su estancia al penetrar,
vieron que el loco dormia
con un sueño tan profundo,
que pudiera hundirse el mundo
sin poderle despertar.

Entónces á recogerse
envió á todos: despidióse
del baron y retiróse

á su aposento tambien:
ocultó su luz, y abriendo
el balcon, desde su altura
buscó adonde en la llanura
su pueblo y casa se ven.

La noche estaba serena
y azul: la luna menguante
colgaba su faro errante
de los cielos en mitad,
y se veia el paisage
como á través de una gasa
de su reflejo á la escasa
y plomiza claridad.

Allí á la boca del valle
donde la vega termina,
abriendo al arroyo calle
que nombre á su pueblo dá,
se ven sus primeras casas:
y por detrás de una loma
la torre del templo asoma
que oculta tras ella está.

Mas cerca, entre sus frutales,
de su casita blanquea
la fábrica, que campéa
sobre el traspuesto encinar,
como la vela cuadrada
que el pescador de Sorrento
estiende llamando al viento
sobre su azulado mar.

De su bálcon apoyado
en el morisco antepecho
pasó el doctor largo trecho
en profunda distraccion
dejando gozar á solas
á su alma contemplativa
la nocturna perspectiva
tendida ante su balcon.

Absorta su inteligencia
por la divina influencia
de la invisible presencia
del Dios que cuanto és creó,
su exaltado pensamiento
por ese vago elemento
que nos vela el firmamento
vagar perdido dejó.

¡Quién sabe si las memorias
que en su recuerdo surgieron,
en su corazon hicieron
sus pesares revivir,
ó si su alma asomándose
al dintel de lo futuro
se atribuló ante el oscuro
abismo del porvenir!

Ello és que por sus megillas
en aquel punto rodaron
dos lágrimas, que marcaron
dos surcos sobre su tez:
y el ambiente de la noche

las devoró evaporándolas
mas tarde caer dejándolas
hechas rocío tal vez.

Mas ¿quién las causas inquier
de una lágrima arrancada
á un alma noble exaltada
por su solitaria fé?
¿Hay algun alma sensible
que crea, que espere ó ame
que á solas no la derrame
por lo que ama: espera ó crée?

Asi el doctor de sus ojos
dejó desprenderse aquellas,
á la luz de las estrellas
desde el árabe balcon
del castillo, contemplando
la casita en que atesora
cuantos recuerdos adora
su insondable corazon.

Mas al secarlas el aire,
volviendo su pensamiento
á bajar del firmamento
volvió en la tierra á pensar;
miró á su casita blanca:
y en el balcon que caia
de su cuarto se veia
perenne una luz brillar.

Contemplóla atentamente
el doctor por un instante,

y animóse su semblante
con la espresion del placer.
«Allí está,» dijo: y cerrándola,
puso tras de la vidriera
la luz, porque desde fuera
mejor se alcanzara á ver.

Mas en el balcon apenas
brilló un punto su bugía,
cuando la que en frente ardía
despareció del cristal;
volvió á ocultarla y volvieron
á encender la de su casa,
y tres veces respondieron
con la misma á su señal.

Entónces bien satisfecho
de que le habian comprendido
y de ser obedecido
con la misma exactitud,
acomodóse en su lecho
y matando su bugía
quedó el castillo hasta el dia
en tenebrosa quietud.

CAPITULO IV.

I.

Iba á teñir el alba arrebolada
con luz de nácar y ópalo los montes
con cuyas crestas mil Sierra-Nevada
cierra los pintorescos horizontes
de la morisca vega de Granada...
y antes de continuar, será muy justo
que te advierta, lector, por si eres de esos
que en apurar las cosas tienen gusto,
y quieren que en los libros no haya nada
que su razon no tenga,
inclusos los excéntricos escesos
en que suelo dar yo, que soy el hombre
á quien ménos importa que en sus obras
la razon por quintales se contenga
ó entre en ellas por faltas ó por sobras,
y que me dén ó no me dén renombre

como el lector con ellas se entretenga
y yo las venda bien; porqué á fé mia
que cuando á mí la muerte como á todos
allá en la eternidad me precipite
de lo que haga de mí y mi poesía
la edad futura se me dá un ardite;
pues no hay libro ni autor feo ó bonito
que por diversos modos
no tengan á la par por malo y bueno
la agena envidia ó el favor ageno.
Pero dejando aparte digresiones
que no tienen que ver con este escrito,
vuelvo á entrar ¡oh lector! en mis razones
y á mi presente historia me limito.
Justo será repito
que sepas que la vega de Granada,
bien ó mal, como supo, por mi pluma
en otros muchos versos celebrada,
en aqueste momento no la cito
porque al presente libro me presuma
que dé importancia ó qué valor añada,
por añeja costumbre ó por capricho
aunque no venga á cuento para nada,
sino porque, aunque arriba no lo he dicho
al comenzar mi historia,
la torre y el lugar innominados
y del doctor la misteriosa casa
donde la escena de mi cuento pasa
segun la tradicion y la memoria
de los libros para ella consultados,
al pié de la Alpujarra están situados:
en uno de los valles pintorescos

que de esta hermosa sierra entre los riscos
se abren en los balsámicos confines
de la costa feraz de Andalucía,
que triunfante rival de Berbería,
se aduerme al son de los traidores mares
que abrieron paso al africano un dia.
País aun hoy sembrado de alminares,
alquerías, castillos y lugares
que blanquean en medio de jardines
y bosques alfombrados de jazmines,
de lirios y rosales siempre frescos,
y que aun guardan sus nombres pintorescos,
las tradiciones mil de los moriscos,
y la raza, costumbres y cantares
de sus antiguos dueños berberiscos;
que aunque vencidos á Africa volvieron,
el risueño pais en que habitaron
con su génio oriental poetizaron
y de recuerdos mágicos le incheron.
Por eso al empezar este capítulo
que ha de ser el mejor por solo el título
del último, y por ser el que se encarga
de llevar á su fin en esta hora
esta leyenda soñolienta y larga,
cristiana por mitad, por mitad mora;
lo cual si no le pone entre los buenos
le da opcion al *accesit* cuando ménos,
por eso, digo, cuando en él la aurora
comienza á despuntar, no es una pícia
esta declaracion no hecha hasta ahora
de que salia el sol sobre Granada:
y tu estrañez, lector fuera fundada,

y tuvieras muchísima justicia
pará llamarla intempestiva y necia,
si el sol que mi capítulo colora
saliera por Pekin ó por Bassora,
ó por Sebastopol ó por Venecia.
Pero pudiendo yo situar mi cuento
en donde mas á cuento me viniere
en su derecho está, si mal no siento,
cuando á su escena mi capricho quiere
al pié de la Alpujarra dar asiento;
asi que, cuando dije que salía
el sol sobre las costas donde muere
la ola del mar que nace en Berbería,
lo dije porque el cuento lo requiere:
y aun cuando tan á cuento no viniere
lo mismo que lo digo lo diria.
Porque á mas que esta clase de leyendas
cuyo género á luz dí yo algun dia,
por mas que como yo las den al viento
hoy hasta los mancebos de las tiendas,
tiene la preciosísima ventaja
de admitir todo estilo y todo invento
y que ninguno su valor rebaja
como esté cultivado con talento,
quiero, lector carísimo, que entiendas
que siendo yo quien mi leyenda cuento,
aunque razon mas obvia no tuviera
tengo yo por razon muy soberana
la de querer contarla á mi manera
y como á mí mejor me dé la gana;
siquiera me lo tachen de mal modo
y estilo y gusto bárbaro y perverso,

cuantas reglas acata el mundo todo
y cuantos sábios cuenta el universo.
Porque en obras de gusto y de capricho
que traen solo placer y no provecho,
todo se puede hacer, si está bien hecho,
y se puede decir, si está bien dicho.
Con que ténlo lector en la memoria
y vamos adelante con mi historia.
Iba á teñir el alba arrebolada
con luz de nácar y ópalo los montes
con cuyas crestas mil Sierra-Nevada
cierra los pintorescos horizontes
de la morisca vega de Granada,
cuando el doctor abandonando el lecho
vistióse diligente,
y al árabe balcon se fué derecho:
de codos se apoyó en el antepecho
y se puso á mirar atentamente
su casa, que á lo lejos se divisa
á la luz del crepúsculo indecisa.
Del castillejo del baron en frente,
y á la boca del valle alpujarreño,
su casita gentil vé que blanquéa
á través del vapor turbio y calino
que, al soplo del ambiente matutino
resistiendo pesado, lentamente
para arrancarse de la tierra ondéa
entre su móvil velo cristalino,
como un beodo que al romper el sueño
en que le hundió la pesadez del vino
no puede despertarse de repente,
y por mas que procura

el sopor sacudir de su beleño,
vacila y bamboléa
antes de ser de sus sentidos dueño.
Poco á poco la trémula cortina
de vaporosa y pálida neblina
que de la tierra sobre el haz posada
flotando se mantiene, resistiendo
á la brisa del alba perfumada,
su masa de vapores oponiendo
á su luz purpurina,
comenzó á enrarecerse á la influencia
del sol, del horizonte enrojecido
ya próximo á saltar, y fué cediendo
de la brisa creciente á la violencia
con la vuelta del sol fortalecida:
se dilató, osciló, cedió arrancándose
de la falda del monte, y desprendida
de la tierra una vez, conforme sube
en la atmósfera limpia disipándose
se perdió entre las orlas de una nube;
y libre al fin de su flotante gasa,
apareció del médico á los ojos,
del sol naciente á los fulgores rojos,
entre los verdes árboles su casa.
Contemplóla el doctor un breve instante
fresca, sencilla, alegre, blanca y bella
destacarse en la falda del collado,
á un corderillo blanco semejante
tendido entre los céspedes del prado.
Contemplóla tenaz, como un amante
la mansion donde está su objeto amado,
esperando tal vez ver su semblante

por ventana ó balcon inesperado
parecer y ponérsele delante.
Contemplóla el doctor no corto trecho
en sus recuerdos hondos enbebido,
silencioso, sereno y distraido:
mas brotó de repente allá en su pecho
un recelo tal vez en él dormido,
y tan sola y pacífica al mirarla
comenzó con afan á contemplarla:
y su ojo penetrante
de su pupila inmoble y dilatado,
luz de impaciencia á su pesar destella,
profundizar ansiando dentro de ella
por su quietud y soledad turbado;
pues de ella inquieto aguarda
ver á alguno salir que en salir tarda.
Y á la faz del corazon espejo
la luz de su impaciencia reflejaba,
y empezaba á fruncir el entrecejo,
y á contraer los labios comenzaba,
cuando su casa de repente abierta
vió que salir dejaba por su puerta
varias personas, cuya forma impide
distinguir la distancia y el reflejo
de la luz esplendente que los hiere:
y que al darlas de lleno, contribuye
á cambiar sus contornos que aunque quiere
determinar la vista no los mide
ni les aprecia bien; pues la influencia
del esceso de luz y la distancia
les dan una fantástica apariencia;
y su forma real turba y destruye

la ilusion que con trémula inconstancia
la alumbra á su capricho, y la avecina
ó la aleja, la aumenta ó disminuye
siempre, pero jamás la determina.
Mantúvose el doctor al antepecho
pegado del balcon, los que salian
de su casa mirando y en acecho
de quienes fuesen, aunque no podian
reconocerse bien á tanto trecho.
Mas fuéronse los que eran acercando
y su forma se fué determinando:
de modo que al llegar del montecillo
en que el castillo se alza á la ladera,
que eran comenzó á ver distintamente
dos criados á pie y una litera
que suben lentamente
por la empinada senda del castillo.
Dejóles el doctor que se acercaran
y su presencia en el balcon notaran;
y entónces el doctor por un pasillo
escusado tomando la escalera,
bajó al zaguan y levantó el rastrillo,
que aunque ya no se echaba por el dia
se bajaba de noche todavía.
Nuestro viejo baron que nunca pudo
comprender que ningun hombre sesudo,
cuanto ménos un noble castellano,
pudiera ni en invierno ni en verano
por el solo placer de ver la aurora
levantarse temprano,
cosa en que nunca halló ningun provecho,
estaba en esta hora

del sueño en lo mejor allá en su lecho.
Y como por dó quiera se aprovecha
la baja y perezosa servidumbre
de los defectos que en el amo acecha,
y la guarida oculta de sus vicios
de sus señores con los vicios techa,
la del baron tomando su costumbre
viéndose en la mansion de un perezoso,
cuando se echa en los brazos del reposo
como el baron á la bartola se echa;
asi que á tales horas toda inerme
la servidumbre del castillo duerme;
de modo que el doctor abrió el postigo
dió á aquella gente en el castillo entrada,
y á su aposento la llevó consigo,
y la dejó en su cámara encerrada,
sin hallar de su paso ni un testigo
y sin que nadie apercibiera nada;
y si hubiera tenido tal empeño,
del castillo el doctor se hiciera dueño.
Mas es muy otra su intencion sin duda
y no vienen tal gente y tal litera
en tan villana accion á darle ayuda;
pues una hora despues saliendo solo
de su cuarto el doctor y en él cerrados
dejando su litera y sus criados,
mostró muy bien que no era
capaz su alma de tan negro dolo,
del baron á la gente despertando,
con voz y accion de autoridad y mando
rompiendo la pereza de costumbre
de aquella perezosa servidumbre.

Saltaban los domésticos del lecho
á la voz del doctor, que ante él derecho
les afeó su vergonzoso vicio:
y cuando estuvo ya bien satisfecho
de que iba cada cual á hacer su oficio
y que en muy breve espacio iba á ser hecho
por él pedido el matinal servicio,
yendo á la habitacion del castellano
llamó atento á su puerta con la mano,
y asi le dijo con acento amigo
y cortés sí, pero con voz sonora:
«Vamos, baron, arriba: que ya es hora.»
El buen anciano, que al sabroso abrigo
de sus calientes sábanas dormía,
despertóse á su voz sobresaltado
sin comprender muy bien qué sucedia:
é interrumpido á ser no acostumbrado
hasta que bien entrado estaba el dia,
dijo: ¿Quién diablos és tan de mañana?»
Y el doctor de la puerta al otro lado
dijo: «Yo soy, baron: vestíos presto
que todo está dispuesto.»
Al conocer su voz, la blanda lana
abandonando del mullido lecho
de malísima gana,
de la puerta á través por un estrecho
resquicio el buen baron de esta manera
habló con el doctor que estaba fuera:

BARON.

¿Qué sucede, doctor?

DOCTOR.

Que ya os espero
para dar á Don Cárlos el postrero
remedio: y fio en Dios que será sano.

BARON.

¿Pues qué hora és?

DOCTOR.

Las siete.

BARON.

¡Qué temprano!

DOCTOR.

Tengo mucho que hacer y he de partirme:
con que abreviad, baron.

BARON.

Voy á vestirme.

DOCTOR.

Pues á la puerta del salon aguardo.

BARON.

Allá voy.

DOCTOR.

No os tardeis.

BARON.

Id: no me tardo.

Dijeron, y el doctor á paso lento
fuéle á esperar del loco al aposento.
Entre tanto el baron con mucha priesa
se comenzó á vestir: mas como en caso
tál suele acontecer que en priesa ó fuga
todo se traba, todo se atraviesa,
y no puede á derechas darse un paso,
asi el pobre baron por despacharse
ni prenda, ni útil á las manos halla;
lavóse, mas el rostro al enjugarse
no encuentra la tohalla,
y al cabo con la sábana se seca;
se apura más y cuanto más se afana
todo lo hace al revés y lo trabuca:
busca medias de raya y son de greca,
y las que cree de seda son de lana;
cálzase, y los zapatos de pié trueca;
va con ira á patear y en vago pisa
y por poco un tobillo no se enchueca:
pónese con la prisa
ántes que la camisa la peluca,
de modo que al pasarse la camisa
el mechon del tupé quedó en la nuca.
Desespérase, rábia, y con la ira
todo lo toma mal, todo lo tira;
equivoca los broches del justillo,
rasga el jubon y la valona arruga:
pero resuelto de cualquier manera
á acabar de una vez, ya solo mira
á que aguarda el doctor y échase fuera
de su aposento al fin; por el pasillo
lánzase á paso que parece fuga,

y cruzando sin tiento su castillo
va diciendo de cólera amarillo:
«¡Demonio de doctor cómo madruga!»

II.

Pero dejemos tan trivial estilo
soportable no mas por un momento:
obrar dejemos al baron tranquilo
segun su educacion y su talento:
y reanudemos el dorado hilo
con que até las figuras de mi cuento
á su historia gentil: porque es materia
que merece en verdad conclusion séria.

III.

Lejos ya de su oriente el sol cruzaba
el firmamento azul de Andalucía,
y á su suelo poético auguraba
limpio, templado y apacible dia:
y ya su luz espléndida doraba
los arcos de la abierta galería
donde espera el baron, aun soñoliento,
á que vuelva el doctor de su aposento.

La mesa del almuerzo preparada
tiene ante sí: mas fastidiado ahora
de esperar, la cabeza reclinada
tiene en la mesa cuyo centro dora
el sol con solo un rayo; luz cortada
en cuádruple losange por la mora
labor de la estaláctica techumbre
de la masa total de su auréa lumbre.

Sobre el agua y cristal de una botella
este rayo de luz vá á caer perdido,
y un iris circular en torno de ella
traza descomponiéndose: teñido
en sus siete colores los destella
sobre la plata y el metal bruñido
de la bajilla, que en reflejos rica
en derredor los quiebra y multiplica.

Y este fulgor multíplice en reflejos
que brota de la mesa y la circunda
cual si le produjeran mil espejos,
de estraño resplandor la estancia inunda:
y al sol opuesta y de su foco lejos
no parece su luz del sol oriunda,
si no que nace á iluminar dispuesta
alguna estraña y misterissa fiesta.

¿Quién sabe?—He aqui que procurando el ruido
cáuto evitar, apareció en la puerta
del salon el doctor, sin que sentido
fuera por el baron que no está alerta:
antes de pechos en la mesa, hundido

el rostro entre los brazos, mal acierta
el médico á entender si es que medita
hondamente el baron ó si dormita.

Volvióse pues, con él cuenta no haciendo,
y abrió de par en par: y levantando
la cabeza el baron y al doctor viendo
fuese hácia él la mesa abandonando,
mas estraños tras él apercibiendo
preguntó en alta voz «¿Qué está pasando?»
y en la boca el doctor poniendo un dedo
respondió: «A verlo vais, pero hablad quedo.»

Entónces los que á pié con la litera
al castillo escoltándola subieron,
dos Industanis que poséen entera
la confianza del doctor, salieron
tras él, á brazo del salon afuera
á don Cárlos sacando, á quien pusieron
tendido en un sofá que prepararon
y cerca de la mesa colocaron.

Con leve movimiento de cabeza
su servicio el doctor agradecióles,
y en el dintel de la desierta pieza
en su lengua oriental órdenes dióles
con digna autoridad mas sin fiereza:
ellos dijeron «Bien», y él despidióles;
y mientras él la puerta les cerraba
atónito el baron lo contemplaba.

Solos al fin los dos, el doctor que ase
de su sillon que ante el sofá coloca,

hizo seña al baron que le imitase;
obedeció sin desplegar la boca,
del doctor la conducta haciendo base
de la suya: y aquel que el pulso toca
de don Cárlos su faz miró buen rato
y aplicóle un espíritu al olfato.

Invadieron sus átomos vitales
el cerebro del mozo: á su presencia
se tendieron sus fibras cerebrales
cediendo á su benéfica influencia;
dió tension á sus órganos nasales
una ancha aspiracion, y él de existencia
señal con un suspiro profundísimo,
al cual unió su voz un ¡ay! dulcísimo.

Luego asomó á sus lábios una errante
y alhagüeña sonrisa: un carmin puro
coloró su pacífico semblante;
y roto al fin del sueño el velo oscuro,
los párpados pesados un instante
levantando, la luz miró inseguro:
pero de esfuerzo tál como cansado
volvió á cerrarles y á caer postrado.

Entónces el doctor volvió á hacer uso
de su vital espíritu y con tiento
otra vez al olfato se le puso;
aquella el mozo despertó al momento:
de lo que habia en su rédor se impuso
con rápida mirada, y movimiento
recobrando vigor incorporóse
solo, y tranquilo en el sofá sentóse.



Quedaron contemplándose un instante
los tres: el buen doctor se sonreia
con el loco mirándole al semblante
y él sonreir atento le veia;
contemplábales á ambos vacilante
el padre entre el afan y la alegría:
y dueño ya de la impresion primera,
rompió á hablar el doctor de esta manera:

IV.

EL DOCTOR, EL BARON, DON CÁRLOS.

DOCTOR.

El sueño os ha vencido esta mañana.

DON CARLOS.

Es verdad.

DOCTOR.

Que durmiérais os dejamos
porque.... ¡dormíais tan tranquilo!...

DON CARLOS.

¿Qué hora
es?

DOCTOR.

Las nueve; tiempo ha que os aguardamos
para desayunarnos; ¿teneis gana?

DON CARLOS.

No.

DOCTOR.

No importa: debeis hacerlo ahora
porque es preciso alimentarse.

DON CARLOS.

Vamos.

DOCTOR.

Sentaos á mi lado y hablaremos
¿os molesta el hablar?

DON CARLOS.

No.

DOCTOR.

Pues hablemos.
¿Cómo está la cabeza?

DON CARLOS.

Un poco vana
la siento.

DOCTOR.

¿Asi como si fuera hueca?

DON CARLOS.

Si.

DOCTOR.

¿Con dolor ligero en los oidos?

DON CARLOS.

Si.

DOCTOR.

¿Calor en la piel? ¿la boca seca?

DON CARLOS.

Si.

DOCTOR.

¿Y la memoria?

DON CARLOS.

Creo que la pierdo
á veces; otras veces se me trueca
y andan mis pensamientos confundidos.

DOCTOR.

¿Quiénes somos?

DON CARLOS.

No sé: desconocidos
creo que no me sois: mas no me acuerdo.

DOCTOR.

¿Sentís hácia nosotros simpatía?

DON CARLOS.

Si.

DOCTOR.

¿Por qué?

DON CARLOS.

Porque estais siempre á mi lado,
me dais conversacion y compañía,
me sonreís, me entreteneis y cuentos
me contais que.... no sé que es lo que tienen
que me traen sus historias pensamientos
que á solas en el mio van y vienen
como sueños de amor.

DOCTOR.

¿Habeis soñado?

DON CARLOS.

Mucho.

DOCTOR.

¿Qué?

DON CARLOS.

No lo sé; yo me mecia
como se mece en el ambiente un ave
noble.... el condor.... la garza.... como un dia,
no sé cuando ni donde, vi una nave
mecerse dulcemente en la bahía.

DOCTOR.

En Nápoles.

DON CARLOS.

Tal vez.

DOCTOR.

Allí.

DON CARLOS.

¿Quién sabe?

DOCTOR.

Yo lo sé: aquella nave era la mia:
una hermosa galera.

DON CARLOS.

¡Muy hermosa!

DOCTOR.

Que se llamaba la galera Rosa.

DON CARLOS.

¡Rosa!

DOCTOR.

Si ¿qué hay en eso que os asombre?

DON CARLOS.

Nada: mas ese nombre no creia
yo que de nave alguna fuera nombre.

DOCTOR.

Pues ese el nombre de mi näo era:
En ella vine yo de Alejandría;

la näo mas gallarda y mas velera
que fué á anclar en los puertos del Oriente;
cuya historia gentil si se escribiera
por fantástico cuento
de los libros de Oriente se tuviera.

DON CARLOS.

Contádmela.

DOCTOR.

Os va á ser impertinente
su narracion.

DON CARLOS.

¿Por qué?

DOCTOR.

Porque es difusa.

DON CARLOS.

No importa.

DOCTOR.

Es complicada: es muy confusa.

DON CARLOS.

No importa.

DOCTOR.

En fin, si os empeñais.... consiento
en ello: atended pues.

DON CARLOS.

Estoy atento.

DOCTOR.

Hubo una vez un hombre muy estraño
que empezando á estudiar desde muy niño,
cobró á las ciencias especial cariño:
mas á su siglo y sociedad uraño
se hizo, porque al sondar su falso aliño
tras uno y otro amargo desengaño
concluyó por juzgarles de otro modo
de como les juzgaba el mundo todo.
De ingenio claro, de carácter vivo,
desde su adolescencia reflexivo
y á su edad juvenil mas sério y grave
de lo que en años tan pueriles cabe,
afanoso emprendió, dominó activo
aquellos fastidiosos rudimentos,
necesarios preludios,
precisos elementos
de todos los estudios:
mas que una vez vencidos facilitan
la árdua ascension hácia el saber, producen
aficion al estudio y habilitan
para la comprension la inteligencia,
la alumbran, robustecen y ejercitan
y abren por fin las sendas que conducen
al luminoso templo de la ciencia.
Con su instruccion precoz y mente sana
llegó, pues, á ser hombre antes de tiempo;
su posicion social, su cortesana

urbanidad, su porte, su familia,
su riqueza, y carácter, cuanto auxilia
para entrar en el mundo á un mozo imberbe
abrió á sus pasos en edad temprana
las puertas de ese mundo tumultuoso
que se apellida sociedad humana;
gólfo azul y engañoso
bajo cuya haz encantadora hierve
la dicha, el duelo, la virtud, el vicio,
el mal, el bien, la fé, la inépcia, el crímen,
dó fermentan en fin como en un horno
cuantas miserias al mortal oprimen,
desde la alma honradez hasta el soborno,
desde la cobardía al heroismo,
desde el pródigo lujo de los reyes
de la mendicidad hasta el cinismo,
desde la caridad al egoismo,
desde la estupidez de los villanos
á la ferocidad de sus tiranos.
Entró en el mundo con su fé evangélica,
su vírgen corazon, su recto juicio:
el mundo alegre le acogió y propicio
y fascinó un momento su alma angélica.
Abandonóse un punto á la corriente
social: negoció, amó, trabó amistades,
fué leal y vendido bajamente,
y escarmentó... y del trato de la gente
y de la tradicion de las edades
pasadas y su historia pronto supo
estraer su razon inteligente
de entre las ilusiones las verdades
tanto en su juicio cupo!

Halló que el mundo sin placer vivia
creándose sin cesar necesidades,
ahogando sus quejidos de agonía
con excéntricos himnos de alegría,
llamando á mil mentiras y á mil males
conveniencias sociales,
dado en sustituir de mil maneras
al bien y las virtudes verdaderas
un bien y una virtud convencionales;
de modo que en lugar del paraiso
que pudo hacer de la fecunda tierra
que darle Dios por patrimonio quiso
vió que el hombre social hizo un infierno
donde vivir en sempiterna guerra
dando á su corazon tormento eterno.
Vió que alli la doblez, la hipocresía,
la usura, la ambicion y la falácia
se llamaban talento, cortesía,
comercio, patriotismo y diplomácia.
En lugar de la fé vió al fanatismo,
al favor en lugar de la justicia,
presa la ingenuidad de la malicia
y la fraternidad del egoismo;
y hallando que sus vicios en su seno
tiene la sociedad tan arraigados
que es imposible hacerla separados
ver de una vez lo malo de lo bueno,
con disgusto profundo
abandonó la sociedad y el mundo;
mas teniendo á los hombres por hermanos
y queriendo ser útil á su raza
que para ser feliz no se dá traza,

determinó adquirir cuantos humanos
conocimientos adquirir pudiera,
y en pró de aquella sociedad demente
de aquella loca é insensata gente
en lo futuro emplear pudiera
su alma caritativa
con virtud evangélica y fé viva;
y volvió á sus estudios, decidido
á emplear filantrópico su ciencia
en mejorar del hombre la existencia,
el santo fin para que fué nacido
cumpliendo cual lo entiende su conciencia.
De todos los maestros á las cátedras
asistió con afan: con gran provecho
las universidades
cursó, se hizo en sus áulas conocido:
en teología, en artes, en derecho
discutió, ganó premios y aplaudido
en todas las escuelas
vogó por suerte rápida impelido
por el mar de la fama á todas velas.
Mas cuando vió llegar sus opiniones
á ser autoridades,
cuando midió su ciencia con razones,
las varias facultades
en que se doctoró le parecieron
llenas de rutinarias bagatelas,
de inútiles ó locas nimiedades
en cuya espesa red las envolvieron
los que en vez de estudiarlas con conciencia
y en lugar de alumbrar de las edades
futuras con su luz la inteligencia,

con sutilezas mil las embrollaron.
Vió que los ergotistas en abismo
impenetrable y lóbrego tornaron
la sencillez sublime de la ciencia,
con un intolerable pedantismo,
llenándola de enormes comentarios;
y con argucias mil y corolarios
inútiles y fárrago frailesco
falseando los principios y la ciencia
de la jurisprudencia
y los de la divina teología,
los de la medicina y la farmácia
y la filosofía,
hicieron de la ley un laberinto,
de la ciencia de Dios una fé impía,
de caer en las manos de algun médico
la mas fatal desgracia,
de la farmácia un tiesto enciclopédico
de todas las ponzoñas y brevajes
dañosos, de la ciencia filosófica
un campo de argumentos y cuestiones
en el cual se llevaban la victoria
no la simple verdad, no las razones,
no el sentido comun, no la oratoria,
sino la sutileza y la memoria,
la audacia y el vigor de los pulmones.
El, que no concibió que siempre inútiles
debieran ser las ciencias entregadas
á cuestiones tan sándias ó tan fútiles,
ni del sábio las fuerzas empleadas
en probar con argúcias falsos temas,
y en sostener quiméricos sistemas,

empezó á interponer su recto juicio
como un antemural á sus errores,
cual valla ante el abierto precipicio
y cual freno al furor de los doctores;
pero á los pocos dias
de enunciar sus sencillas teorías
volviéronse contra él todos los sabios,
cayó sobre él diluvio de cuestiones,
y no hallando sus áulas ni sus labios
suficientes á dar tantas respuestas
á tantas lenguas á la suya opuestas,
porque de su valor no se presuma
que cede, ó que le faltan las razones,
para evitar tumulto y discusiones
ató la lengua y desató la pluma.
Abandonó deber y obligaciones,
encomendó su hacienda á su familia
y encerrado entre libros y centones
leyó, estudió, indagó, puso en el peso
de la exacta razon las objeciones
que le hicieron..... y en fin, hilóse el seso
en perpétua vigilia
analizando escritos á montones,
hasta que del estudio en el esceso
y en el afan de sostener la lucha
en pró de su razon, su fé y su fama,
la carga grave y su salud no mucha,
la apoplegía le postró en la cama.
No hay en la ciencia humana, aunque radique
en la esperiencia y conviccion mas puras,
razon que mas á fondo modifique
la del hombre y que cambie y rectifique

de vez sus opiniones mas seguras
como una enfermedad. Allá en su lecho
en sus noches de insomnio, en ese estado
de postracion que queda tras la fiebre,
suele, de tiempo viéndose sobrado,
registrar los rincones de su pecho
el enfermo á sus solas, sin cuidado
de que el torzal de sus ideas quiebre,
ni en la opinion de su conciencia influya,
ni sus buenos propósitos destruya
el mezquino interés no satisfecho,
la no saciada sed de las pasiones,
ó el engaño de locas ilusiones.
Y ¡cuántos sábios de opinion cambiaron
y su modo de ver rectificaron
tan solo con dejar que les arguya
su conciencia en el tiempo que pasaron
en una enfermedad! Tuvo en la suya
el doctor de mi cuento tiempo largo
para juzgar su posicion á solas:
y aunque se le hizo de tragar amargo
y fluctuó mucho tiempo entre las olas
del mar de su amor propio, al fin vencido
por la fria razon se hizo este cargo:
«Yo no podré por más que invente modos
»oponer mi razon á la de todos;
»no he de poder en mi existencia breve
»profesar á la vez todas las ciencias,
»ni reformar el mundo.—El hombre debe
»profesar una sola, y que se cebe
»dejar á su talento en ella solo,
»en ella procurar ser eminente,

»y estenderla con fé de polo á polo,
»y ser útil con ella,
»si á su centuria nó porque atropella
»al que intenta oponerse á su corriente,
»á los que busquen del saber la huella
»de su pasada edad en la siguiente.
»Disputar contra todos, será bravo:
»mas aunque sean por mí todos vencidos
»y mé los traiga atados por los codos
»ni habré hecho mas que disputar al cabo
»ni pasaré de ser un busca ruidos;
»mi ciencia será inútil para todos
»y solo me tendrán mis semejantes
»por uno más de tantos disputantes.
»De tantas controversias ¿qué he sacado?
»la cabeza caliente y los pies frios.
»Doy que he triunfado; ¿con los triunfos mios
»la sociedad humana qué ha ganado?
»reirse en nuestras barbas de nosotros
»creyendo al de mas voz y de mas brios
»con la mejor razon: por de contado
»sin comprender la de unos ni la de otros.
»Dejemos pues de discutir: la clave
»de la ciencia y virtud de los cristianos,
»es que con lo que puede y lo que sabe
»sea útil cada cual á sus hermanos.»
Y este cálculo sabio á tiempo hecho,
determinóse á profesar la ciencia
que mas útil creyó al género humano:
y conceptuando la de mas provecho
la de la medicina, su existencia
decidió consagrarla cuando sano

pudiera al fin abandonar el lecho.
Sanó: y la consagró su vida entera;
y lleno del desprecio mas profundo
por todos los sofistas de su era,
juró no discutir aunque viviera
un dia mas que el mundo;
y con el noble afan de hacer del hombre
de todas condiciones y parages
un estudio profundo y verdadero,
se propuso correr el mundo entero
y atesorar el fruto de sus viages.
Visitó, pues, las córtes de la Europa
y las tribus de la Africa salvajes,
la América; y con suerte viento en popa
acumulando ciencia y esperiencia,
se encaminó al Oriente
cuna del hombre; enriqueció su ciencia
tratando con honor la medicina
en Siria, en el Egipto, en Palestina,
y despues de vivir con opulencia
descansando en Alepo algunos meses,
salió en union de una familia indiana
que él mismo convirtió á la fé cristiana
con direccion á la India, donde há dias
recojen los audaces portugueses
gran cosecha de gloria y de intereses
y la siembran de sangre y de falsías.
Llegó á Byr, embarcóse en el Eufrates,
bajó á Bagdad que es la Babel de ahora,
descendió por el Tigris á Bassora
detúvose en Ormuz que es el mercado
mas rico del Oriente, fué las perlas

de mayor magnitud y mas quilates
que joyeros jamás han apreciado
á pescar en Bahrain donde el cojerlas
tantas vidas de buzos ha costado:
logrando al fin desembarcar en Gõa
hoy llave del tesoro de Lisbõa.
Allí tenia ya la ley de Cristo
estendidas raices: la memoria
de Francisco Javier embalsamaba
aquella rica costa do bien quisto
era el cristiano que á su Eden llegaba;
la santa cruz, el lábaro cristiano
se alzába allí como pendon de gloria
sellando la victoria
la audacia y la piedad del Lusitano.
Gõa era del comercio y la fé centro
pero el tenaz doctor de mi leyenda
ganoso de otros triunfos fué su tienda
plantando cada noche mas adentro
de estas tierras espléndidas y estrañas
de suelo ardiente y áureas entrañas.
Y curando al enfermo y consolando
al triste, y amparando al desvalido,
la luz del Evangelio propagando
un paso cada dia fué avanzando
dentro de aquel pais desconocido.
Y sucedió que un rey de una comarca
llamada Arungabad que en sus fronteras
un opulento territorio abarca
del golfo de Cambay á las riberas,
tenia á su pais de afliccion lleno
porque de tiempo atrás adolecia

de enfermedad que le causó un veneno
que por irreflexion tragado habia.
Y este rey Idalkan el cual era hombre
de ley tan justa y corazon tan bueno
como sonoro y bárbaro su nombre,
oyendo de aquel médico estrangero
hablar como de un ser maravilloso
(porque es muy hiperbólico, ampuloso
y enfático el hablar del pueblo indiano)
quiso ver por sí mismo el soberano
si era el hablar del vulgo verdadero
y si el doctor de quien hablar oia
tanto bien, de su mal le curaria.
Al enunciar deseo semejante
salió á buscarle un cortesano, hallóle
y á la presencia de Idalkan le trajo.
El monarca al hallársele delante
con sonrisa benévola acogióle,
sereno humor y plácido semblante
El doctor conoció que su futura
suerte iba á depender de aquel instante
y fué con diplomática mesura
con la mayor dulzura
de su mal los detalles preguntándole;
y el buen rey Idalkan iba esplicándole
sus síntomas, sus causas, sus periodos
y el atento doctor se iba de todos
haciendo cargo y esperanzas dándole.
Y arreglóse tan bien que en la primera
consulta sin trabajo
la simpatía de Idalkan se atrajo
y el rey se pagó de él de tal manera

que aposento en su alcázar ofrecióle
mientras durara de su mal la cura;
y el doctor aceptó, y el rey tratóle
con liberal y espléndido agasajo
y el sincero doctor por cuantos medios
pudo idear solícito cuidóle
y á fuerza de cuidado y de remedios
del veneno los gérmenes le estrajo.
El rey sanó por fin: y cuando un dia
oficialmente el médico lo dijo
á la córte y al pueblo, la alegría
fué universal, y el pueblo que queria
bien á su rey al médico bendijo.
Entónces Idalkan, en cuyo pecho
se germinó con el afan prolijo
del médico por él una sincera
amistad, que á su trato se habia hecho
y que sintió que necesaria le era
la amistad del doctor mas cada dia,
mas grata cada vez su compañía
se empeñó en detenerle al lado suyo
y le hizo las mas pródigas ofertas
para ganar su voluntad: y ciertas
debieron de salir segun arguyo,
porque el doctor las aceptó, y las puertas
del alcázar á abrirse ante las plantas
del doctor para irse no volvieron
ni hácia él por el monarca se infringieron
de la hospitalidad las leyes santas.
Quedóse, pues, el médico contento
de Arungabad en el palacio Indiano,
y debió de tener algun intento

secreto tal favor del soberano
para aceptar asi: porque yo siento
que fuera pensamiento muy villano
y hacer á su carácter injusticia
pensar que se quedára por codicia.
Ello es que se quedó, y en el palacio
del buen rey Idalkan establecido,
de él no se separaba ni un momento:
y como el rey le estaba agradecido,
y tenia alta idea de su ciencia,
y para hablar con él sobrado espacio,
comenzó mi doctor con mucho tiento
mano á poner á su secreto intento.
Primero unas palabras fué soltando,
despues estableció proposiciones,
con ejemplos despues las fué afirmando,
mas tarde fué leyendas, tradiciones,
historias y parábolas narrando:
bíblicas y evangélicas lecciones
se arriesgó á hacer al fin, con el objeto
de ir minando su espíritu en secreto.
El rey á sus palabras prestó oido
al principio por pura deferencia,
á sus proposiciones sorprendido,
á sus historias ya con complacencia;
al fin su mismo espíritu atraido
las pedia, y entonces dulcemente
iba el sagaz doctor con gran paciencia,
con interés y método prudente
inculcando en su alma la creëncia
de la cristiana fé, que siempre ha ido
recta á alumbrar la sana inteligencia

y á hablar al corazon y al buen sentido,
y al fin de mucho tiento y muchos dias
de afanes, Idalkan el rey indiano,
renegando por fin de las impías
creencias de su fé, se hizo cristiano;
y el médico por fin logró el objeto
que con cristiano afan labró en secreto.
Sus pueblos que á su vez al rey amaban
por su justicia y corazon benigno,
y que el saber del médico juzgaban
por el bien que les hace de fé digno,
imitaron al rey. Á su demanda
envió al puerto de Gõa misioneros
la asociacion de *fide propaganda*;
y á su predicacion pueblos enteros
de Marabúts y Brachmas energúmenos,
desengañados de su fé nefanda
pidieron la pelliz de catecúmenos.

Y hé aquí cómo el doctor por raro modo
los caminos por Dios encontró abiertos
para elevar su ciencia á grande estado,
para franquear el cielo á un pueblo todo
y á nuestra Europa comercial sus puertos,
dó nunca su marina habia fondeado:
pues cuando el bien el hombre se propone,
Dios todo para el bien se lo dispone.

Aqui el doctor, que á su historia
ya de suyo algo confusa
introduccion tan difusa
no puso sin su razon,

cortóla y quedó en silencio
considerando un instante
de Don Cárlos el semblante
con la mayor atencion.
Y sin comprender Don Cárlos
su interrupcion, proseguía
escuchando todavía,
contemplándole á su vez
con tan segura mirada,
que de dudar no habia modo
de que estaba en el período
de su mayor lucidez.

DOCTOR.

Si os canso lo dejaremos,
dijo el doctor frente á frente
mirándole: y el demente
replicó: no me cansais.

DOCTOR.

¿Comprendeis bien?

DON CARLOS.

Os comprendo
perfectamente.

DOCTOR.

¿Os agrada
mi cuento?

DON CARLOS.

No pierdo nada
de él ¿por qué no continuais?

DOCTOR.

Porque temia que el hilo
de mi cuento estrafalario
habíais perdido.

DON CARLOS.

Al contrario,
le sigo con interés.

DOCTOR.

¿Y en verdad os entretiene?

DON CARLOS.

¡Sí á fé mia!

DOCTOR.

En ese caso
sigamos, porque ahora viene
lo mejor.

DON CARLOS.

Pues proseguid.
Quedó el doctor aun un punto
con íntima complacencia
mirándole, y su esperiencia
percibir en él debió
sin duda los buenos síntomas
que espiaba en su semblante
porque al cabo de un instante
sonriendo prosiguió:

«Bautizado Idalkan fué buen cristiano:
y atento al bien del pueblo y de su alma
á cuanto creyó bien tendió su mano;
protegió á los cristianos misioneros
que al abrir á la Fé nuevos senderos,
iban de luz, prosperidad y calma,
abriendo en el pais hondos veneros;
y atento á sus terrenos intereses
y aconsejado del doctor su amigo,
sus puertos franqueó á los portugueses
y dió en sus plazas al comercio abrigo.
Dió proteccion al arte y á la ciencia,
adelantos planteando y novedades,
y derramó la paz y la opulencia
y el placer por sus campos y ciudades:
iba en suma su reino viento en popa
elevando al nivel de los de Europa.
Pero nadie es feliz sobre la tierra:
no hay bien que de algun mal no se acompañe:
no hay horizonte que vapor no empañe,
y un gérmen siempre de pesar encierra
y á algun secreto torcedor dá asilo
el corazon mas recto y mas tranquilo.
Al tomar Idalkan nuestra creëncia,
dió á las costumbres de la vida indiana
el sello casto de la ley cristiana,
y comenzó á llevar otra existencia
de mas virtud y de moral mas sana.
Abandonó la córte y su palacio
de Arungabad, y dando nuevo giro
á su gobierno, se labró un retiro
en la ciudad de Ahmednaggur, situada

de una vega feraz en el espacio
que de huertos y bosques alfombrada
regada por dos rios y por montes
de límpidos y azules horizontes
en torno circundada,
se parece á la vega de Granada.
Y abandonando á Arungabad, en ella
dejó los sibaríticos placeres
de la vida oriental, siguió la huella
cristiana y adoptó los pareceres
de su doctor, á quien consulta á solas,
y dió la libertad á sus mugeres,
y al abrirlas su harém enriqueciólas.
Una entre ellas habia
de estremada beldad y gallardía,
á quien amaba el rey: la soberana
del serrallo: judía
de fé y de raza: se llamaba Lia;
pero que asaz esquiva ó virtuosa
jamás correspondió de buena gana
á las caricias de Idalkan. A aquella
la dijo al despedirla «Sé cristiana,
»quédate y serás tú mi única esposa»,
mas Lia contestó con aire fiero
y laconismo bárbaro: «No quiero»
y le volvió la espalda desdeñosa
sin recoger su parte de dinero.
Arrasáronse en lágrimas los ojos
del rey amante, al verla que partia;
y por si fueran de muger antojos
lo que desden y saña parecia,
á un eunuco mandó seguir su paso;

y cuando en sombra se cerrabá el dia
envió al doctor á verla, todavía
con la esperanza de que el sabio acaso
la convenciera y á su amor volvia.
El doctor la buscó del rey dolido:
mas ya de Ahmednaggur habia partido;
tomó un caballo rápido y siguióla
las huellas el doctor y la vió al cabo
cruzar los arrabales: iba sola,
á caballo y seguida de un esclavo.
Alcanzóla el doctor, y sin dureza
ántes bien con cariño—«Al fin os hallo,
la dijo: al rey volved que su corona
os dá y su amor,» mas ella su caballo
parando, replicóle con fiereza:
«Yo desprecio su reino y su persona
»porque amo á otro: se lo dije un dia
»y en lugar de apreciar como debia
»de mi amor y carácter la entereza,
»en el harén espuso mi belleza
»desnuda y ordenó que me azotara
»á un eunuco: en mi espalda todavía
»están rojas las marcas de la vara.
»Mi sangre no se paga con riqueza
»y un ultraje tan vil su amor no abona;
»decidle, pues, que acepto su corona,
»pero es si me la dan con la cabeza.»
Tál dijo: y con un salto repentino
partiendo á escape la feroz judía,
dejó al doctor plantado en el camino.
Volvió á palacio: al despuntar el dia,
por ella el rey á preguntarle vino;

mas cuando el rey le dijo: «¿Qué es de Lia?»
dijo el doctor: «Partió, ¡y al cielo plegue
»que no vuelva jamás y hasta tí llegué!»
Costó olvidarla al rey tiempo y trabajo,
y muchos meses distraido anduvo,
melancólico, triste y cabizbajo,
porque un amor hondísimo la tuvo,
mas con el tiempo de olvidársele hubo:
pues de uno ú otro modo
en esta ruin y deleznable vida
con el tiempo á la fin todo se olvída,
porque el tiempo voraz lo acaba todo.
Y corrieron los años tras los años
y siete ya que gobernaba hacia
Idalkan, y feliz se mantenia
con los suyos en paz y los estraños
sin acordarse ya de la judía,
cuando un rey de Guzárate, á quien guerra
hacia Guir adorador iluso
del fuego, una alianza le propuso
por salvar del idólatra su tierra.
Y de lograr su fin con la esperanza,
su apurado vecino proponia
dar á Idalkan en prenda de alianza
una hija muy hermosa que tenia.
De oro y de tropas Idalkan sobrado,
sin hijos, pues su harén ha suprimido,
y acaso aun presa del amor pasado,
echó sus cuentas y aceptó el partido
al fin, por el doctor aconsejado.
Envió al rey de Guzárate al instante
gran tren de guerra y numerosa gente,

y al doctor del ejército delante
mandó con un magnífico presente
para su hija: y mientras él pujante
del idólatra Guir la buena estrella
hace cambiar en su favor, y bravo
con el refuerzo aliado le atropella,
y le alcanza en la fuga y le hace esclavo,
vuélto el doctor á Arungabad, triunfante
entró en Ahmednaggur con la doncella.
Y á fé que incomparable en hermosura
es la muger que la alianza sella;
de mirada tan dulce y espresiva,
de sonrisa y de voz de tal dulzura,
que á quien habla, sonrie y ve cautiva;
tán agil y flexible de cintura
cual rama nueva de jugosa oliva:
y con un nombre que la cuadra tanto
como si fuera cifra del encanto
que produce: se llama Sensitiva.
La vió Idalkan y la adoró: el cariño
del rey encendió pronto el amor de ella,
y al verla tan sensible como bella
la rodeó de halagos como á un niño.
Su amor sencillo y virginal en la alma
del rey echó raices, como fresco
tallo de nardos en jarron chinesco,
ó en un oäsis solitaria palma.
En vez de aposentarla en un palacio,
en medio de un jardin, como conviene
á la flor casta cuyo nombre tiene
la puso, y la dió luz, aire y espacio
para vivir en libertad y holgura

entre flores, rival de su hermosura.
Tenia alli en lugar de un áurea sala
un kiosko que entoldaba y que ceñia
un tejido rosal de Alejandría
y un cerco de rosales de Bengala:
que en árabe (al que son tan naturales
las palabras compuestas, especiales
para la propiedad y alegoría)
se llamaba este kiosko iwanaurdales,
es decir: *camarin de los rosales*,
voz llena de espresion y poesía.
Pronto de aquel amor de pasion lleno,
boton de aquella flor de sávia rica,
un capullo crecer sintió en su seno
que el amor de Idalkan solidifica.
Al acercarse el crítico momento
de brotar de su amor aquel retoño,
cual la flor de su nombre en el otoño
dobla sus tallos al sentir el viento,
las castas hojas de sus ramas plega
y se estremece cuando á herirlas llega:
la Sensitiva real del modo mismo
al peso del dolor dobló su frente
y del sepulcro se asomó al abismo:
y en aquel punto, de su amor ardiente
la fé se abrió á la fé del cristianismo,
pues comprendiendo al fin que su fé indiana
será forzoso que al dejar la vida,
de ella y del rey la eternidad divida
su alma para seguir se hizo cristiana.
Y Dios que del amor por complemento
á la virtud de la muger dar quiso

el amor maternal, y al sufrimiento
de la maternidad un paraiso
de sus hijos abrió en el nacimiento,
no la quiso negar placer tamaño;
y de nacer la hija en el momento
pasó el peligro al disiparse el daño:
y al primer ¡ay! de la reciennacida
volvió la madre á recobrar la vida.
Y crecieron al par de salud llenas,
vigor al par cobrando sus dos vidas,
como dos olorosas azucenas
en un tallo no mas al par nacidas.
Creció en edad la niña y en belleza:
y así por el lugar dó habia nacido
como por heredar la gentileza
del tallo de la flor de que ha salido,
pues tenia su tez alabastrina,
su faz serena y su mirada franca,
la pusieron por nombre Nasarina:
nombre que significa *Rosa-blanca*,
¡Cuán felices vivieron ambos reyes
con la princesa y el doctor tres años,
en tan bello pais con sabias leyes
con los suyos en paz y los estraños!
Mas como dice el árabe: «*está escrito*:
»*nadie será feliz sobre la tierra*:»
un dia fatal de la discordia al grito
en medio de este Edén surgió la guerra.
Fuertes ya los avaros portugueses
dentro de aquella tierra hospitalaria
su ley en pró de viles intereses
tornaron tiranía sanguinaria;

desde las minas de oro hasta las mieses,
desde el templo á la choza solitaria,
de todo contra ley se apoderaron
y hasta el honor de la muger hollaron.
Mas tiranía tal siendo insufrible,
hízose el portugués aborrecible
para el pueblo Indostan; y ardiendo en ira
mas con la calma de su raza astuta,
desde Coromandel á Cachemira,
desde Cutch y Guzárate á Calcutta,
sagaces en silencio conspiraron
y maduro su plan, se rebelaron.
Cinco reyes entraron en la liga
con oro y tropas, y á Idalkan pusieron
por adalid: sin perdonar fatiga
él la campaña dirigió: rindieron
en combate ó asalto veces muchas
plazas y guarniciones portuguesas:
y vencedor en repetidas luchas,
estendió velozmente sus empresas
Idalkan, por dó quier teniendo escuchas
y por dó quier haciéndoles sorpresas,
hasta sitiarles en la misma Gõa
á pesar del refuerzo que les trajo
y que en Gõa metió con gran trabajo
el caballero Ataide de Lisbõa.
Y tras un año de valor y afanes
y despues de un bloqueo de tres meses,
á punto estaban de lograr sus planes
é iban de la India ya los Indostanes
á echar á los rapaces portugueses,
cuando á Dios plugo, ordenador de todo,



concluir esta guerra de otro modo.
Nezim, rey de Lahor y de los cinco
que en la liga pusieron oro y gente,
que por ser de Idalkan déudo y pariente
fué el que mostró en la guerra mas ahinco,
á ir una noche le invitó á su tienda
á cenar: cortesía inescusable
en un pais donde un convite es prenda
de fé leal y de amistad estable.
Fué Idalkan: y al cruzar el campamento
del rey Nezim en nombre de su amo
sin decir quién, con grande acatamiento
una esclava gentil le ofreció un ramo
de flores: Idalkan iba al momento
á compensar su ofrenda generosa,
cuando rápida y ágil como un gamo
húyó en la sombra y se perdió la esclava.
Dió Idalkan á un wazir el oloroso
ramillete á guardar mientras cenaba;
cenó, y á media noche satisfecho
á su tienda volvió, pidió sus flores,
las puso en un jarron junto á su lecho
de campo, y despidió á sus servidores.
Entónces penetró segun costumbre
de tiempo atrás el médico cristiano
en la tienda del rey, quien mano á mano
consultaba con él la muchedumbre
de negocios que á un rey sin tregua abruman.
Cuando Idalkan con él se encontró á solas
le mostró aquellas flores que perfuman
su pabellon: el médico tomólas
y á la luz admirando sus colores

preguntó al rey: «¿Leísteis el billete
que os enviaron en este ramillete?»
Y sacando un papel de entre las flores
se le fué á presentar: mas en el punto
de leerlo Idalkan de espanto lleno
de horror ahogando en su garganta un grito
tembló y palideció como un difunto:
y el doctor colocándosele junto,
sin respeto á Idalkan por sobre su hombro,
sin poder resistir leyó lo escrito,
quedándose al leer yerto de asombro.
Decia: «Huid, señor: os han vendido.
»Nezim de las tinieblas en el seno
»en Gõa ha entrado ayer; y ha prometido
»vivo ó muerto entregaros, dar por bueno
»todo y alzar el sitio, si en partido
»vuestro reino le dan y han admitido.
»Nezim para mataros os convida,
»de fé, de honor y lealtad ageno:
»no comais ni bebais, os va la vida:
»cuanto os van á servir lleva veneno.»

DOCTOR.

¿Y habeis comido?

IDALKAN.

Si; pero ¡Dios santo!
ahora que lo recuerdo...

DOCTOR.

¿Qué?

IDALKAN.

Ella era,
yo la miraba y ella sonreia,
pero reconocerla no podia
bajo de su disfraz tras tiempo tanto.

DOCTOR.

¿A quién?

IDALKAN.

A la que el vino me servia.
Es ella, sí.

DOCTOR.

Mas ¿quién es ella?

IDALKAN.

¡Lia!
Quedóse al recordar á la judía
el doctor como herido por un rayo,
é Idalkan apoyándose en la mesa
dijo con débil voz «Yo me desmayo.»
Acudióle el doctor, mas ya la marca
de la ponzoña rápida, patente
vió en su faz descompuesta; hízole apriesa
acostar, mas el rey sobre su lecho
esclamó revolcándose, «¡Esto es hecho!
Aun no, dijo el doctor.

IDALKAN.

Si, es evidente,

que es la segunda vez que me envenena,
(repuso cadavérico el monarca).

DOCTOR.

Yo os salvé la primera. Voy...

IDALKAN.

Detente.
Todo es inútil hoy: mi muerte es fija.
Entre Lia y Nezim... fuerza es que muera,
mas ¿quién sabe su plan á cuánto abarca?
abandóname á mí, salva á mi hija.
Toma mi anillo real, coge la gente
que te parezca mas leal, y corre
á escape á Ahmednaggur: abre la torre
del Norte, descerraja mi tesoro,
cárgalo en mis camellos
y huye con NAZARINA y SENSITIVA.
Si te persiguen y lidiar con ellos
no puedes y salvarlas con su oro,
mátalas: que ni pobre ni cautiva
sea ninguna de las dos: ninguna
caiga jamás entre sus manos viva.

DOCTOR.

¡Mas dejaros, señor!

IDALKAN.

Es importuna
tenacidad. A Dios mi alma fia:
corre y no dejes ir la hora oportuna
porque siento llegar la última mia;

corre: no te se vuelva la fortuna,
y corran mas que tú Nezim y Lia.»
Dijo Idalkan, y dando un gran suspiro
se retorció como un reptil: sus ojos
la luz perdieron y sus miembros flojos
dejando, murmuró: ¡corre... yo espiro!
Vió el doctor que remedio no tenia
y que su reflexion era oportuna
y que la astucia y rapidez urgía:
y abandonando al rey á su destino,
montó de su veloz caballería
el mejor escuadron hecho ya á empresas
tales, y el alba al despuntar, corria
con él de Ahmednaggur por el camino.
Salvó á tiempo el tesoro y las princesas:
y cuando detrás de él Nezim y Lia
llegaron, figurándose en sus manos
tenerlos, de las armas portuguesas
y de ellos libre con las dos partia
á bordo de un bagel de venecianos.
Mas nunca un mal va solo: los pesares
los eslabones son de una cadena,
y siempre que se rompen son por pares
lo ménos. Habia hecho á vela llena
una navegacion libre de azares
el doctor, con buen viento y mar serena,
y ya traspuesto Suez iba tranquilo
del Cáiro á vista descendiendo el Nilo,
cuando cual ruiseñor que en la estrecheza
de una jáula echa ménos la nativa
selva dó le crió naturaleza
con aire, amor y libertad, esquiva

el halago y espira de tristeza
sin dar un vuelo, ni exhalar un pío
asi la bella reina Sensitiva
espiró de pesar en el navío.
Nazarina asistió á sus funerales
como á una fiesta, porque aun no podia
comprender ella ceremonias tales;
y el doctor encontrando á Alejandría
centro de los negocios comerciales
dó emplear con ventaja lograría
de su tesoro real los capitales,
alli se estableció, é inteligente
enviando á un tiempo á la India y á Venecia
á Egipto, á las Américas y á Grecia,
alli un corresponsal, allá un agente
activo, realizar logró en diez años
á fuerza de cuidados y de afanes,
con la ayuda de Dios y por estraños
medios y hado feliz todos sus planes;
y su cariño paternal, su fina
penetracion, su prevision esperta,
su fé, su ciencia y su virtud, lograron
sobre su juventud viviendo alerta
hacer de la princesa Nasarina
instruida, opulenta y virtuosa
cuanto sana y hermosa,
una muger perfecta y peregrina;
de modo que á la vega Granadina
al trasplantar despues aquella Rosa,
era una Rosa sin ninguna espina.»

Volvióse á interrumpir por un momento
el doctor y á observar á su demente,

y encontrándole atento,
volvió á tomar el hilo de su cuento:
llamando su atencion espresamente
con la mudanza estraña y repentina
con que le dijo con marcado acento:
Atended ahora bien, porque mi historia
concluye y de su fin se me imagina
que debeis guardar algo en la memoria.

Cuando el doctor su princesa
trajo á tierra Granadina,
al nombre de Nasarina
dar creyó que era esencial
su traduccion Europea:
así es que la niña hermosa
cambió en el nombre de Rosa
su bello nombre oriental.

Dióse el doctor por su padre:
y en vez de abrirla la vida
de la córte corrompida,
la abrió una vida de paz
en una casa opulenta
por dentro, humilde y modesta
por fuera, y situada en esta
vega espléndida y feráz.

Y aquí en la cima de un cerro
á cuya pié un rio corre,
tenia un baron su torre
y un hijo en la mocedad;
vió el mozo á Rosa, acercósela

juzgándola campesina,
y ella le clavó una espina
del corazon en mitad.

Y amó á Rosa entonces Cárlos
con un amor tan profundo,
que Rosa formaba el mundo
para Cárlos.

DON CARLOS.

Es verdad.

DOCTOR.

Y á Cárlos llegó á amar Rosa
con pasion tan verdadera,
que el mundo de Rosa era
solo Cárlos.

DON CARLOS.

Es verdad.

DOCTOR.

Mas pronto los separaron
sus padres: á Italia enviaron
á Cárlos y se quedaron
aqui con Rosa.

DON CARLOS.

Es verdad.

DOCTOR.

Y como igual su constancia

resistió á tiempo y distancia,
Cárlos en Italia y Francia
se hizo hombre de arte:

DON CARLOS.

Es verdad.

DOCTOR.

Fué á la escuela de Cellini,
y llegando á ser tan diestro
como su mismo maestro,
trabajó en la soledad
de su amor una escultura
de su saber para muestra:
una Rosa, obra maestra
de su cincel.

DON CARLOS.

Es verdad.

DOCTOR.

Volvió y se la dió á su amada
con una carta; ella al punto
carta y rosa todo junto
mostró al doctor. Escuchad.
El doctor que amaba á Rosa
mas que á sí, pues no podia
darla á un príncipe, queria
darla la felicidad.

Y como se habia propuesto
no dársela por esposa

sino á aquel que amara á Rosa
á par de su eternidad,
espuso al mozo á una prueba
tan fuerte, á un choque tan rudo
que resistirlo no pudo
la frágil humanidad.

El, con su ciencia hizo á Rosa
en una muerte aparente
caer.... ¡el Omnipotente
castigó su vanidad!
porque al llegar á ella Cárlos
creyó verdad la apariencia,
perdió el juicio y.... de su ciencia
vió el doctor la ceguedad.

¿Sabeis en lo que dió el loco
Don Cárlos? En su castillo
con el cincel y el martillo
hizo otra Rosa.

DON CARLOS.

Es verdad.

DOCTOR.

¿Y sabeis lo que hizo el médico
para curar su locura?
pues le robó su escultura
y le dió á Rosa. Mirad.

A esta palabra su mano
del salon hácia la puerta

tendiendo el doctor, abierta
cual de un conjuro al poder
fué de repente, y Don Cárlos
dió un grito al mirar por ella
á Rosa cual nunca bella
sonriendo aparecer.

Era Rosa en cuerpo y alma:
era Rosa, el complemento
del maravilloso cuento
de Idalkan y del doctor:
Rosa, que al pecho prendida
trae la rosa hecha por Cárlos,
y su alba mano tendida
al espantado escultor.

En pié y convulso, en sí mismo
sintió éste un cambio violento,
viéndola que á paso lento
acercándosele vá.
Llegóse á él, y al contacto
de su mano, como herido
del rayo, dió sin sentido
de espaldas en el sofá.

Rosa aterrada á su lado
precipitóse de hinojos,
con el llanto de sus ojos
queriendo darle calor:
y el baron que lo comprende
todo al fin, muerto creyéndole

quiso acudir, mas asiéndole
del brazo á tiempo el doctor

Le dijo: «No deis un paso:
»no le toqueis; su cerecho
»puede estallar como un vaso
»sobre el fuego á otra emocion
»violenta: en breves instantes
»volverá en sí; mas no hay medio
»ó vuelve en juicio ó remedio
»su mal no tiene, baron.»

Hubo un momento solemne
de angustiosa espectativa,
al oir tal disyuntiva
que infalible saben que es:
y en tal momento á escucharse,
oirse hubiera podido
el irregular latido
del corazon de los tres.

Pasó la crísis; Don Cárlos
va á volver á abrir los ojos:
mas si vuelve en los antojos
de su locura á caer,
no habrá remedio, demente
morirá.—Tras un suspiro,
los abrió al fin lentamente
y en sí comenzó á volver.

Poco á poco fué cobrando
seguridad su mirada,

y segun la fué posando
poco á poco en su redor,
fué en su boca una sonrisa
inefable apareciendo,
y al fin rompió á hablar diciendo:
¡Rosa!... ¡mi padre!... ¡el doctor!

Prosternóse éste de hinojos
al reconocerle en juicio,
reconociendo propicio
á su fé el favor de Dios:
y al viejo baron llevándose
al inmediato aposento
dijo: «Solos un momento
dejémosles á los dos.»

De estos supremos instantes
de felicidad completa,
no podrá ningun poeta
hacer jamás descripcion.
Yo ceso aqui: hay situaciones
que, por muy alto que pique,
no hay pluma que las esplique
cual la siente el corazon.

Lector, si amas como yo amo,
si vives como yo vivo
para un amor esclusivo,
tirano, avasallador,
á obligarme á pintarte esta
injusto será que lleves

tu empeño, porque tú debes
figurártela mejor.

Mas si por desdicha tuya,
ó maldicion de Dios, eres
uno de esos ruines séres
que no creen en el amor,
cual lo siento te lo digo,
aqui rompo y no prosigo
porque no quiero contigo
perder mi tiempo, lector.

EPÍLOGO.

Diez semanas despues eran esposos
Rosa y don Cárlos. El baron habita
con ellos la pacífica casita
de campo del doctor, mientras los fosos,
las torres, las murallas y salones
de su hendido y decrépito castillo,
vuelven á recobrar su antiguo brillo
gracias de Nasarina á los millones.
Y no se harta el baron de pavonearse
de uno en otro aposento,
desde cada ventana sin cansarse
de mirar su castillo remozarse,
volverse blanco y ostentar al viento,
en vez del esqueleto carcomido
que infundia pavor al pasagero,
un frontispicio cándido y pulido
cuya vista hace alegre el valle entero.

Dos veces cada dia sube y baja
con su arquitecto á él, y cada dia
en su vieja mansion deja cambiado
en gracioso balcon lo que fué raja,
tornado en firme lo que ayer se hundia,
limpio, gentil, esbelto y acabado
lo roido, lo roto y lo combado.
Los casados no se hartan de jurarse
un amor tan eterno
como apacible y tierno,
de estar en soledad y acariciarse,
y gozar el placer de verse unidos
tras de tantos obstáculos vencidos.
Cárlos, del todo de su mal curado,
sano del corazon cual de la mente,
comprende con delicia lo pasado,
porque su amante Rosa le ha esplicado
del doctor el escéntrico espediente,
que para realizar su amor ardiente
y la salud de su ánimo ha empleado.
Y ya mil veces el baron ha oido
de su risueña y sonrosada boca
la esplicacion, que nunca habia podido
comprender solo, de su historia loca.
La vuelta de Don Cárlos una noche
á la casita del doctor, dejando
en el camino servidumbre y coche,
y su llegada al mirador de Rosa,
y el rico dón que la ofreció pasando
de una flor, escultura primorosa
trabajada por él, gracioso emblema
de su fidelidad, gentil alarde

de su saber y amor; su doble vuelta
la misma noche al mirador mas tarde,
y del doctor la osada estratagema
de mostrarle á su amada sumergida
en un sueño letal, cuya esperiencia
del mozo ocasionando la demencia,
le puso en riesgo de perder la vida.
Este misterio al fin esclarecido,
no fué difícil cosa
para la amable y seductora Rosa
hacer al buen baron que comprendiera
cómo ha permanecido
oculta en su mansion, cómo ligera,
crédula y fácil de engañar con poco
la muchedumbre muerta la ha creido,
y por un crímen á Don Cárlos loco:
en tanto que el doctor pudo segura
de su demencia preparar la cura.
En el espacio asi de los dos meses
que desde aquel suceso han trascurrido,
todos tres ocupados
Cárlos y Rosa en su pasion constante
y el baron en su orgullo é intereses,
exentos han vivido de cuidados
á un porvenir feliz en adelante
juzgándose por Dios predestinados.
Del doctor solamente no parece
el alma en armonía
con la dicha comun y la alegría,
y él solo con su faz las entristece
andando cabizbajo,
silencioso, ceñudo y macilento

y sin obvia razon de mal talante;
y entregado sin duda algun trabajo
difícil, pasa el dia en su aposento
del cual no sale mas que lo preciso,
y le anubla el semblante
el afan de algun hondo sentimiento
que le trae pesaroso é indeciso.
Nadie dá en la razon de la sombría
pesadumbre que el alma le desola,
de los demás turbando la alegría;
mas una noche se esplicó ella sola.
Al despuntar el alba de aquel dia,
con el negro que tiene á su servicio
personal, el doctor salido habia.
Nadie estrañó su ausencia
pues por su profesion tal vez se pasa
dias de sol á sol fuera de casa,
haciendo un ignorado beneficio
ó aliviando del pobre la dolencia.
Rosa y Cárlos tal vez placer sintieron,
pues, del amor llevado de su ciencia,
que iba á volver á comenzar creyeron
de sus visitas la escursion diaria,
saliendo de la vida solitaria
en que sumido con pesar le vieron.
Mas ocultóse el sol, espiró el dia
y se cerró la noche, y avanzada
la hora de la queda iba pasada,
y el doctor no volvia;
y empezó la inquietud de su morada
á apoderarse, y la azorada Rosa
de uno en otro balcon iba y venia,

mirando sin cesar sobresaltada
y á través de la sombra tenebrosa
escuchando, sin ver ni sentir nada.
Y en una de las veces que afligida
azares mil á bulto recelando
y del doctor temiendo por la vida,
iba el estrecho corredor cruzando
á salir á buscarle decidida,
acertando á pasar ante la puerta
del gabinete del doctor, abierta
vió que estaba su cámara y metida
dentro la cerradura vió la llave;
y como siempre de llevarla cuida
consigo, y tál descuido en él no cabe,
de una nueva sospecha acometida,
del doctor en la ausencia que no acierta
á esplicar receló causa muy grave:
con que en investigarla ya empeñada
y obstáculo no hallando que la entrada
de la secreta cámara la impida,
entró en su estancia mas la halló desierta.
y hallando franco al par aquel retrete
donde á solas el médico se mete,
donde tal vez encierra su tesoro
y ante un altar y crucifijo de oro
arde una luz que aroma el gabinete,
Rosa por él resuelta se adelanta:
mas en el misterioso y solitario
camarin al fijar su osada planta,
aquel lúgubre aspecto de santuario
que le dá de Jesús la imágen santa
que sobre el ara del altar bendito

enfrente de la puerta se levanta,
en su febril exaltacion la espanta
y en su terror dió un grito.
Don Cárlos y el baron que á él acudieron,
pálida de terror allí la hallaron,
y cuando á Rosa su valor volvieron
y el camarin estraño registraron,
al que buscaban con afan no vieron,
mas esta carta del doctor hallaron.

DESPEDIDA DEL DOCTOR.

«Rosa, mas que hija para mí querida,
mi mansion en Europa está acabada,
mi mision á tu lado está cumplida
pues te dejo feliz, rica y casada;
mas el punto al llegar de mi partida
no ha de poder mi voz atribulada
en el hondo pesar de mi alma tierna
darte un ¡á Dios! de despedida eterna.
Cárlos, yo te he mirado desde niño
con un sincero y paternal cariño:
solo yo comprendí desde tu infancia
y aprecié en su valor tus sentimientos;
yo supe con política y constancia
conducir á buen cabo mis intentos
sobre tí, y logré hacer campo mas vasto
dar á tu educacion, á tus pasiones
pronta esperiencia, á tu alma mejor pasto

de los que en sus oscuros torreones.
te diera de tu padre la arrogancia,
basada solo en la nobleza rancia
y el vacio esplendor de sus blasones.
Porque yo al fin con pertinacia artera
trabajando mi plan, le obligué á enviarte
jóven á visitar tierra estrangera,
dó entre el bullicio del sangriento Marte
supiste hacerte profesor de un arte
que en cualquier tiempo y en pais cualquiera,
podria en vida independencia darte
y gloria entre la gente venidera.
Yo te he seguido por la inquieta Gália,
y la clásica Italia,
con paternal solicitud: mi mano
iba dando dó quier á tu destino
proteccion invisible, y veces hartas
debiste el encontrar en tu camino
oro, favor y amigos á mis cartas;
hasta que digno hallándote de Rosa
te la dí satisfecho por esposa.
Mas no miento hoy el bien que ayer te hice
para que de él me estés agradecido,
ni porque tú no le hayas merecido:
pues yo propio con él me satisfice.
Lleva en sí mismo el bien su recompensa
en el placer de hacerle, y solo el necio
que es necesario que le muestren piensa
por el bien que hace inestinguible aprecio.
Lo he mentado no mas para probarte
que desde tu niñez al par que á Rosa
no he cesado como hijo de mirarte

en el fondo de mi alma cariñosa.
El velar por los dos se hizo costumbre
en mí: esta ocupacion llenó mi vida;
no me atrevo á rostrar la pesadumbre
de anunciaros yo mismo mi partida
por lo cual escríbiroslo prefiero.
Lëed: lo que al partir que sepais quiero,
mucho mas fácil ha de ser en suma
á vosotros oir y á mí deciros
con las inertes cifras dc la pluma,
que con la voz ahogada entre suspiros.

Veinte y tres años há que encomendados
me fueron Nasarina, Sensitiva,
y los montones de oro atesorados
por el rey Idalkan; como no es viva
la reina, y ya es casada la princesa,
aqui mi encargo y mi tutela cesa:
sin esperar á que él me las exija
las cuentas de su hacienda me interesa
presentar al marido de mi hija.
He sido su tutor: este es el giro
de los negocios: esta mi conciencia.
Yo de vuestros negocios me retiro:
no mireis á la forma de mi ausencia,
yo así al obrar á mi conciencia miro.
Yo que pasé por todos los estados
sé lo que en todos los estados pasa:
quiero que vivais solos: los casados
quieren la independencia de su casa.

En el primer cajon de mi bufete

están todas las llaves de las cajas
y armarios de mi oculto gabinete,
donde hallareis completas las alhajas
de Idalkan y su esposa. En un secreto,
cuyo modo de abrir os dejo escrito
de mi pupitre en el cajon chiquito,
y abierto en el altar con tál objeto,
encontrareis los títulos legales
que por dueños os dan de posesiones,
y acreditan por vuestros capitales
impuestos sobre casas y naciones
distintas: con sus créditos y vales
mi exactitud os deja previsora
las cuentas de sus réditos anuales
que administré hasta hoy.—Obrad ahora
como querais; mudad de imposiciones,
retirad ó dejad vuestros caudales
en las manos que están, que son leales.
Si quereis realizar, teneis millones,
pues todos vuestros fondos están prestos
y los banqueros á entregar dispuestos.

Yo parto: está resuelto: Dios derrame
sobre vosotros el placer sin tasa.
¡A Dios!—mas permitidme que os reclame
un favor al partir: en vuestra casa
dad un asilo á Inés, su vida escasa
hasta que corte Dios y á sí la llame.
Rosa, Inés es la esclava que dió aviso
á tu padre Idalkan que de un veneno
cada manjar de Gur estaba lleno,
cuando con él bajo su tienda quiso

ir á cenar de su traicion ageno.
Yo la compré despues á fuerza de oro
y là dí libertad; agradecida
á tu servicio consagró su vida,
y te amó, y te veló como una madre
el casto sueño de tu edad temprana.
Dála tú estimacion, dála decoro
en tu casa, y el oro que la dejo
deja que emplée cual mejor la cuadre.
Fia en ella sin miedo á un mal consejo:
una alma tiene de virtud tesoro
y un grande corazon; nació Romana,
fué robada en las costas de Sicilia,
y hoy que ya no la tiene, en tu familia
quiero que la recibas como hermana;
pues si conmigo donde voy viniera,
por ir conmigo deshonrada fuera
por la social murmuracion villana.

Otra súplica aún. Contar la historia
de Rosa, fuera hacer una imprudencia,
de su estirpe una inútil vanagloria.
Al casarse empezó nueva existencia
y á la muger la basta el apellido,
la fama, los recuerdos y la gloria
de la raza y honor de su marido.
Descubrir su pasado á la malicia,
á la curiosidad ó á la codicia
Europea, sandez fuera notoria,
dar con la inquisicion ó la justicia.
¿A qué de admiracion hacerse objetos?
la fama trae disgustos muy prolijos:

en vuestra alma están bien vuestros secretos.
Dadme pues un placer: si teneis hijos,
dad al uno aunque sea una alquería
no mas, con cuatro tierras, á las cuales
poned por nombre y en memoria mia
mi apellido paterno, que es ROSALES;
Viniste entre ellos á la luz del dia:
á tus hijos por mí pónsele, Rosa;
cual si apellido de su madre fuera:
y pues le consagré mi vida entera,
quede de mí en tu sangre alguna cosa,
viva en tí algo de mí cuando yo muera.
Hijos mios ¡adios! vivid y amaos.
En lágrimas la vista se me arrasa
al daros este ¡adios! De mí acordaos
siempre, como de un padre; mas que pena
no os dé pensar lo que sin vos me pasa:
aun tengo un capital, y en tierra amena
una tranquila y cómoda alquería,
donde esperar en paz mi último dia
sin deber nada á la merced agena.

Baron, puesto que sois por vuestra raza
antigua generoso y caballero,
daros satisfaccion no me embaraza
por lo pasado; que olvideis espero
mi conducta con vos. ¿Es necesario
que os la esplique, baron?—No es árdua empresa:
Yo vi que vuestro humor atrabiliario
y pertinaz carácter altanero
al consejo mejor no harian plaza,
y de hurtaros á Cárlos me dí traza

y de vos á alejarle me dí priesa:
su educacion me interesaba tanto
entónces, cual su dicha hoy me interesa:
pues por su ingenio y alma generosa
le juzgué digno del amor de Rosa.
Yo os obligué irritándoos á mandarle
á estrangero pais donde se hizo hombre:
y escuchadme y saberlo no os asombre,
baron, yo en nombre vuestro hice velarle
y nada le faltó: perdon si hé errado;
mas espero baron que al recobrarle
ni os hé su corazon enagenado
ni le encontrais indigno de su nombre.

Una palabra mas, baron. Un dia
en que á verme vinísteis, arrastrado
de mi bilioso humor creo que os dije
algo que haberos dicho no querría,
algo que ahora el corazon me aflije,
porque me temo que la lengua mia
fué tal vez descortés, tal vez impía.
Escuchadme, baron: yo me hé criado
entre gente mas ruda y primitiva,
cuya sencilla raza ha conservado
corazon mas sincero y fé mas viva
que nuestra sociedad civilizada,
la cual su prez divinizando altiva
y sus laureles de la edad pasada,
la esperiencia del siglo progresiva
y sus impulsos rechazando esquiva,
por teorías falsas descarriada,
á sus viejos errores aferrada,

por la ley absoluta y abusiva
de sus viejos gobiernos humillada,
por sus vicios sociales gangrenada
y á todas las reformas agresiva,
hoy bajo el nombre de derechos, de usos,
de moral, de principios inconcusos,
y de razon de estado, en las naciones
diviniza tal vez supersticiones,
respeta infamias y establece abusos.
Baron, por lo que de ella llevo visto
mientras hice en Europa residencia,
temo que su saber y su existencia,
de luz y error inconcebible misto,
en su forma de ser, sinó en su esencia,
de la virtud difieren y la ciencia
de la sencilla ley de Jesucristo.
Su sociedad actual tiene verdades
y leyes de purísima justicia
y alta necesidad; mas que de edades
mas atrasadas son: y ellas las vicia
con la doblez y error que las inicia
para satisfacer necesidades
nuevas, y por su error ó su malicia
en pró particular las beneficia;
y cuando una verdad ya asi viciada
imponer á la tierra se propone
por ley, á sombra de la fé sagrada
la ampara, y á la tierra se la impone
á la luz del cañon y de la espada.
Mas Dios es uno: es una su creëncia:
una son la verdad y la justicia,
cosas que, como solas en esencia,

puestas por Dios del hombre en la conciencia,
jamás pueden unir con la avaricia,
con la supersticion, con la injusticia
y con la fuerza bruta su existencia.
Y todos los ejércitos del mundo,
y todos los sofistas de la tierra,
no arrancarán con discusion ni guerra
la fé y la conviccion de lo profundo
del alma donde Dios nos las encierra.
El sofisma, el error, la fuerza armada,
contra la conviccion que el centro llena
de nuestra alma inmortal, no puede nada:
contra la fé por Cristo predicada,
son humo de vapor, polvo de arena:
Cristo vino á sellar su ley sagrada
derramando la suya, no la agena.
¿Mas á qué traer aqui disertaciones
excéntricas, ni utopias peregrinas?
en el olvido echad mis opiniones
á la actual sociedad tal vez dañinas;
juzgadme nada mas por mis acciones,
no me juzgueis, baron, por mis doctrinas.
Porque tal vez soy yo quien está loco,
yo tal vez quien no entiende á Jesucristo:
y acatando su ley como la sola
buena, tal vez en la heregía toco
cuando en hacer del Evangelio insisto
la una ley del mundo, á quien provoco
de mi fé en el error... ¡y me desola
tal duda el corazon desde que existo!

Como quiera que sea, me despido

de vos, aquí, baron: y á Dios le pido
que os haga muy feliz.—Si es que se aferra
mi alma en el error, mientras decide
el tiempo si mi juicio acierta ó yerra,
cual mi cristiana caridad lo pide
pienso ir haciendo el bien sobre la tierra.
¡A Dios! vuestro país no me conviene,
pues mi fé con la suya no se aviene.
En vuestra sociedad la moral mia,
de ser no pasará una teoría
que gérmenes de mal para ella encierra;
la sociedad al fin me hará la guerra,
y, como yo colgada no la deje,
la Inquisicion me colgará algun dia:
si para convencerme de herejía
no me quema en la plaza por hereje.
Dios os libre, baron, de manos tales;
y pues que me debeis, con sus caudales,
que padre de una infanta os haya hecho,
guardad mientras vivais en vuestro pecho
buena memoria del doctor Rosales.

JOSE ZORRILLA.

FIN.





